

MICHEL ESPARZA

Sintonía con Cristo



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

MICHEL ESPARZA

Sintonía con Cristo



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

MICHEL ESPARZA

SINTONÍA CON CRISTO

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

INTRODUCCIÓN

El descubrimiento de que «Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo», como decía Pascal, puede marcar un antes y un después en la orientación de nuestra vida espiritual. A este hallazgo tan asombroso, capaz de provocar un vuelco a la vivencia cristiana, se puede llegar reflexionando sobre la verdad revelada por Dios y tratando asiduamente a la Humanidad Santísima de Jesucristo resucitado. Es una pena constatar, sin embargo, que muchos cristianos olvidan, descuidan o desconocen esta realidad que tanto ayuda a dar pleno sentido a la relación con Dios.

Cuento una anécdota para ilustrarlo. Hace unos años, durante un verano, un sacerdote amigo tuvo que sustituir a otro en la atención espiritual de un buen número de católicos ejemplares, a los que no conocía con anterioridad. Tal vez por este motivo, decidió formular a cada uno de ellos la misma pregunta: «¿Qué haces cuando, sin que tú lo busques, te encuentras con un contratiempo, con un dolor o una contradicción? O si, por propia iniciativa, haces sacrificios o buscas ámbitos en los que mortificarte, ¿por qué lo haces?». Invariablemente, todos le respondieron que se lo ofrecían a Dios. Haciendo de abogado del diablo, mi intrépido amigo continuó su interrogatorio: «¿Y qué ganas con ello?». Casi todos le respondieron que se lo ofrecían a Dios por alguna intención concreta. Muchos dijeron que esperaban que eso ayudase a un hijo que les preocupaba. En esa misma línea, otros afirmaron que les movía el deseo de obtener la curación física o espiritual de algún amigo o pariente. También hubo quienes argumentaron que así conseguían ser mejores personas. Alguno le dijo: «Espero que, en el Cielo, el Señor me lo retribuya». «¿Y qué más consigues con ello?», seguía insistiendo el sacerdote, hasta que ya no supieron añadir más.

Las respuestas a esa pequeña encuesta no me sorprenden. Confirman que lo que menos se preguntan quienes ofrecen a Dios sacrificios o plegarias, es cómo le sienta eso a Él: no se meten en su piel para saber en qué medida eso le alegra o le consuela. Es algo, por desgracia, muy frecuente. Tras el *te lo ofrezco*, enseguida viene el *por*. Se regala algo al Señor, pero enseguida se añade una intención concreta. Sin mala voluntad, se trata a Jesucristo como si fuera un simple intermediario, como se trata al *mocete de los recados*; como quien ingresa una cantidad de dinero en el banco y encarga al empleado de turno que lo ponga en la cuenta de alguien a quien quiere o debe beneficiar.

Desgraciadamente, lo que realmente motiva a la mayor parte de los cristianos no es tanto el amor a Cristo, cuanto la propia conveniencia y el amor a otras personas. Seguro que esa conducta, siendo Él tan bueno, no le desagrade del todo. Aprecia sin duda que le pidamos ayuda y que nos mueva el deseo de ayudar a otros. Conoce, además, la ignorancia, tantas veces invencible, que late detrás de ese modo de proceder. Sabe que la mayor parte de los cristianos no sintoniza con su Corazón porque desconoce que éste siga siendo tan doliente y agradecido.

Sin embargo, también es posible que esa falta de sintonía con el sufrimiento actual de Cristo sea para Él un motivo de tristeza, sobre todo cuando se debe a la inadvertencia. Cualquier cristiano asiduo a la oración intuye que le afecta cómo empleamos la libertad,

más aún si está familiarizado con la vida de los santos. En concreto, conocer la historia de la devoción al Sagrado Corazón, a la que dedico una parte importante de este libro, supone una ayuda muy valiosa. Conviene poner sobre el papel esta realidad que la mayoría de los católicos ejemplares olvidan con frecuencia, hacer hincapié en la urgencia de consolar a Quien, por ser el que más ama, más sufre. Mi empeño no es otro que mostrar hasta qué punto es importante conocer los gozos y pesares que alberga el Corazón de Jesús. Si nos percatamos de lo mucho que sufre, no será difícil decidimos a convertir nuestra vida en una ocasión de aliviar esos dolores con los que consuela a Dios Padre y nos obtiene la gracia del Espíritu Santo.

Aunque la finalidad última de este libro es fomentar el afán de desagravio, he situado esa meta en un contexto mucho más amplio de la vida espiritual del cristiano. Tengo en cuenta para ello que la sintonía afectiva con la Humanidad Santísima de Cristo es un aspecto imprescindible de la vida de oración, pero no su destino final. Es más bien una estación intermedia en el camino hacia las más altas cimas de intimidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Por desgracia, en los tiempos que corren, al menos en Occidente, la formación religiosa de muchos es ciertamente deficiente. Para remediar esa carencia y para que este texto resulte asequible a un número más amplio de lectores, he preferido no dar nada por supuesto y abordar en algunos tramos, con un tono inevitablemente más didáctico, cuestiones doctrinales y verdades de fe que ayudan a cimentar con mayor solidez la vida de piedad. De ahí que, en vez de *Sintonía con Cristo*, propio de un libro de espiritualidad, este libro podría titularse *Una introducción a la vida espiritual del cristiano*, ya que entra también en otros aspectos que dan soporte intelectual al porqué de muchas cosas (véase la relación entre las dos naturalezas en Cristo o el origen del *dolor* de Dios). Por tanto, este libro no se dirige solo a los cristianos que desean aprender a amar más a Dios, sino también a aquellos lectores menos familiarizados con la doctrina católica pero que, con actitud abierta, desean acercarse a los grandes tesoros que contiene la vivencia cristiana.

Espero que estas páginas, tanto al lector ya convencido como al que empieza a asomarse a la vida cristiana, le sirvan de guía para cimentar una intensa relación de amor con Jesucristo que, desde la Cruz, nos invita a gastar nuestra existencia colaborando con su obra redentora. Con este prisma, la primera parte del libro hace hincapié en el amor de amistad con Cristo, a la vez que analiza los medios que más nos ayudan a conocerle: el estudio de las verdades reveladas, la lectura meditada del Evangelio y la oración mental. A partir de ahí y teniendo en cuenta que la identificación amorosa con Jesucristo no es la meta última de nuestro caminar espiritual, nos adentraremos en el apasionante mundo de la vida contemplativa de unión con Dios. La segunda parte se centra en la vertiente operativa de la sintonía afectiva con Cristo. Al fin y al cabo, dos son los motivos que más nos mueven a *complicarnos* gustosamente la vida: el *agradecimiento* por su derroche de amor y la *compasión* hacia su Corazón doliente. Como les sucede a los santos, nada estimulará tanto nuestra generosidad a la hora del sacrificio como el afán de aliviar los pesares del Sagrado Corazón de Jesús.

Santuario de Torreciudad, 6 de abril de 2011

PRIMERA PARTE

CONOCER A CRISTO

1. LA AMISTAD CON CRISTO Y SU CONTEXTO

HACIA LO DIVINO A TRAVÉS DE LO HUMANO

Es muy difícil hacerse una idea precisa del número de estrellas que hay en el firmamento. Se necesita algo más que capacidad espacial y de cálculo para visualizar que solo en nuestra galaxia existen unos 100 millones de estrellas y que, además, hay otros 12 billones de galaxias. Tuve que echar mano de los conocimientos de un experto en astronomía para hacerme cargo de estas cifras tan enormes. Como buen pedagogo, recurrió a una comparación que me simplificó mucho las cosas: si cada estrella del universo tuviese el tamaño de una pelota de tenis —me dijo—, la superficie de la tierra no sería suficiente para contenerlas todas.

Algo parecido sucede con las inescrutables realidades divinas: Dios «habita en una luz inaccesible»[1] y Cristo es su «signo legible»[2]. Todo lo divino, por ser inconmensurable, nos resulta demasiado elevado: siempre está envuelto en el misterio. De ahí que la Revelación sea necesaria tantas veces y de agradecer siempre. Consciente de nuestra limitación, Dios decide hablarnos de Sí mismo. Como buen pedagogo, nos pone escalones intermedios. En el Antiguo Testamento, se reveló a través de metáforas humanas; a través del profeta Isaías, por ejemplo, nos dice que Él nunca se olvida de nosotros: que nos quiere más que la mejor de las madres[3]. Con la Encarnación fue mucho más lejos: Él mismo se hizo hombre y nos reveló su vida íntima. Como afirma san Juan, «a Dios nadie le ha visto jamás; el Dios Unigénito, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer»[4]. Jesucristo es, en efecto, la máxima revelación del Padre. Nos enseña que Dios es Uno y Trino, que en Él se da una perfecta *Unidad de naturaleza* a la vez que una *Trinidad de personas*: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Reflexionando sobre esos datos revelados, intuimos que tras la unidad de la Deidad se esconde una inefable comunión de amor entre las Personas divinas: una plenitud de Vida ante la que palidece lo que llamamos vida.

La Revelación, al mismo tiempo, no excluye la reflexión personal para descubrir muchas de las verdades que están contenidas en ella. Con los argumentos de la razón podemos llegar a saber que Dios existe, por ejemplo, y a conocer algunos de sus atributos. Basta considerar el maravilloso orden del universo para percatarnos de que necesita una inteligencia superior que lo haya planificado, del mismo modo que no podemos imaginar el *software* de un ordenador sin alguien que lo haya programado: los átomos, al igual que los *bytes*, son incapaces de organizarse a sí mismos al carecer de inteligencia. El análisis racional, junto a una actitud honesta y abierta a la realidad, confirman el presentimiento de lo divino.

Hay una rama de la filosofía, la Teodicea o Teología Natural, que se ocupa de todo ello, partiendo del principio clásico de que «todo agente obra conforme a su modo de ser». Del mismo modo que un artista deja su huella en lo que produce, también el universo nos habla de su Creador. Comentando esta *analogía*, Juan Pablo II afirma que la naturaleza es como «otro libro sagrado» que, junto a la Biblia, permite descubrir la

belleza de Dios[5]. Nos ayudamos de este tipo de comparaciones para entrar en el conocimiento de Dios y abundar en los misterios revelados. Al fin y al cabo, todo lo humano es un punto de partida para acercarnos de algún modo a lo divino. Sabemos, además, que Dios nos ha creado «a su imagen y semejanza»[6], como explica el primer libro del Antiguo Testamento. Por eso, el razonamiento analógico nos permite formular afirmaciones verdaderas sobre Dios, aunque sin olvidar la imposibilidad de comprenderlo plenamente. Se puede atribuir a Dios, por ejemplo, todo lo que implica perfección y excluye imperfección. Es algo así como afirmar que dos hombres tienen dinero, aunque uno tenga solo un euro y el otro miles de millones. Así también, podemos decir que Dios es bueno, sin caer en un concepto vacío de contenido, a pesar de que no podemos comprender plenamente su Bondad.

Estas palabras de san Agustín lo dicen todo: «¿Qué es lo que amo cuando amo a Dios? No la belleza de un cuerpo ni la hermosura de lo que se acaba, ni la blancura de la luz, tan agradable a nuestros ojos; no amo al amarle a Él suaves melodías de distintas canciones ni la fragancia de las flores ni perfumes ni aromas; al amarle a Él no amo comidas deliciosas y succulentas, ni atractivos cuerpos para ser abrazados. Nada de esto amo cuando amo a Dios. Y sin embargo, al amarle amo una cierta luz, una cierta voz, una como fragancia, y un alimento, y algo como un abrazo cuando amo a Dios, luz, voz, fragancia, alimento y abrazo de mi hombre interior, donde mi alma ve una luz que no se apaga, donde oye melodías infinitas, donde se expande la fragancia de perfumes que no disipa el viento, donde se gusta un alimento que nunca sacia, donde el abrazo es tan íntimo que ningún cansancio lo desenlaza. Eso es lo que amo cuando amo a Dios»[7].

Una buena analogía vale más que mil palabras. Imaginemos que buscamos los términos más apropiados para explicar esa *comunidad de amor* que constituye la Santísima Trinidad. ¿Qué significa que el Padre y el Hijo se unen por un *lazo de amor* que es el Espíritu Santo? Cuando los que han contemplado la vida trinitaria se esfuerzan por describir la inefable beatitud divina, emplean palabras que no son fáciles de entender; suelen aludir a un *abismarse* de Uno en Otro del que se deriva un siempre nuevo gozo compartido que va eternamente *in crescendo*. En cambio, aquel «abrazo tan íntimo que ningún cansancio lo desenlaza» del texto de san Agustín resulta mucho más cercano. Permite intuir algo del gozo que embarga a las Personas divinas, aunque solo sea porque, por contraste, quizá nos lleve a pensar en cuánto tiempo habrá durado en este mundo el abrazo más largo entre un hombre y una mujer profundamente enamorados.

VENTAJAS DE LA ENCARNACIÓN

La luna es solo reflejo del sol, pero al ser menos brillante, resulta más visible. Así también, en Cristo, el inenarrable amor de Dios se vuelve *tangible*, de modo que resulta mucho más fácil nuestra correspondencia a su amor. Como explica el filósofo español García Morente a propósito de su conversión, «la distancia entre mi pobre humanidad y el Dios teórico de la filosofía me había resultado infranqueable, demasiado lejos,

demasiado ajeno, demasiado abstracto, demasiado geométrico e inhumano. Pero Cristo, Dios hecho hombre, Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, *a ese sí que lo entiendo y ese sí que me entiende*»[8].

Cristo, Dios y hombre verdadero, nos quiere con su infinito amor divino y con su apasionado amor humano. Ya que en Él hay una única persona con dos naturalezas, al amarle como hombre, estamos amando al mismo tiempo a Dios. Además, al asumir una naturaleza humana como la nuestra, es mucho más fácil para nosotros la empatía o identificación con los sentimientos de su Corazón. No es difícil conversar con Jesús con total intimidad. Sin faltarle al respeto, podemos tratarle como a nuestro mejor amigo, con mayor libertad y confianza, como de igual a igual.

Es posible proyectar al plano sobrenatural el mismo afecto que en el plano humano tiene un papel tan decisivo: es más sencillo amar apasionadamente a quien alberga unos sentimientos que nos son familiares. En Navidad, por ejemplo, es fácil conmoverse al contemplar la maravilla de un Dios Omnipotente que asume la forma inerme, indefensa, de un niño. Como afirma san Bernardo, «cuanto menor se hizo en su humanidad, tanto mayor se mostró en el amor que te tiene, y cuanto más se anonadó por mí, tanto más digno es de mi amor»[9]. La Encarnación facilita el cumplimiento del mandamiento más importante: amar al Señor con todas nuestras «fuerzas»[10]. Podemos servirnos de todos nuestros recursos, tanto afectivos como espirituales, amándole no solo con la cabeza y con la voluntad, sino también con la locura de un corazón enamorado.

Nunca agradeceremos suficientemente la Encarnación, con la que Cristo lleva a su plenitud la revelación ya incoada por Dios Padre en el Antiguo Testamento, y que tanto facilita nuestra correspondencia a su amor. Existe un tercer motivo de agradecimiento: el Hijo se encarna para redimirnos del pecado. En definitiva, haciéndose hombre, Dios asume nuestra pobre condición y nos hace partícipes de su incomparable dignidad. «Maravilloso intercambio que nos salva —reza la liturgia—: pues al revestirse tu Hijo de nuestra frágil condición no solo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable nos hace a nosotros eternos»[11].

DE LA TRINIDAD DE LA TIERRA A LA DEL CIELO

Cristo es el mejor camino hacia el Padre[12]. Nos enseña a vivir como buenos hijos de Dios y, en la Cruz, nos restituye esa gran dignidad para la que fuimos creados. Ser padre no es algo *nuevo* para Dios: lo es del Verbo desde toda la eternidad. La razón última por la que nos crea es brindarnos la posibilidad de ser *hijos en el Hijo*. Según Juan Pablo II, Dios «*primero* elige al hombre, en el Hijo Eterno y Consustancial, y solo *después* quiere la Creación, quiere el mundo»[13]. Esa *filiación divina*, al asimilarnos al Hijo, nos capacita para participar en la vida trinitaria. San Juan, al considerar esa inmensa dignidad, exclama: «¡Qué gran amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios! Y lo somos»[14]. Las intenciones divinas para con nosotros son realmente asombrosas: quiere divinizarlos haciéndolos «partícipes de la naturaleza divina»[15],

capaces de conocerle y de amarle eternamente como le conoce y le ama su Hijo Unigénito. En germen, esa vida divina ya está presente en nosotros desde el bautismo, a no ser que la rechacemos por el pecado. Nunca meditemos suficientemente acerca de esta dichosa realidad. Conviene hacerlo asiduamente, pues, como recuerda san Josemaría, «¡qué capacidad tan extraña tiene el hombre para olvidarse de las cosas más maravillosas, para acostumbrarse al misterio!»[16].

De Nuestro Señor Jesucristo hemos aprendido que Dios es un Padre que desea ardientemente que cada uno de nosotros se convierta en su hijo adoptivo. Esa realidad configura toda nuestra vida espiritual. Imitar a Jesús nos lleva a comportarnos como hijos de un Padre que nos ama con locura. Nos sabemos primorosamente cuidados como hijos pequeños del mejor de los padres. Saber que vela por nosotros y que siempre está dispuesto a perdonarnos nos inunda de paz. A quien desconoce la bondad divina, cuando traiciona su conciencia, le irrita saber que Dios le mira de continuo. En cambio, a quien se sabe hijo de Dios, esa mirada le inunda de alegría y le ayuda a no sentirse nunca solo. Como afirma Benedicto XVI, «el hombre orientado hacia el amor, puede hallar en esta presencia que merodea por todas partes un cobijo por el que clama todo su ser. Ahí puede ver la superación de la soledad, que nadie puede eliminar del todo y que es, aún así, la contradicción específica de un ser que pide a gritos el tú, el acompañamiento mutuo. Puede encontrar en esa secreta presencia el fundamento de la confianza que le permita vivir»[17].

La conciencia de ser mirados amorosamente por Dios nos lleva paulatinamente a adquirir, aun en medio de los más diversos afanes cotidianos, una auténtica vida contemplativa. La meta a la que estamos llamados es, pues, muy alta, pero no inasequible de la mano del mejor mediador, que es Jesucristo. En definitiva, si bien la vida cristiana se encamina hacia un hondo sentido de la *filiación divina*, conviene que pase *a través del trato asiduo con la Humanidad Santísima de Cristo*.

Todos los santos aseguran que el mejor camino para progresar en la vida espiritual discurre a través del amor de amistad con Jesucristo. «Para acercarnos a Dios —recuerda san Josemaría— hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo»[18]. Dentro de la Iglesia, según en qué aspectos de las verdades reveladas se ponga el acento, existen muy diversas espiritualidades. Unos, los religiosos, dan testimonio de la caducidad de lo temporal[19] alejándose en mayor o menor medida del mundo; otros, en cambio, atienden a la llamada universal a la santidad[20] desde sus labores cotidianas, afanándose en convertir cualquier noble realidad humana en ocasión de amar a Cristo. Además, cada cristiano tiene sus legítimas preferencias personales. Hay, sin embargo, elementos comunes a todos. «Veo yo claro —escribe santa Teresa— que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad Sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita»[21]. En el camino propio de cada uno, afirma la santa castellana, «no me entrometo». Pero insiste en que a todos nos conviene pasar por Cristo-Hombre. Lo dice por experiencia propia y lo corrobora con el ejemplo de estos santos: san Pablo, san Francisco de Asís, san Antonio de Padua, san Bernardo y santa Catalina de Siena.

Cristo no es el único eslabón intermedio que Dios ha puesto a nuestra disposición para acercarse a nosotros. Después del Corazón de Jesús, el Corazón de María es el más fiel reflejo del Amor divino. Como enseña san Josemaría, «el principio del camino, que tiene por fin la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima»[22]. Él mismo nos la dio por madre. El bautismo, al configurarnos con Cristo[23], nos hace miembros de su familia humana y divina. Como hermanos de Jesús, veneramos y amamos a María y a José. Son amores que se potencian unos a otros, ya que cada uno de ellos desea que amemos a los otros dos. Con el Santo Patriarca y con su Esposa, podemos tener la misma confianza que con nuestros padres de la tierra. Y, ya que somos hijos de María, sus padres —san Joaquín y santa Ana— son nuestros abuelos. Además, en Cristo, somos también hermanos de todos los miembros de la *Iglesia*, esa gran familia humana y sobrenatural que reúne a todos los hijos de Dios y de María, ya estén en la tierra, purificándose en el Purgatorio o gozando del Cielo. La vida cristiana, llevada a sus últimas consecuencias, es exigente, como la vida de un soldado en tiempos de guerra, pero se desenvuelve en ese ambiente amable y acogedor propio de una familia en la que se respira un entrañable calor de hogar.

Por tanto, en el itinerario de la vida espiritual, vamos de menos a más. María nos conduce a Jesús y, a través de Él, accedemos a la familiaridad con Dios Padre. A su vez, ese hondo sentido de la filiación divina es el preludio de una auténtica vida contemplativa que nos adentra en la intimidad de la Santísima Trinidad. De la trinidad de la tierra, pasamos a la Trinidad del Cielo, estableciendo en el Dios Uno y Trino nuestra morada permanente. Quiere el Señor que llegue un momento en el que nuestro corazón permanezca en Él como pez en el agua.

La participación en esa vida trinitaria no es solo nuestra meta definitiva en el Cielo. Ya en la tierra, si somos fieles al compromiso bautismal, el Espíritu Santo inhabita en nuestra alma, y con Él, también las otras dos Personas divinas. Si el pecado no lo impide, se establece una especie de *cordón umbilical* que nos une con las entrañas de Dios. Al referirse a esa maravilla, Jesús afirma de quien cree en Él: «De sus entrañas manarán torrentes de agua viva»[24]. Cuando intenta explicar a la mujer samaritana en qué consiste esa vida sobrenatural, dice del cristiano: «El agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna»[25]. Con esas palabras, nos revela una inefable realidad de unión directa entre nuestra alma y la *interioridad divina*. A nosotros se nos va el pensamiento hacia la persona que amamos, mientras que la unión espiritual con Dios va mucho más lejos: Él establece su morada en quien se abre a su Amor. «Si alguno me ama —dijo durante la Última Cena—, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él»[26]. Poco después, dice: «Permaneced en mí»[27]. Expresa así su deseo de que aprendamos a compartir su intimidad estableciendo también nosotros en Él nuestro aposento. Ese requerimiento nos incita a cerrar a menudo los ojos para paladear la amorosa presencia del Señor.

A la *vida de oración* del cristiano se la llama también *vida interior*. Puesto que Dios inhabita en nuestra alma y nos mira amorosamente en cada instante, es lógico que le abramos nuestro interior. Conscientes de su continua solicitud por nosotros, nos dirigimos a Él con toda confianza en cualquier momento del día. Del mismo modo que en un paseo solitario nos bullen todo tipo de pensamientos, en la *presencia de Dios* esos monólogos se pueden convertir en diálogos. Para que esa sintonía se acreciente, conviene que dediquemos todos los días un tiempo fijo a la oración, a esos momentos de conversación sosegada con Él. Con el tiempo, la perseverancia en esa costumbre y las luces del Espíritu Santo nos adentrarán en las profundidades de la intimidad divina. Lo que empezó siendo un simple coloquio se habrá convertido en honda contemplación.

En la tradición de la Iglesia, el término *contemplación* tiene un significado fuerte y preciso. Es mucho más que vivir de modo genérico en presencia de Dios. La vida contemplativa consiste más bien en grabar indeleblemente en la *retina* del alma la maravillosa mirada de Dios Padre que, en el Espíritu Santo, ya en estos momentos nos está amando como hijos en el Hijo. La contemplación suele estar asociada a la palabra *mística*, porque entraña un *misterioso* don de Dios que nos capacita para atisbar realidades divinas que superan con creces nuestra capacidad intelectual.

Esas luces que Dios infunde en el alma permiten, por ejemplo, contemplar la esencia divina y la vida intratrinitaria. Leyendo a los místicos castellanos, como santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, o a los centroeuropeos en los que se inspiraron, como santa Gertrudis y el beato Juan van Ruusbroec, se tiene la impresión de que, cada uno a su manera, hablan de lo mismo. Estos santos no encuentran palabras para describir lo inefable, pero cuando lo intentan, sabemos que su testimonio es veraz porque percibimos que se están refiriendo a la misma realidad.

De alguien ingenioso solemos decir que está *lleno de vida*. Algo de eso hay en Dios, pero en grado infinito. Sin los datos que aporta la contemplación, podríamos pensar que Dios es como una persona apagada, cuando en realidad es plenitud de vida. Por eso, mientras que los teólogos hablan del misterio de la Santísima Trinidad de forma algo *estática*, los místicos vislumbran en Dios Uno y Trino toda una *dinámica* comunión de amor. Para los primeros la unidad en Dios se deriva de la unidad de naturaleza (*consustancialidad*). Los santos, en cambio, recalcan que esa *unidad* proviene de la perfecta *unión* amorosa entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

No pensemos que la vida contemplativa consiste sobre todo en tener grandes arrebatos. Por lo general, no es eso lo que sucede. San Josemaría, ese santo que logró hacer accesible la contemplación a los cristianos que viven inmersos en las realidades temporales, después de relatar su experiencia mística, añade: «No me refiero a situaciones extraordinarias. Son, pueden muy bien ser, fenómenos ordinarios de nuestra alma: una locura de amor que, sin espectáculo, sin extravagancias, nos enseña a sufrir y a vivir, porque Dios nos concede la Sabiduría»[28]. El trato del contemplativo con el Señor se vuelve muy sencillo. «La contemplación —afirma el Catecismo— es *mirada* de fe, fijada en Jesús. “Yo le miro y él me mira”, decía a su santo cura un campesino de Ars

que oraba ante el Sagrario»[29]. Los místicos no suelen incidir en los éxtasis, sino en el largo camino de purificación interior que precede a la contemplación de Dios.

¿Qué podemos hacer para avanzar por esta senda de la contemplación? Ante todo conviene que *ensanchemos* nuestros deseos. Es preciso ahondar en ese innato deseo que todos albergamos en lo más hondo de nuestro corazón. ¿Quién no experimenta profundas ansias de felicidad eterna? ¿Quién no se ha sentido alguna vez identificado con esta famosa exclamación de san Agustín al inicio de sus *Confesiones*: «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»? Si no vivimos de modo superficial, ese deseo latente aflora en la superficie, quizá a raíz de experiencias que nos recuerdan la caducidad de la dicha en esta vida.

No es fácil hablar de esos íntimos anhelos. «Siento cierto pudor —decía el escritor británico Clives Staples Lewis en una conferencia— al hablar del ansia, presente en nosotros ya en este momento, de llegar a nuestro lejano país. [...] insoldable secreto oculto en cada uno de nosotros [...] misterio cuya herida profunda nos induce a vengarnos de él dándole nombres como nostalgia, romanticismo y adolescencia. La dulzura de su aguijón es tal que, cuando resulta imprescindible mencionarlo en la conversación íntima, nos volvemos torpes y aparentamos reírnos de nosotros mismos. No podemos ocultarlo ni revelarlo, aun cuando deseemos hacer ambas cosas. No cabe revelarlo porque es el deseo de algo no aparecido nunca en nuestra experiencia. No es posible acallararlo porque nuestra experiencia está sugiriéndolo continuamente y nos delatamos como se descubren los amantes al mencionar el nombre del amado»[30].

El deseo *implícito* de Dios que todos albergamos se vuelve más *explícito* a medida que vamos madurando y percibiendo la analogía entre la felicidad humana y la divina. El noble amor humano abre el apetito, pero al constatar sus limitaciones, se intensifica el deseo de un amor ilimitado, ya intuido pero imposible de realizar en esta vida. Si somos conscientes de esa analogía, incluso una simple canción moderna puede servir de inspiración. Así expresa un cantante irlandés en una de esas letras, por ejemplo, la quietud del amor, algo que ayuda a entender por qué en la oración contemplativa sobran las palabras: «Nunca pensé que el amor pudiera ser un silencio en el corazón, un momento en el que el tiempo se para; y todo lo que he estado buscando está ya aquí, al alcance de mis brazos, esperando simplemente la oportunidad de comenzar»[31]. Son muchos los poetas que han sabido plasmar en versos esos profundos anhelos del corazón humano que tanto ayudan a intuir el amor divino. Sirva de ilustración este pasaje de un poema de Pedro Salinas, en el que compara el amor pasajero con las olas del mar, y lo contrapone a ese amor estable y quieto como el agua en el fondo del mar: «Más allá de ola y espuma / el querer busca su fondo. / Esa hondura donde el mar / hizo la paz con su agua / y están queriéndose ya / sin signo, sin movimiento. / Amor / tan sepultado en su ser / tan entregado, tan quieto, / que nuestro querer en vida / se sintiese / seguro de no acabar / cuando terminan los besos / las miradas, las señales. / Tan cierto de no morir / como está / el gran amor de los muertos»[32].

El deseo explícito de Dios se deriva también de las luces que otorga el Espíritu Santo. Es Dios mismo quien irrumpe permitiendo saborear las insospechadas perspectivas del

amor divino. Se atisba ese «no-sé-qué que se alcanza por ventura»[33]. A Dios no se le puede ver en esta vida, pero quien, por así decirlo, lo ha palpado a través de una rendija, alberga una seguridad inquebrantable para el resto de sus días. Esta gracia no llega solo a los grandes santos, como Teresa de Jesús o Juan de la Cruz, sino que puede ser concedida a cualquier persona, incluso a quienes viven muy alejados de Dios. Es el caso del escritor y periodista francés André Frossard, que encontró la fe de un modo sorprendente al visitar una pequeña capilla del Barrio Latino de París. Entró ateo, como él cuenta, y salió «católico, apostólico y romano». Más allá de su conversión, su experiencia muestra que no todo es gozo en la vida contemplativa, que plenitud y vacío van de la mano. Y es que quien conoce de cerca a Dios, necesariamente le echa de menos. Frossard, describe así su bondad: «Aquel cuyo nombre jamás podría escribir sin que me viniese el temor de herir su ternura, ante Quien tengo la dicha de ser un niño perdonado, que se despierta para saber que todo es regalo»[34]. Tras esa gracia inesperada, la primera reacción del hasta entonces convencido ateo fue no entender por qué tenía que seguir viviendo. «La necesidad de prolongar mi estancia en el planeta —relata—, cuando existía todo ese cielo al alcance de la mano, no se me mostraba con mucha claridad y la aceptaba por agradecimiento más que por convicción»[35].

Para quien ha intuido lo divino, no poder todavía vivirlo en plenitud genera un gran pesar. Se parece al ansia del recién enamorado que anhela la consumación de su amor. El contemplativo no es infeliz en esta vida, todo lo contrario, pero sufre a causa de lo que san Juan de la Cruz llamaba *ausencia de figura*[36]. San Josemaría expresaba ese dolor en estos términos: «Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros»[37]. En todo caso, la solución de ese problema no consiste en dejar de desear, sino en mejorar la calidad del amor, disminuyendo el «deseo de apropiación en beneficio del deseo de donación»[38]. Se serenán así los vehementes ardores propios de un recién enamorado y se deja paso a un amor más desprendido en el que lo más importante es que se cumpla la voluntad del Amado. Cuando se purifican las intenciones amorosas, aquellos *muero porque no muero* de los primeros tiempos se convierten en rendidos *¡hágase tu voluntad!* Como afirma san Juan de la Cruz, en el alma que ha madurado «está la voluntad y apetito tan hecho uno con Dios, que tiene por su gloria cumplirse lo que Dios quiere»[39].

Conviene insistir en que mejorar la calidad del amor a Dios no conlleva dejar de desearle. Eso significaría que se ha dejado de amar. San Josemaría no simpatizaba con aquellos *muero porque no muero* ya que ponía el acento en la disponibilidad para bregar en la tierra todos los años que el Señor dispusiera. Sin embargo, en los últimos años de su vida, se *moría* de ganas de ver al Señor. Por eso, con palabras de un salmo, no cesaba de repetir: «¡Buscaré, Señor, tu rostro!»[40].

2. HIJO DE DIOS Y DE MARÍA

CON LA CABEZA Y EL CORAZÓN

Ya que Cristo es el camino hacia la más alta contemplación de la vida divina, conviene indagar cómo podemos acercarnos a Él. Para conocerlo de un modo objetivo, disponemos de los datos revelados, que nos aportan tanto la lectura del *Evangelio* como el estudio de la *doctrina cristiana*. Y en una secuencia posterior y paralela, nos acercamos y lo conocemos de un modo más íntimo a través de la *oración*. Doctrina y vida se dan así la mano y nos permiten conocer a Cristo con la cabeza y el corazón. La fe ilumina la inteligencia para conocer el amor de Dios. En consecuencia, la voluntad se fortalece y el corazón se enciende. Pero para avanzar adecuadamente en ese proceso, han de participar en igual medida la reflexión y la vivencia.

Por un lado, no llegaría muy lejos quien aspirara a tres doctorados en teología y descuidara la oración y los sacramentos. Entre otras razones, porque hay profundidades en las verdades reveladas que solo se entienden si se viven. Incluso quienes más tiempo han dedicado al estudio corroboran la importancia de la vivencia. El periodista y escritor italiano Vittorio Messori, por ejemplo, recuerda que «a quien le preguntaba quién era, Jesús no le dio opúsculos o tratados de teología, sino que le propuso una experiencia concreta, tangible y visual: “Venid y veréis”»[41].

Por otro lado, la vivencia necesita un contrapunto objetivo. Sin una buena base de formación religiosa, se podría terminar viviendo en un mundo ilusorio. Quien se conforma solo con rezar, olvidando la formación religiosa, corre el riesgo de quedar atrapado en un ensueño. Es cierto que Dios ayuda a quien no ha podido recibir formación, pero lo normal es empezar con el catecismo. Dios puede darnos las luces necesarias para comprender los misterios sobrenaturales con más claridad que la que nos aportaría una enciclopedia teológica. Piénsese en la *teofanía* que experimentó André Frossard. Pero esas inspiraciones privadas, al estar filtradas por la subjetividad, que no siempre es fiable, ofrecen menor certeza. En la misma línea, es un hecho que la mayor experiencia mística de una persona puede dejar indiferente a otra que no quiere creer[42].

Debido a nuestra hambre de Dios, la espiritualidad siempre estará de moda. Por desgracia, no sucede lo mismo con la Revelación objetiva y con sus implicaciones morales. Con la excusa de combatir la intolerancia religiosa y de promocionar la libertad espiritual, no pocos cristianos han sucumbido ante el aparente encanto de posturas sincretistas de corte oriental, como el *new age*, que a la larga prescinden de Dios y reducen la oración a una simple técnica de relajación mental. Por eso conviene insistir en que «la oración cristiana está siempre determinada por la estructura de la fe, en la que resplandece la verdad misma de Dios y de la criatura»[43]. Hay muchos ejemplos cotidianos que muestran la importancia de conocer bien las verdades reveladas por Cristo. No hace mucho tiempo me contaba un amigo una anécdota muy ilustrativa en este sentido. Paseaba por las calles de Londres y quiso entrar en una iglesia para

acercarse a un Sagrario y rezar ante el Santísimo Sacramento. El problema estaba en cómo saber si el templo al que quería acceder era católico o protestante. La diferencia es esencial, precisamente por la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Mi amigo se solía fijar, para distinguir, en los horarios que hay en la entrada. Si se anuncian *servicios*, es protestante, mientras que si el aviso se refiere a las *Misas*, es una iglesia católica. Durante esas pesquisas, se acercó amablemente una señora anglicana para preguntarle si deseaba algo e invitarle a entrar. Mi amigo le explicó que era católico y que, por tanto, sabía que no encontraría al Señor en el Sagrario. Extrañada, la buena señora le replicó: «¡Pero Jesús está en todas partes!». Intentó explicarle, me temo que en vano, que efectivamente Cristo, como Dios, está en todas partes, pero que su presencia sacramental en la Eucaristía es otro tipo de presencia mucho más cercana, que sería imposible sin la Encarnación.

Esa anécdota muestra hasta qué punto las verdades de fe conforman la vivencia cristiana. Los protestantes, en efecto, al desconocer la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, no pueden disfrutar de ese gran regalo de amor que supone tenerle cerca de nosotros, escondido pero vivo. Allí donde está su cuerpo, se encuentran también su alma y su divinidad. De ahí la importancia de conocer todas las verdades reveladas por Dios. En concreto, si no se está familiarizado con la «hondura de la Encarnación»[44], la vida cristiana se resiente: se vuelve espiritualista.

Ya que la teoría y la práctica religiosa se reclaman mutuamente, las estudiaremos a partes iguales. Más adelante nos detendremos en la importancia del trato personal con el Señor a través de la oración. Antes, es preciso profundizar en la Cristología, esa parte de la Teología que se ocupa de analizar los datos objetivos revelados por Dios acerca del misterio de Cristo.

VERDADERO DIOS

Hace veinte siglos, el Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hizo carne. Desde entonces, como afirma Benedicto XVI, «la Palabra no solo se puede oír, no solo tiene una *voz*, sino que tiene un *rostro* que podemos ver: Jesús de Nazaret»[45]. Con los ojos de la fe, la Encarnación es el hecho más importante de la historia. El cristianismo es la única religión cuyo fundador afirma ser Dios. Al principio, la más elemental prudencia llevó a Jesús a decirlo de forma velada[46] para contener una reacción airada de los judíos. No olvidemos que lo mataron por hacerse igual a Dios[47]. Ese mensaje, sin embargo, era cada vez más nítido y al final de su vida lo aseveró de modo contundente: «Yo y el Padre somos uno»[48]. La respuesta de sus interlocutores no deja lugar a equívocos: quisieron apedrearle con el argumento de que era blasfemo que, siendo hombre, se hiciera a sí mismo Dios[49]. La afirmación más explícita de su divinidad la hizo Jesús durante la Última Cena en estos términos: «Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora le conocéis y le habéis visto. [...] El que me ha visto a mí ha visto al Padre»[50].

Conocer la mentalidad hebrea ayuda a entender el tremendo impacto que debieron tener esas palabras de Jesús. Lewis lo resume así: «Dios escogió a un pueblo en particular y pasó varios siglos metiéndoles en la cabeza la clase de Dios que era —que solo había uno como Él y que le interesaba la buena conducta—. Ese pueblo era el pueblo judío, y el Antiguo Testamento nos relata todo ese proceso. Pero entonces viene lo más chocante. Entre los judíos aparece de pronto un hombre que va por ahí hablando como si Él fuera Dios. Sostiene que Él perdona los pecados. Dice que Él siempre ha existido. Dice que vendrá a juzgar al mundo al final de los tiempos. Pero aclaremos una cosa. Entre los panteístas, como los hindúes, cualquiera podría decir que él es parte de Dios, o uno con Dios: no habría nada de extraño en ello. Pero este hombre, dado que era judío, no podía referirse a esa clase de Dios. Dios, en el lenguaje de los judíos, significaba el Ser aparte del mundo que Él había creado y que era infinitamente diferente a todo lo demás. Y cuando hayáis caído en la cuenta de ello veréis que lo que ese hombre decía era, sencillamente, lo más impresionante que jamás haya sido pronunciado por ningún ser humano»[51].

La divinidad de Cristo constituye el fundamento de la veracidad del cristianismo. Si Cristo es Dios, la religión por Él fundada es necesariamente la verdadera. No procede de elucubraciones o experiencias subjetivas, sino de la iniciativa del único Dios que, encarnándose, se ha hecho visible y palpable[52]. Al contrario de lo que sucede en otras religiones, que se apoyan en el testimonio de un hombre —Mahoma, por ejemplo, en el caso de los musulmanes—, el cristiano solo se fía de quien aseguró ser Dios. Si lo creemos, aceptamos igualmente todo lo que Jesús nos ha enseñado, ya sea la Eucaristía o lo referente a la vida eterna. Si nos ha revelado cien verdades, lo más razonable es creerlas, incluso antes de conocerlas. No asentimos porque las entendamos —entre esas verdades hay también misterios que exceden nuestra inteligencia—, sino porque las afirma el Único que no puede engañarse ni engañarnos. Como observa san Josemaría, al considerar esas verdades de fe, advertimos «la limitación de nuestra inteligencia y las grandezas de la Revelación. Pero aunque no podamos abarcar esas verdades, aunque nuestra razón se pase ante ellas, humilde y firmemente las creemos; sabemos, apoyados en el testimonio de Cristo, que son así»[53].

Si toda fe depende de la divinidad de Cristo, veamos ahora por qué es razonable creerlo. Él mismo, cuando lo afirma, remite a sus obras[54]. Sus milagros, en efecto, confirman su palabra. Y quienes lo relatan son testigos fidedignos[55], personas perfectamente cuerdas que prefirieron morir antes que negar lo que habían *visto* y *oído*. Cuando las autoridades judías prohibieron a Pedro y a Juan «que enseñasen en el nombre de Jesús», éstos les contestaron: «Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído»[56]. No nos transmiten, pues, complicadas teorías, sino algo sencillo que cualquiera puede entender: que han visto a alguien que dice ser Dios y que hace todo tipo de milagros. Si alguien afirma ser Dios, existen tres posibilidades: o está loco, o nos engaña con artilugios, o dice la verdad. Los testimonios históricos corroboran que en Cristo se pueden excluir las dos primeras.

Ningún contemporáneo de Jesús dudó de que fuera realmente hombre —saltaba a la vista—, pero Él afirmó tajantemente algo que los sentidos no perciben y que solo la fe puede asumir: ser a la vez Dios. La fe es un don divino que requiere evangelización[57] y buena voluntad. Si dejamos claro que creer en Cristo es lo más razonable, resulta más fácil que la libre voluntad del oyente se adhiera a la verdad anunciada, pero incluso la mejor predicación no conduce automáticamente a la fe; ni siquiera presenciar milagros puede asegurarla si faltan buenas disposiciones[58]. El apóstol Tomás creyó en la divinidad de Jesucristo tras comprobar el prodigio de su resurrección[59], pero lo hizo porque se predispuso libremente a recibir el don de la fe. Como observa Juan Pablo II, «aunque se viese y se tocase su cuerpo, *solo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro*»[60].

A causa de prejuicios, no han faltado intentos de desacreditar la divinidad de Cristo. Con ese fin, desde el siglo XIX algunos autores empezaron a poner en duda la historicidad del Evangelio. No es que aportaran pruebas, pero consiguieron sembrar la duda. Ha costado más de un siglo de trabajo científico, por parte de expertos en exégesis y en arqueología, desmentir esas infundadas sospechas. Hoy sabemos que se conservan unos cinco mil manuscritos del Nuevo Testamento, algunos de los cuales datan de los siglos II y III. Las diferencias en esos textos son mínimas y atañen solo a detalles secundarios. Su fiabilidad histórica es mayor que la de los clásicos griegos y latinos, cuyas copias más antiguas son escasas y están separadas de los originales por más de mil años. En el caso de Platón, por ejemplo, esa separación es de trece siglos. Lo mismo sucede con los clásicos latinos. Ya Ronald Knox señalaba que «tenemos manuscritos enteros del Nuevo Testamento que se remontan al siglo IV, mientras que los más antiguos manuscritos de Tácito, por ejemplo, escritos aproximadamente en la misma época, datan del siglo IX»[61].

UNA PERSONA Y DOS NATURALEZAS

Adherirnos a la fe no impide que nos preguntemos cómo puede ser Jesucristo al mismo tiempo Dios y hombre. La Encarnación es un misterio, pero siempre cabe profundizar en su contenido. Uno de los primeros que lo hizo fue san Pablo, que afirma que en Cristo «reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente»[62]. En Él, lo divino late tras lo humano. Dios no se disfrazó de hombre: se hizo realmente hombre. Y lo seguirá siendo en el Cielo por toda la eternidad, puesto que «Cristo llevó consigo su corporeidad transfigurada hasta la vida eterna»[63].

Conviene recalcar la importancia que reviste ese *carácter permanente de la Encarnación*. Al hacerse hombre, Dios irrumpió en nuestra historia; «el tiempo humano se colmó de eternidad»[64]. Por otra parte, desde la Ascensión de Jesucristo a los Cielos, «la condición humana ha quedado perpetuamente vinculada a la Divinidad»[65], ya que su Humanidad Santísima, transfigurada pero no deshumanizada, se ha adentrado hasta lo más íntimo de la sempiterna Deidad. Por tanto, Dios no compartió nuestra historia solo

hace veinte siglos: ¡la Encarnación sigue siendo plenamente actual! El hecho de que, en Cristo, Dios se haya hecho accesible para los cristianos de todos los tiempos, supone un avance definitivo en nuestras relaciones con Él. Aunque no veamos ahora a Jesús, podemos tratarle como contemporáneos suyos, con la misma familiaridad con la que le trataron en la tierra sus primeros discípulos: como tratamos al hermano o al amigo más querido.

Analicemos los datos revelados sobre el misterio de la Encarnación[66]. Éstos son básicamente claros: Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, en Él se da una *unidad* de persona (un solo yo, sujeto o individuo) y una *dualidad* de naturalezas: es *una* persona (divina) que sustenta la existencia de *dos* naturalezas (la humana y la divina) [67]. A esa conclusión llegó el Magisterio de la Iglesia, abriéndose camino entre herejías que ponían en duda uno de esos elementos revelados. Los diversos concilios ecuménicos formularon con creciente precisión la base de este misterio[68]. Gracias a la asistencia del Espíritu Santo sabemos a ciencia cierta que Jesucristo no es *menos* Dios por el hecho de haberse hecho hombre, ni *menos* hombre por el hecho de ser Dios. Ahora, como desde toda la eternidad, Cristo sigue siendo la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, de la misma naturaleza divina que el Padre (*consustancial*), al margen del tiempo y del espacio. Además, desde hace veinte siglos, la Persona del Verbo ha asumido una naturaleza humana íntegra, haciéndose igual a nosotros «en todo menos en el pecado»[69]. Nuestro Señor Jesucristo es, pues, perfecto Dios y perfecto hombre.

En el Concilio de Calcedonia, celebrado en el siglo V, se definió que las dos naturalezas de Cristo están unidas «sin confusión, sin cambio, sin división y sin separación»[70]. Dicho de otro modo, su humanidad y su divinidad están unidas «sin mezcla ni división»[71]. De tal unión se deriva que Jesucristo no es ni menos Dios, ni menos hombre. Los términos *sin confusión* y *sin mezcla* traen consigo relevantes consecuencias prácticas. Ya que su naturaleza humana de ningún modo es anegada por la divina, sin olvidar que es Dios, podemos tratarle como si solo fuera hombre.

No se trata, pues, de un *todo revuelto* humano-divino. El Verbo asumió la naturaleza humana sin absorberla[72]. Es como si un poco de aceite cae en un enorme recipiente de agua: por mucho que lo agitemos, ambos líquidos no se mezclan. La falta de empatía de muchos cristianos con la Humanidad Santísima de Cristo debe, en la práctica, a que no le ven como verdadero hombre. Se lo imaginan como si fuera una especie de *híbrido humano-divino*.

También conviene destacar que la doctrina de la Iglesia, llevando al extremo la dualidad de naturalezas, afirma que en Cristo hay dos voluntades, dos inteligencias y, por tanto, dos tipos de operaciones, una humana y otra divina. Las dos voluntades generan dos modos de amar: uno divino y otro humano. En cuanto hombre, alberga un amor perfecto, pero que no deja de ser genuinamente humano. El amor de la Humanidad Santísima de Cristo es el más fiel reflejo del Amor divino, pero sigue siendo un amor humano que conlleva sentimientos como los nuestros.

Con la expresión *Sagrado Corazón de Jesús* nos referimos a un ámbito más amplio que el meramente sentimental. El término *corazón* designa el centro de la esfera afectiva, no solo lo que sentimos, sino también el fondo último de nuestra interioridad[73]. «Cuando hablamos de corazón humano no nos referimos solo a los sentimientos, aludimos a toda la persona que quiere, que ama y trata a los demás»[74]. Así, considerando la *unidad de persona* en Cristo, podemos en verdad afirmar que su Corazón es el *punto* en el que confluyen su amor humano y su amor divino[75]. Eso trae consigo que la persona del Verbo está amando a través de afectos humanos. En Él, lo divino late tras lo humano y lo perfecciona hasta el máximo. Así se entienden expresiones como ésta de san Josemaría: Jesús «nos quiere con el cariño inagotable que cabe en su Corazón de Dios»[76].

No olvidemos, sin embargo, la otra parte del misterio: la *dualidad de naturalezas*. Que todo un Dios esté amando a través de un corazón humano perfecto no significa que deje de ser un corazón de carne como el nuestro. El Antiguo Testamento, para hacernos asequibles las cosas divinas, nos habla del Amor de Dios en términos apasionados[77]. En sentido estricto, sin embargo, por muy noble y recta que sea la pasión afectiva, no puede ser atribuida a Dios, sino solo al ser humano. La fe nos enseña que en Cristo hay dos inteligencias y dos voluntades, pero no que en Él haya también dos almas ni dos corazones. Como afirma Dietrich von Hildebrand, «al decir *Corazón de Jesús*, estamos tocando la fibra más digna y noble de la naturaleza humana. Tener un corazón capaz de amar, un corazón que puede conocer la ansiedad y el sufrimiento, que puede afligirse y conmoverse, es la característica más específica de la naturaleza humana»[78].

En Cristo, lo humano refleja lo divino, pero no lo agota. Un corazón humano, por muy perfecto que sea, no deja de ser limitado, de modo que no puede expresar plenamente la inmensidad del amor divino. Se diría que el amor humano de Cristo es la copia más fiel —aunque reducida— de su amor divino. Su corazón de carne es el más perfecto que jamás haya existido, pero sigue siendo auténticamente humano. Sus afectos poseen una rectitud inigualable, pero no por ello dejan de ser genuinamente apasionados. Una vez más: en Cristo lo humano no es menos humano por el hecho de ser Dios, ni lo divino menos divino por haberse hecho hombre.

No es, pues, fácil *hablar de Cristo con precisión teológica*, ya que en Él se dan dos realidades difíciles de conjugar: unidad de persona y diversidad de naturalezas. Si se hace demasiado hincapié en una de las dos, se da la impresión de que hay dos personas o una sola naturaleza. Por un lado, hay quienes realzan su humanidad en detrimento de su divinidad. Estos *nuevos arrianos* hablan tanto de *Jesús de Nazaret*, que parece que no creen que sea Dios. Se refieren a Él como si estuviera en el mismo nivel de importancia que Sócrates u otros personajes históricos que admiramos por su integridad. Refleja en el fondo un grave problema de fe, puesto que negar la divinidad de Cristo equivale a destruir el fundamento de la religión cristiana. Por otro lado, hay quienes recalcan tanto lo divino, que lo humano queda prácticamente anegado. Por miedo a faltar al respeto

debido al Hijo de Dios, no se percatan de toda la *hondura de la Encarnación*. Así, el empeño por salvaguardar ante todo la divinidad y la santidad de Jesucristo, unido a cierta tendencia a idealizar, puede llevar a verle menos humano de lo que en realidad es. Si bien en teoría no se pone en duda su naturaleza humana, ésta, en la práctica y de modo imperceptible, resulta eclipsada por su dignidad divina[79]. De ahí la insistencia con la que en estas páginas, dando ya por sentada la divinidad de Cristo, hacemos hincapié en la vertiente humana de su amor.

Esa claridad doctrinal es de gran ayuda a la hora de tratar al Señor. Así, con alma de niño, el corazón se explaya con facilidad al contemplar a Jesús en el Portal de Belén, sin olvidar por ello que ese Niño es el Rey del Universo. La confianza con Cristo-Hombre no impide recordar su infinita dignidad divina. Familiaridad y respeto no son incompatibles. Si contemplamos, por ejemplo, a Cristo ultrajado durante la Pasión, recordamos que sigue siendo el Hijo de Dios, que detrás de su humanidad late su divinidad. Durante su vida terrena, salvo en muy contadas ocasiones —como durante la transfiguración en el Monte Tabor—, Cristo no permitió que su divinidad se transparentase visiblemente a través de su cuerpo. Eso ya no sucede ahora que está glorificado en el Cielo. Todas las palabras se quedan cortas para ensalzar su majestad.

Aunque en otro nivel, lo afirmado sobre la dignidad de Cristo es también aplicable a María. Sucede con Ella como con las dos naturalezas en Cristo. Por ser nuestra madre, la tratamos con plena confianza filial. Pero esta familiaridad no debe hacernos olvidar la veneración que merece por ser Madre de Dios. Es la madre de Cristo-Hombre y, siendo Éste a la vez Dios, Ella es verdaderamente Madre de Dios (aunque no de la Divinidad), puerta por la que Dios ha venido al mundo. Cuanto más nos asombramos ante la Encarnación, mejor entendemos los privilegios marianos. Las palabras se quedan cortas al expresar la dignidad de María Santísima, hija de Dios Padre, madre de Dios Hijo, esposa de Dios Espíritu Santo. Sin embargo, en la práctica, sin olvidar que es *Reina*, el afecto filial nos lleva a verla ante todo como *Madre de misericordia*.

3. EL HOMBRE PERFECTO EN EL EVANGELIO

LA PERSONALIDAD DE CRISTO

La perfección de Jesucristo no significa que Dios se haya hecho hombre en general, sino *un* hombre en particular. Es varón y no mujer, tiene una irrepetible historia y una determinada personalidad. Dos seres humanos pueden ser igual de perfectos teniendo, sin embargo, caracteres muy diferentes. Por eso, para fomentar la empatía con *ese hombre*, precisamos el mayor número posible de datos acerca de su particular modo de ser. No es solo un deseo teórico. Se trata más bien de una necesidad afectiva. Puesto que todavía no le vemos, aunque Él a nosotros sí, queremos conocer ya su interioridad. Cuanto más nos encariñamos con Él, más deseamos conocer su personalidad. El Evangelio es el mejor sitio donde encontrarlo. Para meditarlo con fruto, a la vez que dialogamos con el Señor, conviene que nos adentremos en cada una de las escenas. Los evangelistas, preocupados ante todo por el rigor histórico, suelen ser bastante parcos a la hora de relatarnos las circunstancias concretas que rodean los sucesos, limitándose a referir las palabras pronunciadas por Jesús. De ahí la importancia de imaginarnos lo que omiten.

Al meditar el Evangelio, aprendemos a imitar al Maestro. He aquí un esbozo de su contrastada personalidad: «Predicaba y enseñaba con autoridad. Se humillaba, mejor dicho, le humillaban y era paciente; condescendía sin rebajarse; se entregaba con resignación total, pero no perdía su superioridad; se daba, pero no se imponía o doblegaba»[80]. Consciente de su dignidad, Jesús sabía conjugar eso que tanto nos cuesta a nosotros: la *dependencia* y la *independencia* de los demás. Se entregaba sin reserva pero con plena libertad interior. Por tanto, a través de su ejemplo, descubrimos nuestra más profunda verdad. Juan Pablo II no se cansó de insistir en este aspecto. «Es Dios hecho hombre —afirmó en 1998— quien se acerca al hombre para hablarle de sí mismo y para mostrarle el camino que puede alcanzar»[81]. No es el momento de analizar cada una de las virtudes de Cristo. A modo de ejemplo, nos fijaremos únicamente en su gran capacidad de amar.

GRAN CAPACIDAD AFECTIVA

Jesucristo carece de ese orgullo que está en la raíz de nuestras desviaciones afectivas. Su Corazón no alberga necesidad alguna de tipo egoísta. Por eso, al explorar sus sentimientos, tenemos que distinguir entre los aspectos que entrañan imperfección y los que, por ser propios de la naturaleza humana, han sido plenamente asumidos por el Verbo. De ahí que Jesús tenga «una afectividad transfigurada que difiere fundamentalmente de cualquier afectividad natural. Pero esta diferencia no consiste en menor ardor, ternura o afectividad. Se trata, por el contrario, de una afectividad sin

límites, que desvela dimensiones del corazón nuevas y desconocidas»[82].

En el Evangelio, vemos que Jesucristo evita tanto el *sentimentalismo* como la *insensibilidad*. Su afectividad está exenta de cualquier egoísmo o superficialidad. Sus afectos son desprendidos, pero no por ello menos intensos que los nuestros. Su gran capacidad de amar se manifiesta en un sinfín de detalles: abraza a los niños[83], se conmueve cada vez que se encuentra con gente que sufre[84], quiere a sus amigos[85] —de ahí su honda tristeza por la muerte de Lázaro[86]—, afirma ser «manso y humilde de corazón»[87], mira con cariño al joven rico[88], se preocupa de que sus discípulos puedan descansar en un ambiente familiar[89]. También tras la resurrección, observamos los mismos sentimientos: se dirige a María Magdalena en un tono que delata su emoción[90] y muestra cierta preocupación respecto a la suerte que corren los apóstoles[91]; a los discípulos de Emaús les habla apasionadamente[92]; la conversación con Pedro junto al mar de Tiberíades, en la que por tres veces le pregunta si le ama[93], pone de manifiesto el cariño con el que Jesús le sigue queriendo, así como su deseo de verse correspondido con todo afecto y entrega.

De Jesús aprendemos a ser afectuosos pero no blandos, desprendidos pero no indiferentes. Evitamos así tanto las falsas espiritualidades que nos deshumanizan, como los desmanes de una afectividad desbocada. «Si pensásemos, como algunos —afirma san Josemaría—, que conservar un corazón limpio, digno de Dios, significa *no mezclarlo, no contaminarlo* con afectos humanos, entonces el resultado lógico sería hacernos insensibles ante el dolor de los demás. Seríamos capaces solo de una *caridad oficial*, seca y sin alma, no de la verdadera caridad de Jesucristo, que es cariño, calor humano. Con esto no doy pie a falsas teorías, que son tristes excusas para desviar los corazones —apartándolos de Dios—, y llevarlos a malas ocasiones y a la perdición»[94].

Al fin y al cabo, el valor moral de las pasiones depende del uso que hagamos de ellas. «Las emociones y los sentimientos pueden ser asumidos en las *virtudes*, o pervertidos en los *vicios*»[95]. En cualquier caso, no se trata de reprimir los afectos, sino de purificarlos intentando quitarles la huella del egoísmo y de la sinrazón. En el fondo, esta actitud positiva hacia las nobles realidades humanas se deriva de la Encarnación. Jesús es maestro de humanidad, algo que no es bien entendido en determinados ambientes. «Cierta mentalidad laicista —observa san Josemaría— y otras maneras de pensar que podríamos llamar *pietistas*, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las realidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo»[96].

Cristo nos enseña también a aunar todos los recursos de los que disponemos, ya sean afectivos, intelectuales o volitivos. Conviene sumar, no restar: la persona ideal combina la mente clara del ingeniero, la voluntad fuerte del atleta y el corazón ardiente del poeta. Además, avanzan en paralelo, apoyándose mutuamente para que la persona crezca armónicamente. De lo contrario, en vez de ayudarse, se estorban. El corazón puede ayudar al intelecto y a la voluntad, pero si se desboca, saliéndose de su cometido natural, como sucede en el *sentimentalismo*, perturba la actividad de las potencias espirituales. A

su vez, si el intelecto y la voluntad se disgregan, se puede caer fácilmente en el *intelectualismo* o en el *voluntarismo*, actitudes en las que el corazón no cuenta. Para evitar esas tres deformaciones, «el intelecto, la voluntad y el corazón deberían cooperar entre sí, pero respetando el papel y el área específica de cada uno. El intelecto o la voluntad no deberían intentar proporcionar lo que solo puede dar el corazón. Y este no debería arrogarse el papel del intelecto o de la voluntad»[97].

Como arma de doble filo, el corazón presenta dos *ventajas* y dos *desventajas*: respecto al intelecto, agudiza el ingenio y ciega la razón; respecto a la voluntad, facilita la generosidad y dificulta el desprendimiento. Podemos hacernos una idea bastante precisa de los sentimientos del Corazón de Jesús analizando los nuestros, quitándoles lo negativo y aumentando lo positivo. El Evangelio corrobora que Jesucristo posee todas las ventajas de la afectividad y ninguno de sus inconvenientes. Conocer los sentimientos de su Corazón nos abre consoladoras perspectivas de *recíproca sintonía afectiva*. Cuando dos corazones latén al unísono compartiendo gozos y penas, ambos salen beneficiados: las alegrías de cada uno se intensifican y los pesares se tornan ligeros.

CORAZÓN MISERICORDIOSO

El afecto, puesto al servicio del intelecto, facilita esa *empatía* que tanto favorece la compasión con las necesidades ajenas. El relato evangélico pone de manifiesto esa gran capacidad que tiene Jesús de compadecerse de la miseria ajena. Cuando llega a Naín, por ejemplo, están enterrando a un joven, «hijo único de su madre, que era viuda. Al verla, el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: “No llores”»[98]. La compasión le lleva a hacer una excepción: resucita al hijo sin ni siquiera pedir a su madre un signo de fe. El milagro fue «manifestación del poder de Cristo Dios. Pero antes fue la conmoción de su alma, manifestación evidente de la ternura del Corazón de Cristo Hombre»[99].

El Corazón de Jesús es, en efecto, *compasivo y misericordioso*. Cuenta el Evangelio que «al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor»[100]. Siente la miseria ajena como propia, por eso sufre tanto y está dispuesto a poner todos los medios a su alcance para aliviarla. De ahí también su predilección por los más necesitados, especialmente por los pecadores[101]. El Evangelio nos proporciona abundante material para imaginar su rostro misericordioso. Su mirada a Leví, a Zaqueo, a la mujer adúltera, al ladrón, a la samaritana y, de modo especial, a Pedro[102], no es una mirada severa que recrimina. Revela más bien el anhelo de reconciliarse con el amigo perdido. Es una irresistible mezcla de tierna compasión y de reproche amoroso; expresa, al mismo tiempo y por una misma razón de amor, dolor por la ofensa y deseo de hacer las paces: pena que se intenta esconder y esperanza de feliz desenlace.

El afecto lleva a Jesús a preocuparse por cada uno en particular. Así, durante la Última Cena, su corazón se estremece al pensar en Judas. Está a punto de realizar actos de extraordinaria trascendencia, como la institución de la Eucaristía y la Pasión, pero

interrumpe varias veces su discurso para referirse al discípulo que le va a traicionar. Va a consumir la Redención del género humano y le preocupa la salvación del discípulo infiel[103]. ¿No es paradójico? Pero no se deja llevar por la sinrazón del corazón. Sabe estar en lo grande sin descuidar lo pequeño. No es sensiblero como quien, por temor a contristar, no se atreve a decir verdades dolorosas pero de gran ayuda.

Paralelamente, el Evangelio contiene fuertes amonestaciones dirigidas a quienes ponen en peligro su salvación eterna. Así, cuando anuncia por primera vez a sus discípulos que ha venido para padecer, Pedro se rebela. No lo entiende porque piensa solo con el corazón. Por eso, movido por un cariño demasiado humano, intenta disuadir a Jesús de ir a Jerusalén. El Señor se lo reprocha con dureza y le dice: «No sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres»[104].

Las duras amonestaciones de Cristo —al reprender a los fariseos, o al defender el honor de su Padre expulsando a los mercaderes del templo[105]— no están inspiradas por esa ira que ciega la razón. Su *santa indignación* contrasta con la conducta irascible que procede del orgullo herido. «Jesús —comenta san Josemaría— jamás se muestra lejano o altanero, aunque en sus años de predicación le veremos a veces disgustado porque le duele la maldad humana. Pero, si nos fijamos un poco, advertiremos que su enfado y su ira nacen del amor»[106]. No hay en Él susceptibilidad. Por eso, los pecados y las ingratitudes le duelen mucho, pero no le enfadan.

Jesús sufre tanto cuanto nos ama: la intensidad de su dolor es directamente proporcional a la intensidad de su afecto. Por fortuna, el corazón no comporta solo vulnerabilidad, sino también capacidad de alegrarse. De ahí que la alegría que procuramos al Señor también se multiplica por lo mucho que nos quiere. Un pequeño detalle de cariño le produce un gozo quizá cien veces más grande que el nuestro en las mismas circunstancias. Entre sus sentimientos y los nuestros no hay solo una diferencia de *intensidad*, sino también de *calidad*. Su afecto es el más hermoso que jamás haya existido porque no está contaminado por el egoísmo: no hay vanidad en sus alegrías, y sus penas nada tienen que ver con el orgullo herido. Goza y sufre únicamente porque ama. El desamor solo le hace sufrir porque ve truncado su deseo de contribuir a nuestra felicidad.

Quizá, cuanto más se han ido perfilando los sentimientos de Cristo, más nos hemos percatado de las imperfecciones de los nuestros. Sin embargo, lejos de desanimarnos, podemos acudir a Él y, como en las letanías al Sagrado Corazón, decirle: «¡Haz nuestros corazones a la medida del tuyo!». Tenemos esperanza porque el amor de su Corazón puede purificar el nuestro. Jesucristo no es solo *modelo* de humanidad, sino también *fuentes* de una gracia que nos capacita para amar como Él ama. «El amor de Cristo —afirma Juan Pablo II— hace que el hombre sea digno de ser amado. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre ha recibido un corazón que desea ser amado y es capaz de amar. El amor del Redentor, que cura la herida de su pecado, le eleva a la dignidad de hijo»[107]. Esa gracia santificante que nos cura y dignifica nos llega principalmente a través de los *sacramentos*, especialmente el bautismo, la reconciliación (confesión) y la eucaristía.

Si todavía albergáramos dudas acerca de nuestra posibilidad de santificación, contamos con la solicitud de nuestra Madre. Por ser la *llena de gracia*, su Corazón Dulcísimo es el que más se parece al de Jesús. Ninguna otra criatura cultivará jamás afectos tan intensos, desinteresados y desprendidos como los de la Doncella de Nazaret. Su santidad constituye para nosotros un firme motivo de esperanza. En efecto, si el corazón de una criatura como María, con la gracia de Dios y su buena voluntad, ha podido ser transfigurado en tan alto grado, ¿qué no sucederá con nosotros si permitimos humildemente que la gracia de Dios purifique nuestro corazón?

De María aprendemos esa humildad. Con el *Magnificat*[[108](#)], nos instruye en esa desconcertante lógica evangélica que nos lleva a sacar partido incluso de nuestra debilidad. En Ella, se nos hace más cercano el *rostro maternalmente misericordioso* de Dios Padre. Si nos descaminamos, su patente compasión de madre dobliega nuestro orgullo y nos recuerda el incondicional amor de su Hijo. Con razón observa san Josemaría que «a Jesús siempre se va y se *vuelve* por María»[[109](#)].

4. EL CONOCIMIENTO HECHO VIDA: LA ORACIÓN

EL ALMA DE LA VIDA CRISTIANA

Vuelvo de nuevo a la importancia de unir doctrina y vida. El conocimiento objetivo de Cristo precisa el complemento de la vivencia. Para que las verdades de la fe cambien nuestro corazón, es preciso meditarlas en un clima de oración. Hemos visto que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y nos hemos acercado a su siempre conmovedor e inspirador ejemplo de vida. Queda la guinda de la oración, la mejor vía para que ese conocimiento teórico impregne nuestra existencia; para que no solo conozcamos al Señor, sino que también lo tratemos y amemos con locura. Como afirma Javier Sesé, «la oración es la expresión viva y el alimento de esa progresiva intimidad de amor con Dios en que consiste esencialmente la vida espiritual cristiana»[110].

El encuentro personal con Cristo es un *don* que recibimos gratuitamente y, a la vez, una *tarea* que nadie puede realizar en nuestro lugar. Conlleva una vivencia interior tan incommunicable como inolvidable, una luz que se graba en nuestra alma y nos ayuda más que la lectura de muchos libros. Como afirma una conversa noruega, «el cristianismo no es una serie de reglas morales o un sistema filosófico. Es una relación con una persona. Esa es la esencia. El encuentro con Cristo puede ser un choque repentino o un descubrimiento gradual. Pero es Él quien nos busca en la Misa o en la oración, en una conversación o en un pensamiento. Queremos ser amados, este es el deseo más profundo de nuestra existencia, y lo encontramos en el verdadero amor de Dios, a través de su Hijo hecho Hombre. Este es el secreto, el amor escondido, la perla del campo»[111].

Sin esa relación de amor con el Señor, el cristianismo se desvirtúa: queda rebajado a una simple ideología o a una ética. La religión convertida en ideología siempre resulta peligrosa: se mezcla con opciones políticas opinables y en vez de unir, divide. Tampoco se puede reducir a una serie de valores morales, como les sucede a esos padres que quieren un colegio católico para sus hijos, no tanto para que les enseñen a amar a Dios, sino sobre todo para que aprendan unas reglas de conducta. El ideal cristiano es mucho más: consiste en vivir por amor a Quien, sin coartar nuestra libertad, hace todo lo posible para revelarnos su amor. Comentando la conversión de san Pablo, afirma Frossard: «El cristianismo no es una concepción del mundo, y ni tan siquiera una regla de vida; es la historia de un amor que recomienza con cada alma. Para el más grande de los apóstoles, fascinado hasta el final por la belleza de un rostro entrevisto en el camino de Damasco, la verdad no es una idea a la que haya que servir, sino una persona a la que hay que amar»[112].

El amor se forja y se mantiene a base de trato. Si lo descuida alguien que ha entregado su vida a Dios, corre el peligro de caer en el *activismo*. En vez de afanarse en su ideal apostólico con el fin de agradar al Señor, su orgullo le lleva a centrarse en los resultados visibles de su empeño. Sus deterioradas *raíces* producen *frutos* efimeros. «Parece que aprovecha el tiempo, que se mueve, que organiza, que inventa un modo nuevo de resolver todo... Pero es improductivo»[113]. No deja poso ni huella porque su deseo de

eficacia termina comprometiendo la *fecundidad* de su labor. «Hemos de trabajar mucho en la tierra —aconseja san Josemaría—; y hemos de trabajar bien, porque esa tarea ordinaria es lo que debemos santificar. Pero no nos olvidemos nunca de realizarla por Dios. Si la hiciéramos por nosotros mismos, por orgullo, produciríamos solo hojarasca: ni Dios ni los hombres lograrían, en árbol tan frondoso, un poco de dulzura»[114].

FRUTOS DE LA ORACIÓN

Para que la oración mental sea eficaz, suele ser útil dedicarle diariamente un tiempo fijo. Hay muchos modos de hacerla. Basta con sentarse en una iglesia o en un sitio tranquilo y empezar a charlar con el Señor como lo haríamos si le viéramos. Cualquier tema es bueno —a Él le interesa todo lo nuestro—, aunque con el paso del tiempo, aumenta nuestra empatía con su Corazón y hablamos cada vez menos de lo propio y más de lo suyo. Así cuenta san Josemaría en *Camino* de qué conviene hablar con Dios: «De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias..., ¡flaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerle: ¡tratarle!»[115].

Se empieza quizá comentando lo último que nos ha sucedido y después se profundiza en algún tema espiritual. Para ello, conviene acompañar esos momentos con un libro de meditación adecuado a nuestras circunstancias, aunque en muchas ocasiones no hará falta porque el diálogo fluye con facilidad. Es el momento de consultarle todo tipo de cuestiones. En lo más hondo de la conciencia, más allá del manipulable ámbito psicológico, percibimos la Voluntad de Dios. Cada vez que nos decidimos a secundar sus inspiraciones, experimentamos una profunda paz interior. Es como intentar captar en la radio una frecuencia lejana. El Señor, para no imponerse, no suele hablar de modo muy claro, pero poco a poco se aprende a sintonizar con Él. La Madre Teresa de Calcuta nos da este consejo: «Nunca abandonéis este contacto diario íntimo con Jesús como persona real y viva, y no simplemente como una idea. ¿Cómo podemos pasar un solo día sin oír a Jesús diciendo *Te amo*?; imposible. Nuestra alma lo necesita tanto como el cuerpo necesita respirar el aire. De lo contrario, la oración está muerta, la meditación es tan solo una reflexión. Jesús quiere que cada uno de vosotros le escuche, hablando en el silencio de vuestro corazón»[116].

Con el paso del tiempo, el amor del Señor ya no es algo sabido o sentido: ¡se *palpa*! Se descubre que no solo nosotros le buscamos, sino que también Él toma la iniciativa. «Al principio costará —testimonia san Josemaría—; hay que esforzarse en dirigirse al Señor, en agradecer su piedad paterna y concreta con nosotros. Poco a poco el amor de Dios se palpa —aunque no es cosa de sentimientos—, como un zarpazo en el alma. Es Cristo, que nos persigue amorosamente: he aquí que estoy a tu puerta y llamo. ¿Cómo va tu vida de oración? ¿No sientes a veces, durante el día, deseos de charlar más despacio con Él? ¿No le dices: luego te lo contaré, luego conversaré de esto contigo? En los ratos dedicados a ese coloquio con el Señor, el corazón se explaya, la voluntad se fortalece, la

inteligencia —ayudada por la gracia— penetra, de realidades sobrenaturales, las realidades humanas. Como fruto, saldrán siempre propósitos claros, prácticos, de mejorar tu conducta, de tratar finamente con caridad a todos los hombres, de emplearte a fondo —con el afán de los buenos deportistas— en esa lucha cristiana de amor y de paz»[117].

En efecto, la oración canaliza y potencia los propósitos de mejora. Esa «vida escondida con Cristo en Dios»[118] nos cambia interiormente. Llama la atención la sabiduría que adquiere un cristiano que persevera durante años haciendo oración mental. Conocí de cerca a un hombre sin estudios que, con toda naturalidad, aclaraba las dudas que tenía su interlocutor, un famoso catedrático. Le decía este: «Me acabas de resolver un problema que no lograba esclarecer». El hombre sencillo no veía problema alguno. Llevaba casi 50 años haciendo oración todos los días y no era consciente de lo mucho que su maestro, el Espíritu Santo, le había enseñado.

En esencia, recibimos luces para la *inteligencia* y mociones para la *voluntad* que traen consigo una gradual purificación del *corazón*. A medida que percibimos el amor del Señor, la voluntad se adhiere a Él y el corazón experimenta una libertad insospechada. Mientras intentamos dedicar todos los días un tiempo fijo a la oración, Él nos va adentrando en su Corazón. Constatamos que resulta fácil querer con locura a Quien se ha hecho humano como nosotros. Descubrimos no solo la *intensidad* de su afecto, sino también la *calidad* de su amor, que se manifiesta en abundantes obras de amor desinteresado y desprendido. Percibimos que siempre busca ante todo nuestro bien y que, lejos de pasar factura, respeta delicadamente nuestra libertad: que se nos entrega por completo con un respeto que nada tiene que ver con la indiferencia. En definitiva, como dice san Josemaría, comenzamos «a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto»[119].

ORACIÓN Y CARIDAD

Contrariamente a lo que piensan quienes recelan de la vida de oración aduciendo que se presta a descuidar el amor al prójimo, uno de los frutos de la empatía con el Corazón de Cristo consiste en intensificar *la caridad hacia los demás*. «No es posible —dice san Josemaría— que nuestra pobre naturaleza, tan cerca de Dios, no arda en hambres de sembrar en el mundo entero la alegría y la paz»[120]. Saber que el Señor ama a cada persona como a Sí mismo estimula nuestro empeño por ser mejores padres, hermanos o amigos. Conociendo las entrañas de misericordia de Jesús y su predilección por los más necesitados, aprendemos a ser más comprensivos con los defectos ajenos y nos esforzamos por colaborar en todo tipo de iniciativas que buscan aliviar todo tipo de indigencias, tanto físicas (labores asistenciales) como espirituales (apostolado).

Nuestros semejantes siempre se benefician del progreso de nuestra vida espiritual. Es algo que ve con claridad cualquiera que no reduzca el cristianismo a una ideología filantrópico-social. Sin la centralidad del amor a la persona de Cristo, la vida cristiana se

desnaturaliza. Se reduce a un vago ideal, ciertamente bienintencionado, que pretende conseguir un mundo mejor, o a una peligrosa ideología partidista. Quitar a la caridad el suelo nutricio del amor al Señor conduce necesariamente al agotamiento. Esto se ve especialmente en esos católicos activos en la vida pública que descuidan sistemáticamente su vida de oración. En vez de *cristianizar* el mundo, se *mundanizan* ellos mismos. Pasados los años del primer fervor activista, surgen incómodos problemas morales y la coherencia brilla por su ausencia. Parece que se adhirieron al ideal cristiano por meras razones de conveniencia, y que lo abandonaron en cuanto dichos motivos desaparecieron. Ya lo dijo el Señor: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»[121]. Formulado al revés, sería: «Si no me amáis, no guardaréis mis mandamientos».

En cambio, si no se descuida la vida interior, aumenta paulatinamente el deseo de entrega generosa. Es muy elocuente al respecto el ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta. Todo lo que hizo para ayudar a los más necesitados hundía sus raíces en su amor a Cristo. Su espiritualidad se fundamenta en un misterioso encuentro personal que tuvo con Él en 1946, mientras viajaba en un tren. Se percató de que Jesús no solo tenía sed cuando estaba colgado en la Cruz[122], sino que también ahora anhela el amor de cada uno de nosotros. Entendió que solo ella podía saciar la *sed* que el Señor tenía de ella. Descubrió, además, que debía aliviar con su amor también la *sed* que siente Nuestro Redentor a causa de su identificación con el dolor de *los más pobres entre los pobres*. Ahí está el porqué más profundo de todo lo que la Madre Teresa hizo en su vida. En 1993, cuando tenía 83 años y presentía que se acercaba el final de sus días, escribió una carta en la que condensaba toda su experiencia. Instando a sus hijas a buscar un verdadero encuentro con el Señor, les decía: «Jesús quiere que os diga de nuevo cuánto amor tiene por cada uno de vosotros, más allá de cuanto podáis imaginar. Me preocupa que alguno de vosotros todavía no se haya realmente encontrado con Jesús —cara a cara—, tú y Jesús a solas. Podemos pasarnos el tiempo en la capilla, pero ¿habéis visto con los ojos de vuestra alma cómo Él os mira con amor? ¿Conocéis realmente al Jesús vivo, no a través de los libros, sino por estar con Él en vuestro corazón? ¿Habéis oído las palabras llenas de amor con que Él os habla? Pedidle la gracia, Él está deseando dárosela. [...] Hasta que conozcas muy dentro de ti que Jesús tiene sed de ti, no puedes empezar a saber quién quiere Él ser para ti. O quién quiere Él que seas tú para Él»[123].

TRATAR A CRISTO COMO HOMBRE

Ya vimos que en la vida cristiana existen espiritualidades tan diversas como legítimas. Otra fuente de variedad la constituye el contexto vital en el que se desenvuelve cada uno, así como su personal correspondencia a la gracia. Cada historia de amor, ya sea humana o divina, es única e irrepetible. Sucede como al escalar un monte: la cima es la misma para todos, pero existen diversos senderos que conducen hacia ella. No obstante, también existen atajos. Las enseñanzas de Jesús y la experiencia de los santos nos confirman que el mejor camino para adentrarnos en la intimidad divina discurre a través de la relación

confiada con la Humanidad Santísima de Cristo.

Al hablar con Jesucristo, puesto que lo humano es más asequible que lo divino, conviene que distingamos entre sus dos naturalezas. Cuando le pedimos algo, no hace falta hacer muchos matices: nos dirigimos a su persona en general. En cambio, si nos acercamos a Jesús realmente presente en el Sagrario para iniciar un coloquio personal, después de arrodillarnos para adorar su divinidad, es más fácil tratarle como hombre: podemos explayarnos y volcar en Él todos nuestros afectos. Y es que, como en cualquier relación de amor, la *afectividad* también juega un papel importante en ese trato íntimo con el Señor. «Ya que somos carnales —observa san Bernardo—, es necesario que nuestro deseo o amor comience a partir de la carne»[124]. Además, quererle con todo el corazón no obedece solo a una necesidad nuestra: también Él, humano como nosotros, lo aprecia. Quienes desconocen esa realidad de afecto recíproco, pueden caer en el sentimentalismo, esa tendencia egoísta a disfrutar de los sentimientos como si fueran un fin en sí mismos.

Al hablar con Jesús, no perdamos de vista que sus sentimientos no han cambiado ahora que está en el Cielo. Al leer el Evangelio, quizá tengamos cierta envidia de sus contemporáneos, sin percatarnos de que también nosotros lo somos. San Josemaría, dirigiéndose a alguien que se emocionaba al leer el Evangelio, le decía: «¡Le contemplas entonces tan profundamente humano, tan a tu alcance!», y añadía: «Pues..., Jesús sigue siendo el de entonces»[125]. En efecto, «Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será siempre»[126]. En la Gloria sigue sintiendo como propio todo lo nuestro. La aparición a Pablo camino de Damasco lo corrobora. Al mostrar su dolor a causa de la persecución a los cristianos, no dice: «¿Por qué *los* persigues?», sino: «¿Por qué *me* persigues?». Y cuando el futuro apóstol pregunta: «¿Quién eres, Señor?», responde: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues»[127]. Se ve que está identificado con cada uno de los miembros de su Cuerpo Místico en la tierra. «Él ha sido elevado ya a lo más alto de los cielos —explica san Agustín—; sin embargo, continúa sufriendo en la tierra a través de las fatigas que experimentan sus miembros»[128]. Según la liturgia, «no se ha ido para desentenderse de este mundo, sino que ha querido precedernos como cabeza nuestra»[129]. Por eso dijo que todo lo que hiciéramos a otro se le haríamos a Él[130].

Esa compenetración afectiva de Cristo con cada uno de nosotros nos espolea a compartir, de corazón a corazón, gozos y pesares. Si la sintonía afectiva es recíproca —si nos metemos en su piel—, el íntimo coloquio no servirá de desahogo solo para nosotros: también Él se beneficiará. En ambas direcciones, las alegrías se intensifican y las penas se aligeran. Cuenta santa Faustina Kowalska que un día Jesús le dejó contemplar su dolor moral a causa de algunos pecados que se estaban cometiendo en aquel momento. El Señor, al ver su desconsuelo, le dijo: «Veo el dolor sincero de tu corazón que me ha dado un inmenso alivio a mi Corazón, mira y consuélate»[131].

ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN

El itinerario de la vida espiritual discurre desde la empatía con Cristo hasta la contemplación de la vida trinitaria. En el plano inclinado de nuestra santificación, la calidad del trato con el Señor mejora de modo progresivo. Según san Josemaría, «el sendero, que conduce a la santidad, es sendero de oración; y la oración debe prender poco a poco en el alma, como la pequeña semilla que se convertirá más tarde en árbol frondoso»[132]. Vamos de menos a más. «Empezamos con oraciones vocales, que muchos hemos repetido desde niños»[133]. Después, nos ejercitamos en la oración mental, hasta que llega un momento en el que, con verdadera *oración de quietud*, no cesamos de contemplar la vida íntima de Dios. Entonces, aparte de alabar y adorar la unidad de la tres Personas divinas, aprendemos a tratarlas por separado, distinguiendo a cada una de ellas.

Existen, pues, diversos tipos de oración. *Contemplar* es más perfecto que *rezar* una plegaria o que *orar* meditando un determinado texto. Lo propio de la contemplación es que en ella no concurre el esfuerzo de la inteligencia. Si para contemplar debiéramos discurrir, no sería posible ser contemplativos en medio de nuestros afanes diarios. «No se puede meditar en todo momento, pero sí se puede entrar siempre en contemplación, independientemente de las condiciones de salud, trabajo o afectividad»[134]. Contemplar consiste en *amar mirando* y en *mirar amando* a Quien de continuo nos mira amorosamente. Y, cuando se ha intuido el amor con el que Dios nos mira, ya no hace falta discurrir: «Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas»[135].

Siguiendo el ejemplo del fundador del Opus Dei, resulta posible vivir como *contemplativos en medio del mundo*. Las conversaciones íntimas con el Señor en la oración van grabando en la *retina de nuestra alma* su mirada amorosa, de modo que se intensifica la conciencia de estar en su presencia a lo largo de todo el día. De este modo, en perfecta *unidad de vida*, aprendemos a materializar el amor a Dios y a los demás a través de las diversas vicisitudes cotidianas. Se aprende, por ejemplo, a realizar el trabajo profesional con la mayor perfección posible por una doble razón de caridad: para ofrecérselo al Señor como regalo y para servir mejor al prójimo.

Los autores clásicos distinguían tres fases en la vida espiritual: la *vía purgativa*, centrada en la purificación interior; la *vía iluminativa*, marcada por las luces del Espíritu Santo, y la *vía unitiva*, que es antesala del Cielo. Aunque no se puede encorsetar la acción de la gracia en fórmulas rígidas y cada historia de amor es irrepetible, ese esquema puede encauzar nuestras reflexiones.

Al comunicar sus dones, Dios es menos selectivo de lo que a primera vista se podría pensar. Son pocos los que alcanzan las altas cimas de la vida contemplativa y eso se debe a la falta de correspondencia a la gracia. Se precisa toda una *purificación interior* que requiere docilidad a las mociones del Espíritu Santo, generosidad en el sacrificio voluntario y fortaleza ante la purgación pasiva. «No olvidéis —decía san Josemaría— que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz»[136]. No muchos se dejan

moldear sin sustraerse a las pruebas que el Señor permite. Así explica san Juan de la Cruz la escasez de personas contemplativas: «No es porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra; que, como los prueba en lo menos y los halla flacos —de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación—, de aquí es que no hallándolos fuertes y fieles en aquello poco que les hacía merced de comenzarlos a desbastar y labrar, eche de ver lo serán mucho menos en lo mucho y no va adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra por la labor de la mortificación, para la cual es menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran»[137].

Hay mucho por purificar, tanto los sentidos como las potencias del alma: la inteligencia y la voluntad. De ordinario, lo más arduo es contrarrestar el orgullo. Con el humilde, el Espíritu Santo hace maravillas, porque le encuentra receptivo a todos sus dones. El total desprendimiento de la propia estima se va asentando en el alma a medida que aprendemos a mirarnos a nosotros mismos a través de los ojos misericordiosos del Señor. Como ya intenté mostrar en mi último libro[138], esa transformación interior inunda de paz el alma y realiza la más maravillosa de las liberaciones. Y no solo mejora la relación con nosotros mismos, sino también con los demás. La humilde autoestima de sabernos tan amados purifica y ennoblece todos nuestros amores.

Aparte de esa purificación interior, el progreso en la vida contemplativa requiere una *actitud de incansable búsqueda*. El Señor es el que más quiere que avancemos, pero su delicado respeto de la libertad le lleva a otorgar sus *luces* ante todo a quienes más se esfuerzan por conocerle. Como ya vimos, el deseo de Dios, que se encuentra implícito en todo ser humano, se vuelve más explícito e intenso a medida que intuimos la bondad divina. Cuanto más *palpamos* el amor de Dios, más anhelamos conocerle mejor. Bien lo expresa san Josemaría cuando dice: «Nace una sed de Dios, una ansia de comprender sus lágrimas; de ver su sonrisa, su rostro... [...] Hemos corrido “como el ciervo, que ansía las fuentes de las aguas”; con sed, rota la boca, con sequedad. Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna»[139]. La senda que conduce hacia la más alta contemplación discurre a través de ascensiones sucesivas. Se observa en ellas una especie de mecanismo de retroalimentación: cada progreso potencia nuevos avances. Cuanto más se desea, más se busca, más se encuentra y más se ama. San Anselmo condensa este itinerario con esta plegaria: «Enséñame a buscarte, muéstrame tu rostro, porque si tú no me lo enseñas no puedo buscarte. No puedo encontrarte si tú no te haces presente. Te buscaré deseándote, te desearé buscándote, amándote te encontraré, encontrándote te amaré»[140].

No me resisto a copiar unas elocuentes palabras de san Josemaría. Son todo un compendio de la vida contemplativa y expresan con maestría la tensión de amor que experimenta una persona que, viviendo en medio del mundo, ha llegado a un alto grado de intimidad con el Señor: «Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la

intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán»[141].

Perseverando en la oración, también nosotros nos enamoraremos del Señor a medida que nos conceda sus luces. Hubo un tiempo en que, entre los expertos en vida espiritual, se debatía la relación entre el empeño humano (*ascética*) y la iniciativa divina (*mística*). San Josemaría zanja así la cuestión: «¿Ascética? ¿Mística? no me preocupa. Sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Si tú procuras meditar, el Señor no te negará su asistencia»[142]. En efecto, Dios suele bendecir con sus luces nuestro empeño por cuidar cada rato de oración, pero también es posible que recibamos su inspiración sin que medie esfuerzo alguno por nuestra parte.

Helmut Laun, un converso alemán, recibió una de esas luces insospechadas. De improviso, entendió con hondura el misterio de la *Iglesia católica*. Comprendió su grandeza contemplando el estadio glorioso que tendrá en el Cielo, una vez completado el número de los bienaventurados. No encuentra palabras para describirla, pero lo intenta en estos términos: «Todo lo que había leído sobre la Iglesia católica, una y santa, antes de mi conversión, era completamente cierto, ¡pero apenas era una sombra comparado con la deslumbrante belleza sobrenatural de la Iglesia triunfante! Ni siquiera un millar de palabras cuidadosamente escogidas podrían nunca describir la visión que tendremos de la Iglesia de Cristo en su última y plena realidad, de una sola mirada, en la otra vida, cuando estemos contemplando la bondad y sabiduría de Dios. Lo que innumerables santos han dicho de la Iglesia es sin duda cierto. ¡Una realidad inexpresablemente gloriosa!»[143].

Las luces que más nos ayudan a progresar en el camino de unión con Dios están ligadas a la inhabitación de la Santísima Trinidad en nuestra alma. De ordinario, al meditar sobre el misterio trinitario, agradecemos a Dios que su grandeza no quepa en nuestra pequeña cabeza, pero en algunas ocasiones nos llenamos de gozo al recibir algún destello de luz. «El corazón necesita, entonces —testimonia san Josemaría—, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!»[144].

Ya que estamos llamados a participar en esa vida divina, adentrémonos en la contemplación de la *beatitud celestial*. En el Cielo, gracias a la *visión beatífica*, viviremos plenamente lo que en estos momentos, aunque de modo velado, ya está sucediendo: en nuestra alma en gracia inhabitada por la Trinidad, el Padre nos está amando en el Espíritu Santo como a hijos en el Hijo.

CONTEMPLAR IMAGINANDO EL CIELO

Imaginar el Cielo es un gran incentivo para nuestra esperanza. Vivimos, como reza la liturgia, «esperando la gloriosa venida de Nuestro Señor Jesucristo». Estamos de viaje y es lógico que el pensamiento se nos escape hacia la meta definitiva en la que nos espera la Persona que más y mejor nos ama. Si le queremos con locura, deseamos ardientemente la definitiva unión con Él.

Tratemos de hacernos una idea del Cielo, puesto que no podemos desear lo que no hemos imaginado. En esa tarea, no nos ayudan esos autores que lo describen como algo tedioso y poco atractivo. Louis de Wohl, experto en labores de inteligencia bélica, comenta con sorna: «El tipo que inventó lo de las nubecitas, la música de arpas y los cánticos incesantes, sin duda estaba muy inspirado. Pero no por el cielo. Es una de las obras más peligrosas de propaganda infernal. Como no era posible calificar al cielo de *malo*, se le describió extremadamente aburrido. Y el ministerio de propaganda satánico tuvo aquí la colaboración de un fallo de nuestra naturaleza humana. Tenemos mucha mayor facilidad para imaginarnos el infierno que el cielo. [...] ¿Será posible que lo malo nos resulte más familiar que lo bueno? Sería un pensamiento bastante alarmante. ¡Para cuántos chistes idiotas habrá dado ocasión esta imagen deformada del cielo! Continuamente oímos decir que el infierno tiene que ser mucho más divertido, pues allí estarán seguramente todas las personas interesantes, en cambio en el cielo solo la gente honrada, los chicos y chicas ejemplares nauseabundantemente aburridos que cantan en coro y tocan el arpa»[145].

La beatitud no proviene solo de la contemplación de Dios. Comporta también aspectos humanos. En Cristo, Dios se hizo hombre sin menoscabo de su divinidad. Así también nosotros seremos divinizados sin deshumanizarnos. Nuestros cuerpos resucitarán adquiriendo un estado espiritualizado pero no desmaterializado. Por eso, toda noble realidad humana tendrá su correlato en el Cielo. Allí viviremos en familia con el resto de los bienaventurados. Aparte de amar a Dios, amaremos también a cada uno de ellos más y mejor de lo que jamás hemos amado en la tierra. En consecuencia, como recuerda santo Tomás de Aquino, cada alegría ajena se hará propia[146]. Para imaginarlo, tendríamos que multiplicar ese gozo por el enorme número de bienaventurados.

Dejemos de lado esos aspectos *humanos* del Cielo y centrémonos en nuestra participación en la vida íntima de Dios. El testimonio de san Pablo es elocuente: «Ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasaron a hombre por pensamiento las cosas que Dios tiene preparadas para aquellos que le aman»[147]. ¿Cómo será el gozo que se deriva de conocer y de amar a Dios como Él nos conoce y nos ama[148]? Ya sabemos que lo divino no es del todo inimaginable en virtud de su analogía con lo humano. En concreto, el amor humano de alta calidad es la mejor fuente de inspiración.

La clave de la felicidad, tanto en el amor humano como en el divino, reside sobre todo en la calidad de la intención de los amantes. Solo el amor de Dios, que de nada carece, es totalmente *gratuito*. San Bernardo describe esa inigualable perfección en estos términos: «El amor puro se basta a sí mismo, agrada él solo y por sí mismo. Él es su mérito, él es

su premio. El amor no exige otra causa, ni otro fruto que él mismo. Su fruto, su práctica. Amo, porque amo; amo, para amar»[149]. Nosotros no llegamos a tanto: aspiramos a una *rectitud de intención*. ¿En qué consiste? La interioridad es compleja. Un mismo acto puede estar inspirado por diversas razones. Éstas son rectas en la medida en que no se antepone el propio provecho al bien de la persona amada. No es desinteresado quien da para recibir algo a cambio. *Amar* es lo contrario de *utilizar*. Es voluntad de *pertenecer*, no de *poseer*. Debido a nuestra limitación, nuestra motivación nunca es del todo altruista. Podemos albergar *intenciones sinceras* si evitamos todo engaño consciente. El grado de desinterés en nuestros actos aumenta a medida que nos perfeccionamos. La gracia y la buena voluntad mitigan progresivamente ese egoísmo y amor propio que enturbia nuestras intenciones.

Dos personas unidas por un amor altamente desinteresado experimentan una dicha difícil de describir. Su recíproca entrega produce una sorprendente *espiral de felicidad* que les sumerge en un gozo inesperado que permite presagiar la beatitud divina. En la medida en que no persiguen su propio provecho, la alegría que procuran, por así decirlo, *rebota* de uno a otro. En esta vida, esa interacción es muy limitada. En el mejor de los casos, la felicidad *rebota* como máximo un par de veces. En un matrimonio ideal, si el marido lleva un regalo a su mujer, la alegría de ella le sobreviene a él. A su vez, ese dulce sobresalto repercute en ella. Y ahí queda todo. Si tiramos una piedra al agua, se produce un determinado número de círculos concéntricos. Si no hubiera rozamiento, los círculos continuarían extendiéndose de modo indefinido, como cuando se empuja un objeto fuera del espacio gravitatorio. Algo así debe suceder entre las Personas divinas a causa de la infinita pureza de su amor. Están unidas por una eterna *espiral de beatitud*. También nosotros experimentaremos esa inmensa dicha cuando, en el Cielo, les amemos como nos aman. No podemos visualizar el resultado de multiplicar por infinito el gozo más grande que jamás hayamos sentido en esta vida, pero conocemos al menos qué cifra hay que elevar al infinito.

¡Y eso no es todo! A la hora de imaginar la inconcebible beatitud celestial, a la *máxima pureza* del amor divino, podemos añadir seis nuevos elementos:

1. *Infinita sabiduría* (conoceremos hasta el último porqué).
2. *Plena correspondencia*.
3. *Eterna duración*.
4. *Plena compenetración* (total ausencia de malentendidos y desconfianzas).
5. *Total ausencia de preocupación* respecto al futuro de la relación amorosa (la imposibilidad de competencia o traición).
6. Infinita perfección y *belleza de la persona amada*.

A propósito de esa hermosura divina, afirma san Josemaría: «Considera lo más hermoso y grande de la tierra, lo que place al entendimiento y a las otras potencias, y lo que es recreo de la carne y de los sentidos. Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. Y eso, junto con todas las locuras del corazón

satisfechas, nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! ¡tuyo!, tesoro infinito, margarita preciosísima»[150].

Considerando todos esos aspectos, se vislumbra un gozo inefable ¿Qué será adentrarse en ese *mirarse amando y amarse mirando* entre Dios y cada uno de los bienaventurados? Según san Juan de la Cruz, dice Dios al alma: «Yo soy tuyo y para ti y gusto de ser tal cual soy por ser tuyo y para darme a ti»[151]. Si recordamos que ya ahora estamos siendo amados como lo seremos en el Cielo, será más fácil que vivamos como contemplativos en medio del mundo.

Una vez agotados los recursos de la razón, si se intuye lo inenarrable, «hay que dar entrada al *casto silencio* del que hablaba el Pseudo-Dionisio, a propósito de los nombres de Dios»[152]. Y es que, a propósito del amor, llega un momento en que lo mejor es callarse ¡y vivirlo! Y cuanto más lo vivimos, más se acrecienta el deseo de consumir definitivamente nuestra unión con Dios en el Cielo. Si hemos intuido lo que allí nos espera, disponemos de una especie de imagen congelada de vídeo que, al entrar en la eternidad, se pondrá en movimiento. Entretanto, purifiquemos esos anhelos, recordando que Dios, por ser el que más ama, es el que más desea esa sempiterna unión.

De María, que acostumbraba a sopesar todas las cosas en su corazón[153], aprendemos a ser contemplativos en medio de nuestros afanes cotidianos. Si con la ayuda de la gracia somos fieles hasta el último trance de nuestra vida, se romperán los velos que esconden al Señor y le veremos por fin cara a cara. Lo desconocido siempre conlleva algo inquietante. Pero cuando lleguemos al Cielo, enseguida nos sentiremos como en casa puesto que saldrá a recibirnos Nuestra Madre.

[1] 1 Tim 6, 16.

[2] Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, n. 3.

[3] Cfr. Is 49, 15.

[4] Jn 1, 18

[5] Juan Pablo II, *Audiencia del 30 de enero de 2002*.

[6] Gen 1, 26-27.

[7] San Agustín, *Las Confesiones*, Palabra, Madrid 1988, pp. 199-200.

[8] M. García Morente, *El "Hecho extraordinario" y otros escritos*, Rialp, Madrid 1996.

[9] San Bernardo, *Sermón 1 en la Epifanía del Señor*, 1-2: PL 143.

[10] Cfr. Mc 12, 30, Mt 22, 37 y Lc 10, 27.

[11] Prefacio III de Navidad.

[12] Cfr. Jn 14, 6.

[13] Juan Pablo II, *Discurso del 28 de mayo de 1986*, n. 4.

[14] 1 Jn 3, 1.

[15] 2 Petr 1, 4.

[16] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 65.

[17] Benedicto XVI, *Orar*, Planeta, Barcelona 2008, p. 43.

[18] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 299. Citaremos con frecuencia esa homilía del Fundador del Opus Dei, pues considero que es la mejor introducción a la vida espiritual del cristiano que vive en medio del mundo.

[19] Cfr. Mt 6, 19-20.

[20] Cfr. Mt 5, 48.

[21] Santa Teresa de Jesús, *Vida*, Capítulo 22, n. 6.

[22] San Josemaría, *Santo Rosario*, Prólogo.

- [23] Cfr. *Gal* 2, 19-20; *Rom* 6, 4 y *Filip* 2, 5.
- [24] *Jn* 7, 38.
- [25] *Ibidem* 4, 14.
- [26] *Ibidem* 14, 24. Véase también *I Cor* 3, 16.
- [27] *Jn* 15, 4.
- [28] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 307.
- [29] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2715.
- [30] En C. S. Lewis, *El diablo propone un brindis*, Rialp, Madrid 1993, p. 118.
- [31] *Here is your Paradise*, de Chris de Burgh: «*I never knew love could be a silence in the heart, a moment when the time is still; and all I've been looking for is right here in my arms, just waiting for the chance to begin*».
- [32] P. Salinas, *Razón de amor*, versos 1184-1201, en *Poesías completas*, Seix Barral, Barcelona 1981, pp. 384-385.
- [33] «Por toda la hermosura —dice san Juan de la Cruz— nunca yo me perderé, sino por un no sé qué, que se alcanza por ventura» (*Glosa*, en J. M. Moliner, *san Juan de la Cruz*, Palabra, Madrid 1991, p. 219).
- [34] A. Frossard, *Dios existe, yo me lo encontré*, Rialp, Madrid 1970, p. 160.
- [35] *Ibidem*, p. 163.
- [36] En el *Cántico espiritual*, dice este santo: «Descubre tu presencia / y máteme tu vista y hermosura; / mira que la dolencia / de amor que no se cura / sino con la presencia y la figura» (en *Suma poética*, B.A.C., Madrid 1950, p. 752).
- [37] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 296.
- [38] M. I. Alvira, *Vision de l'homme selon Thérèse d'Avila*, F. X. Guibert/O.E.I.L., París 1992, p. 363.
- [39] San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, Canción 1, n. 28, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1993, p. 66.
- [40] *Ps* 27, 8. El texto latino dice: *Vultum tuum, Domine, requiram!*
- [41] V. Messori, *Por qué creo. Una vida para dar razón de la fe*, Libros Libres, Madrid 2009, p. 120.
- [42] Así se entiende, por ejemplo, que sea ateo Jean Baruzi, uno de los más autorizados conocedores de san Juan de la Cruz (cfr. H. Arts, *Een Kluizenaar in New York*, De Nederlandsche Boekhandel, Amberes 1986, p. 119).
- [43] Carta *Orationis formas* de la Congregación para la doctrina de la fe, 15 de octubre de 1989, n. 1.
- [44] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 74.
- [45] Benedicto XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini*, 30 de septiembre de 2010, n. 12.
- [46] Cfr. *Jn* 8, 24, 28 y 58.
- [47] Cfr. *Mt* 26, 64 y *Mc* 14, 62.
- [48] *Jn* 10, 30.
- [49] Cfr. *Jn* 10, 33.
- [50] *Jn* 14, 7 y 9.
- [51] C. S. Lewis, *Mero cristianismo*, Rialp, Madrid 1995, pp. 67-68.
- [52] Cfr. *Jn* 1, 18 y *I Jn* 1, 1.
- [53] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 169.
- [54] Cfr. *Jn* 10, 38 y 14, 11.
- [55] Cfr. *Lc* 1, 1-4. Su último milagro fue su propia resurrección gloriosa (cfr. *Mt* 28, *Mc*, 16, *Lc* 24 y *Jn* 20-21).
- [56] *Hech* 4, 18-20.
- [57] San Pablo pregunta: «¿Cómo creerán a Aquel que no oyeron? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?» (*Rom.* 10, 14).
- [58] El mejor ejemplo es tal vez la reacción de los fariseos después de la resurrección de Lázaro (cfr. *Jn.* 11, 45-53).
- [59] Cfr. *Jn* 20, 24-29.
- [60] Juan Pablo II, *Novo millenio ineunte*, n. 19.
- [61] R. A. Knox, *El torrente oculto*, Rialp, quinta edición, Madrid 2000, p. 108.
- [62] *Col* 2, 9.
- [63] R. Guardini, *Quien sabe de Dios conoce al hombre*, PPC, Madrid 1995, p. 184.
- [64] Juan Pablo II, *Discurso del 10 de diciembre de 1997*.
- [65] J. Marias, *La perspectiva cristiana*, Alianza, Madrid 1999, pp. 63-64.
- [66] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 456-483. Para una ulterior profundización, puede servir este manual de teología: F. Ocáriz, L. F. Mateo-Seco, J. A. Riestra, *El misterio de Jesucristo*, EUNSA, tercera edición, Pamplona 2004.
- [67] Esa unión de dos naturalezas en una única persona se denomina *unión hipostática* (*hipóstasis* significa persona).

- [68] El Concilio de Nicea (325) y el Concilio I de Constantinopla (381) hizo hincapié en la divinidad de Cristo, refutando el *arrianismo*, que negaba la divinidad de Cristo, y el *nestorianismo*, que afirmaba que en Cristo había también una persona humana. Más adelante, el Concilio de Éfeso (431) definió la unión hipostática (dos naturalezas unidas en la Persona del Verbo). Por su parte, el Concilio de Calcedonia (451) aclaró la relación entre las dos naturalezas y condenó el *monofisismo*, que ponía en duda la verdadera Humanidad de Cristo. Todo quedó aún más claro en el Concilio II de Constantinopla (553). Por último, el Concilio III de Constantinopla (681) sacó consecuencias de lo anterior y, en contra del *monotelismo*, afirmó que en Cristo hay dos voluntades, dos inteligencias y, por consiguiente, dos tipos de operaciones.
- [69] *Hebr* 4, 15.
- [70] «*Inconfuse, inmutabiliter, indivise et inseparabiliter*», dice el texto original (*Denzinger*, n. 302).
- [71] *Oficio divino*, Laudes del 1 de enero, Antífona «Ad Benedictus».
- [72] «*Assumpta sed non absorpta*» (cfr. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 22).
- [73] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2563.
- [74] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 164.
- [75] «Corazón de Jesús en el que habita la plenitud de la Divinidad», se dice en la Letanía al Sagrado Corazón.
- [76] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 59.
- [77] Véase, por ejemplo, *Cant.* 5, 2; *Prov.* 7, 3; también los *Salmos* 12, 6; 21, 15; 39, 9; 44, 2; 56, 8.
- [78] D. von Hildebrand, *El corazón*, Palabra, Madrid 1997, p. 15.
- [79] El error en el que, sin pretenderlo, caen estos cristianos bien intencionados se puede llamar *monofisismo práctico*.
- [80] J. M. Pich, *El Cristo de la Tierra*, Rialp, tercera edición, Madrid 1974, p. 36.
- [81] Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, n. 6. Véase también *Gaudium et spes*, n. 22.
- [82] D. von Hildebrand, *El corazón*, o.c., p. 21.
- [83] Cfr. *Mc* 9, 36.
- [84] Véase, por ejemplo, *Mt* 9, 2; *Lc* 7, 13; *Mt* 9, 36; *Mc* 6, 34.
- [85] «Amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro» (*Jn* 11, 15).
- [86] Cfr. *Jn* 11, 33-35 y 38.
- [87] Cfr. *Mt* 11, 29.
- [88] *Mc* 10, 21.
- [89] Cfr. *Mc* 6, 31.
- [90] Cfr. *Jn* 20, 16.
- [91] Cfr. *Jn* 20, 17.
- [92] Cfr. *Lc* 24, 25-26.
- [93] Cfr. *Jn* 21, 15-19.
- [94] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 167.
- [95] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1768.
- [96] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 74.
- [97] D. von Hildebrand, o.c., p. 106.
- [98] *Lc* 7, 12-13.
- [99] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 166.
- [100] *Mt* 9, 36.
- [101] Cfr. *Mt.* 9, 12.
- [102] Cfr. *Mc* 2, 13-17, *Lc* 19, 1-10, *Jn* 8, 1-11, *Lc* 23, 39-43, *Jn* 4, 1-30 y *Lc* 22, 61.
- [103] Ese gran dolor moral de Jesús a causa de un solo pecado pone de manifiesto que no es posible, como a veces se ha sugerido, que un poco más tarde, en el Huerto de los Olivos, pudiera sufrir por todos y cada uno de los pecados que se cometerían hasta el fin del mundo. Esa idea adolece de *monofisismo práctico*, porque menoscaba los imperativos de la humanidad de Cristo. Atendiendo a su divinidad, el Catecismo puede afirmar que «Jesús, durante su vida, su agonía y su pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha entregado por cada uno de nosotros: “El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Gal.* 2, 20)» (n. 478). En Getsemaní, Cristo, como Dios, conocía el futuro, pero como hombre no pudo sufrir tanto en tan poco tiempo. Su humanidad padeció entonces lo máximo que le fue posible.
- [104] *Mt* 16, 23.
- [105] Cfr. *Jn* 2, 13-22.
- [106] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 162.
- [107] Juan Pablo II, *Carta del 22 de junio de 1990* (a Mons. R. Séguy, Obispo de Autun).
- [108] Cfr. *Lc* 1, 46-56.

- [109] San Josemaría, *Camino*, n. 495.
- [110] J. Sesé, *Naturaleza y dinamismo de la vida espiritual*, en “Scripta Theologica” 35 (2003), p. 55.
- [111] J. Haaland Matlary, *El amor escondido. La búsqueda del sentido de la vida*, Belacqva, Barcelona 2002, p. 241.
- [112] A. Frossard, *Los grandes pastores*, Rialp, Madrid 1993, p. 115.
- [113] San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 51.
- [114] *Ibidem*, n. 202.
- [115] San Josemaría, *Camino*, n. 91.
- [116] En J. P Manglano y P. De Castro, *Orar con Teresa de Calcuta*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2003, p. 36.
- [117] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 8.
- [118] *Col* 3, 3.
- [119] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 296.
- [120] *Ibidem*, n. 311.
- [121] *Jn* 14,15.
- [122] Cfr. *Jn* 19, 28.
- [123] En J. P Manglano y P. De Castro, *Orar con Teresa de Calcuta*, o.c., pp. 35 y 38.
- [124] San Bernardo, *De diligendo Deo*, XV, 39.
- [125] San Josemaría, *Surco*, n. 233.
- [126] *Hebr* 13, 8.
- [127] *Hech* 9, 5.
- [128] San Agustín, *Sermo de Ascensione Domini*, Mai 98, 1-2: PLS 2, p. 494.
- [129] *Prefacio I* de la Solemnidad de la Ascensión del Señor.
- [130] Cfr. *Mt* 25, 34-45.
- [131] Santa Faustina, *Diario. La Divina Misericordia en mi alma*, n. 310, Levántate, Granada 2003, n. 445, p. 209.
- [132] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 295.
- [133] *Ibidem*, n. 296.
- [134] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2710.
- [135] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 307.
- [136] *Ibidem*, n. 301.
- [137] San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, Canción 2, n. 27, o.c., p. 93.
- [138] M. Esparza, *Amor y autoestima*, Rialp, Madrid 2009, pp. 262-269.
- [139] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 310 y 307. Obsérvese la forma elegante de esconderse que tiene este santo al relatar su experiencia, aludiendo a dos pasajes de la Sagrada Escritura (cfr. *Ps.* 41, 2 y *Jn.* 4, 14).
- [140] San Anselmo, *Proslogion*, 1, 97-100.
- [141] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 296.
- [142] *Ibidem*, n. 308.
- [143] H. Laun, *Cómo encontré a Dios*, Rialp, Madrid 1984, p. 163.
- [144] San Josemaría, *Hacia la santidad*, en *Amigos de Dios*, n. 306.
- [145] L. de Wohl, *Adán, Eva y el mono*, o.c., pp. 43-44.
- [146] Cfr. santo Tomás de Aquino, *Collatio super ‘Credo in Deum’*, art. 12; en *Opuscula theologica* 2, Turín 1954, p. 217.
- [147] *1 Cor* 2, 9; cfr. *Is* 64, 4.
- [148] Cfr. *1 Cor* 13, 12 y *1 Jn* 3, 2.
- [149] San Bernardo, *Sobre el Cantar de los Cantares*, n. 83, 4; *Liturgia de la horas*, tomo 3, Madrid 1972, p. 1153.
- [150] San Josemaría, *Camino*, n. 432.
- [151] San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, Canción 3, n. 6, o.c., p. 111.
- [152] C. Cardona, *Metafísica del bien y del mal*, EUNSA, Pamplona 1988, p. 131.
- [153] Cfr. *Lc* 2, 19 y 51.

SEGUNDA PARTE

CORREDIMIR CON CRISTO

1. UNA DEUDA DE GRATITUD

¿POR QUÉ COMPLICARNOS LA VIDA?

El punto de encuentro entre nuestra intimidad y la del Señor, singularmente enriquecido a través de la oración, redunda espontáneamente en una serie de frutos o consecuencias prácticas. La empatía con el Corazón de Jesús empuja a la acción, al sacrificio; en definitiva: a *complicarnos* la existencia, en el sentido más positivo de la expresión, a la hora de amarle a Él y a los demás. El bautismo, al convertirnos en *otro Cristo*^[1], nos capacita para participar activamente en su labor redentora. Nuestra vida adquiere así un profundo sentido de misión, que nos lleva a buscar todo tipo de ocasiones para manifestarle con obras nuestro amor y para ayudarle a salvar almas.

Es un hecho, sin embargo, que el Señor, tantas veces, no figura entre las razones que mueven la vida del cristiano. Parece como el gran olvidado. Muchas personas con fe esgrimen numerosos motivos, la mayoría de índole personal, para defender la práctica religiosa, pero en contadas ocasiones sacan a relucir la razón de amor, que es el principal motor para *complicarse* la existencia. Inciden en cuestiones como que el esmero en la vida de piedad ayuda a no descuidarla por dejadez con el paso de los años, que ayuda a ser más feliz, a vencer más fácilmente el egoísmo —tratando así mejor a los demás— y, en última instancia, a asegurar la salvación eterna. Pero olvidan la otra dimensión: ser conscientes de que es el propio Cristo el que más urge nuestro amor en cuanto que podemos aliviar los pesares de su Corazón.

El aprendizaje de la vida cristiana discurre por un plano inclinado. Al principio suelen primar los motivos egocéntricos. Al madurar, comprendemos que nada importa tanto como la relación de amor con el Señor. En la catequesis de iniciación cristiana, habría que imitar la pedagogía empleada por Dios en la Revelación: enseñar, primero, las verdades básicas del Antiguo Testamento, y completarlas, después, con esa verdad plena del Evangelio que radica en el amor.

A medida que aumenta la empatía con Cristo, llega un momento en el que todo lo que se hace parece poco. La intensidad con la que los santos viven su vida es el mejor modo de ilustrarlo. No reparan en sacrificios con tal de aportar alegrías al Señor y ayudarle a salvar almas. Los ejemplos son innumerables. Recordemos a santa Teresa, bregando sin cesar mientras va de un lado a otro fundando conventos con las incomodidades propias de los medios de transporte del siglo XVI. O a san Antonio María Claret que, en sus sesenta y tres años de vida, predicó diez mil sermones y redactó más de doscientos libros. De él se cuenta que, solo en los siete años que fue obispo en Cuba, administró el sacramento de la confirmación a trescientas mil personas y arregló treinta mil matrimonios. Sin duda, Dios dotó a estos santos con excepcionales talentos humanos, pero eso no explica suficientemente su incansable actividad. Su celo apostólico hunde sus raíces en su amor al Señor. Como san Pablo, se sentían sobre todo apremiados por el amor de Cristo^[2].

Para que nos decidamos a *complicarnos* más la vida por estas mismas razones que los

santos, es preciso que amemos con locura al Señor. A grandes rasgos, existen dos caminos para llegar a querer mucho a una persona: el *agradecimiento* al experimentar su bondad y la *compasión* al verle sufrir. La cabeza entiende más de gratitud, mientras que el corazón se compadece fácilmente al conocer las penas ajenas, apremia a la inteligencia para buscar los medios de remediarlas y empuja a la voluntad a ponerlos por obra. En nuestra correspondencia al amor de Cristo, al principio nos mueve sobre todo constatar que nadie como Él se merece tanto nuestra entrega: amor con amor se paga. Con el tiempo, la sintonía afectiva con su Humanidad Santísima va quemando nuestras entrañas con una urgencia inaplazable de aliviar los pesares de su Corazón.

Contamos, pues, con dos motores que espolean nuestra generosidad. ¿Cuál de los dos es más potente, el agradecimiento a Jesús por lo mucho que nos ama, o la compasión con su Sagrado Corazón? En la práctica, se ve que la gratitud no suele ser razón suficiente para querer al Señor con locura. Para agradecer su amor, quizá estemos dispuestos a rezar con frecuencia, a asistir puntualmente a los sacramentos o a cuidar nuestra formación religiosa. Todo eso es mucho, pero no es suficiente. Los santos van mucho más lejos: aun cuando se estén dejando la piel, todo les sigue pareciendo poco. ¿Por qué? Sin duda, no lo hacen por perfeccionismo, ni únicamente por gratitud. Lo que motiva su heroico empeño es su empatía con el Corazón doliente de Cristo y, en consecuencia, la urgencia de aliviar sus pesares. La certeza de poder mitigar sus padecimientos redentores espolea con mayor fuerza su generosidad. Los motivos de compasión que inspiran las heridas de su Corazón resultan ser más imperiosos que los que provienen de la mera gratitud.

He aquí, pues, el itinerario que seguiremos: en primer lugar, consideraremos los motivos de agradecimiento ante el amor que el Señor ha derrochado con cada uno de nosotros, y más adelante profundizaremos en la urgencia de corregir con Cristo.

AGRADECER EL AMOR

El amor es el don *gratuito* por excelencia. Se puede agradecer cualquier regalo, pero nada es tan apropiado como dar las *gracias* por el amor recibido. De ahí que la consideración de los diversos caminos a través de los cuales Dios nos manifiesta su amor genere un agradecimiento que espolea nuestra correspondencia. La oración nos ayuda a percatarnos de lo mucho que el Señor ha hecho y sigue haciendo por cada uno de nosotros. Nos damos cuenta, por ejemplo, de cómo su amorosa providencia ha dispuesto diligentemente todas las circunstancias de nuestra vida para que concurran hacia nuestro mejor bien. O nos impresiona considerar esas locuras de amor que encierra la Encarnación, viendo a todo un Dios «humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía»[3]. Si *palpamos* ese amor, llega un momento en el que siempre nos parece poco todo lo que hacemos por el Señor. Y ya no nos mueven tanto aquellos motivos egocéntricos del principio. Queremos

ante todo corresponder al amor con amor. ¡Qué bien lo expresa este famoso soneto anónimo del siglo XVI!:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.
No tienes que me dar porque te quiera;
pues aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Meditemos una por una las mercedes que hemos recibido de Dios. Al margen de los talentos que nos ha concedido —como son una vocación particular o una determinada aptitud—, el Señor nos ha creado y redimido a todos por igual. Podríamos hacer todo un elenco de los dones que se derivan de esas dos realidades: de Él recibimos la vida, el alma inmortal, la inteligencia y la libertad; la revelación y la fe; la Iglesia. La lista de los dones de la gracia sería interminable: la efusión del Espíritu Santo y su inhabitación en nuestra alma, la filiación divina y la perspectiva de salvación eterna, los sacramentos, el perdón de los pecados y la curación de nuestro egoísmo, la presencia silenciosa pero real en cada Sagrario, la posibilidad de presenciar y de participar en la obra redentora cada vez que asistimos a la Santa Misa, la comunión eucarística, la misericordia y el afecto humano de su Sacratísimo Corazón. El último regalo de Jesús, en la Cruz, fue su Madre.

GRATITUD POR LA IGLESIA Y POR MARÍA

De esa larga lista de regalos divinos, vale la pena poner de relieve el inmenso don que supone *la Iglesia*, más aún en estos momentos en los que sufre tantos ataques. Se trata de una familia a la vez divina y humana. Es divina puesto que sus miembros están íntimamente unidos por lazos sobrenaturales, y es humana en cuanto que prolonga el hogar más maravilloso que jamás haya existido: el de Jesús, María y José en Nazaret.

Creemos en la Iglesia por la misma razón que nos adherimos a las demás verdades infaliblemente reveladas por el Hijo de Dios. Es muy de agradecer la existencia de esta familia porque, a través de ella, Cristo nos garantizó seguridad en la doctrina[4]. No prometió al Santo Padre, su vicario en la tierra, infalibilidad de *conducta*, sino de

doctrina. De los tres ministerios confiados a la Iglesia —enseñar, santificar y regir—, Jesucristo asegura la eficacia de los dos primeros: no hay error posible en los dogmas y está asegurada la eficacia de los sacramentos válidamente administrados. En cambio, a la hora de organizar la vida eclesial, todo es mejorable.

Para apreciar el gran don que supone la Iglesia, tenemos que trascender lo visible y centrarnos en lo esencial. Por ejemplo, al recibir un sacramento, poco importa la imperfección del sacerdote que lo administre, pues sabemos que es Jesucristo mismo quien nos lo confiere. Así también, puesto que la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, no dudamos de su santidad ante las patentes miserias de algunos católicos, pues recordamos que su *cabeza* es Jesucristo, que su *alma* es el Espíritu Santo y que la mayor parte de sus miembros son santos que ya están en el Cielo. Sin duda, nos duelen los pecados propios y ajenos, más aún si sintonizamos con el dolor que causan al Corazón de Jesús, pero eso no enfría nuestro cariño hacia la que amamos como a una madre.

«La Iglesia —dice san Josemaría—, que es divina, es también humana, porque está formada por hombres y los hombres tenemos defectos [...]. Cuando el Señor permite que la flaqueza humana aparezca, nuestra reacción ha de ser la misma que si viéramos a nuestra madre enferma o tratada con desafecto: amarla más, darle más manifestaciones externas e interiores de cariño»[5]. Hay quienes, desde una perspectiva idealista, se extrañan demasiado de las debilidades ajenas, como si en la tierra no fuéramos todos pecadores. Jesucristo, en cambio, es muy realista. Precisamente porque nos conoce bien, predica tanto la perfección como la misericordia, y espera de nosotros una santidad que no está reñida con la miseria reconocida y combatida. Por eso eligió a san Pedro como primer Papa, fundando así «la Iglesia sobre cobardías y arrepentimientos»[6]. Desconocer la realidad de la miseria humana «será siempre la tentación aparentemente angélica y radicalmente demoníaca de la soberbia. Cristo nos dejó su grito de Perfección: y esa entrañable organización de cautelas, perdones y remiendos para la imperfección, que es la Iglesia»[7].

La Iglesia, la eficacia de los sacramentos y la maternidad de María son misterios íntimamente relacionados entre sí porque tienen su origen en el Gólgota. Son gracias que brotaron del costado abierto de Cristo en la Cruz. Tanto la Eucaristía como María *hacen* familia. Los miembros de esta familia humana y sobrenatural que es la Iglesia nos alimentamos del mismo pan y nos sentamos alrededor de la misma mesa; y somos hermanos de Jesús por ser al mismo tiempo hijos de Dios y de María. Por eso escribe san Pablo que Dios Padre nos ha predestinado «a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos»[8].

En la Cruz, Jesús rogó a su madre que nos acogiera como hijos[9]. Al aceptarlo, María se convirtió en la *Madre de la Iglesia*. No fue poco lo que le pidió. Quiso que nos acompañara con su solicitud materna a lo largo de nuestro camino hacia el Cielo. Y no solo a los que vivimos ahora, sino a todos los que vendrán a esta tierra hasta el final de los siglos. Por voluntad de Jesús, y gracias también a la amorosa aceptación de María, somos, pues, hijos de la más amable entre todas las madres. Desde entonces, ¡cuántos desvelos de buena madre tendríamos que agradecerle! ¡Cuánto la necesitamos! Somos

como niños que viven despreocupados si están cerca de su madre.

La gratitud estimula la entrega. Antes de morir, Jesús no pidió solo a María que nos recibiese como hijos. En la persona de Juan, quiso también que nosotros la acogiésemos como madre. Eso conlleva cuidar de Ella con esmero, mostrándole a diario nuestro cariño con piropos y con obras. Este consejo de san Josemaría es un buen resumen de la vida cristiana: «No vayas a Santa María solo a pedir. ¡Ve también a dar!: a darle afecto; a darle amor para su Hijo divino; a manifestarle ese cariño con obras de servicio al tratar a los demás, que son también hijos suyos»[[10](#)].

2. CREACIÓN, PECADO Y REDENCIÓN

ESA INCÓMODA LIBERTAD RESPONSABLE

Antes de adentrarnos en la corredención con Cristo, nos conviene indagar en el origen del problema que vino a remediar, situando su obra redentora en el marco del designio creador de Dios Padre. Al preguntarnos por qué hay tanto mal en el mundo y por qué murió Jesucristo en la Cruz, nos topamos con la realidad del pecado y de la libertad. Si no se aceptan las consecuencias que se derivan del mal uso de la libertad, deja de tener sentido el pecado y, por tanto, también la Redención. Quien no asume su responsabilidad, ni siquiera se plantea las cuestiones más cruciales de su existencia: ¿quién me puede salvar?, ¿cómo obtengo el perdón de mis pecados?, ¿qué tengo que hacer para que no sea la justicia sino la misericordia divina la que tenga la última palabra?

El primer obstáculo que encuentra la *nueva evangelización* de Occidente es que la mayoría de sus destinatarios no perciben que necesitan ser redimidos y salvados. No son conscientes, por múltiples motivos, de que necesitan ser curados de su egoísmo y de que está en juego una eternidad a la medida del uso que hagan de su libertad en esta vida. A veces pesa en esa actitud la falta de formación religiosa, otras una cierta anestesia en el alma para captar un eco de trascendencia más allá de lo meramente sensorial o para ser capaz de divisarlo entre las preocupaciones cotidianas tan ineludibles como efímeras. Hablar en esas circunstancias de las promesas eternas de Cristo es como empeñarse en vender un producto a quienes no saben que les hace falta. Y si intentamos sacarles de su agnóstica indiferencia hablándoles del Cielo, a menudo responden: «Si existe, sin duda me lo merezco porque yo no hago mal a nadie»; no reparan en que el *mal* es ante todo ausencia de *bien*. Si viviera en nuestros días, san Pablo les diría: «No os engañéis; con Dios no se juega. Lo que uno siembra, eso cosechará»[11]. Ciertamente, es una pena que no se percaten de la felicidad, temporal y eterna, que se están perdiendo[12]. ¿Qué se puede hacer al respecto?

Ante todo, conviene mostrar que nuestras decisiones tienen consecuencias. Cualquier esfuerzo para fomentar el diálogo entre la razón y la fe, debe empezar por incidir en que somos seres éticos y, por tanto, libres. Hoy en día, se habla mucho de *libertad* y muy poco de *responsabilidad*. Para no tener que asumir las consecuencias de sus actos, muchos se escudan en una especie de *buenismo natural* que culpa del mal individual no a la persona sino a las carencias genéticas, educativas o sociales; algunos se atreven incluso a culpar a Dios del mal en el mundo.

Un modo concreto de contrarrestar esa *cultura de la irresponsabilidad* consiste en poner en evidencia sus contradicciones e incoherencias. Vemos con frecuencia, por ejemplo, que quienes se amparan en postulados deterministas para eludir su propia responsabilidad, cambian radicalmente de opinión cuando son ellos mismos los perjudicados; en ese caso, no dudan en reclamar para el culpable todo el peso de la justicia. Lo reconozcamos o no, en el fondo, todos sabemos que somos responsables en

la medida en que somos libres. De ahí que, al enjuiciar una acción reprobable, nos preguntemos si el sujeto que la cometió *tuvo realmente elección*.

El realismo nos lleva, por tanto, a dar a la libertad el protagonismo real que tiene en nuestros actos, sin olvidar que por muchos condicionantes que haya, ordinariamente es uno mismo quien finalmente decide. Nadie duda, por ejemplo, de la gran influencia que ejerce la educación, pero sería absurdo ampararse en ella para rebajar el peso de la voluntad a la hora de actuar. Al fin y al cabo, sin libertad, seríamos como animales: nuestro comportamiento sería siempre previsible. Pero no es así. Al contrario, como explica un superviviente de Auschwitz, el ser humano, incluso en las condiciones más extremas, «es, en última instancia, su propio determinante»[13].

Reconocer la existencia de la libertad responsable permite asumir otras realidades igualmente innegables: el mérito y la culpa, la justicia, el juicio, la recompensa y la pena. En rigor, cada obra buena o mala tiene sus consecuencias. A su vez, esas verdades naturales facilitan la comprensión de la doctrina cristiana, que nos enseña que «todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir premio o castigo por lo que hayamos hecho en esta vida»[14]. Solo Dios conoce el grado exacto de libertad en cada acto humano. Por eso nos conviene que solo Él nos juzgue.

Si todos sabemos que somos libres, ¿cómo se puede llegar a negar lo evidente? Esa actitud enmascara en muchas ocasiones un afán por justificar la propia debilidad o la falta de coherencia personal de aquellos que han dejado de vivir como pensaban porque era más cómodo pensar como vivían. Poco a poco, ese *autoengaño* nos aleja de la verdad. La tendencia a no reconocer los propios errores, para lo que se necesita una buena dosis de humildad y de honestidad, se ha agudizado en los últimos años por el desconocimiento del amor de Dios. Es también, por tanto, un problema de falta de formación: si se desconoce cuánto le encanta al Señor perdonar los pecados, solo quedan dos alternativas: reconocerlos y deprimirse o engañarse a sí mismo.

La vía del *autoengaño aislado* se extiende también en el plano social dando lugar a una especie de *inconsciencia colectiva*. La *vida* influye en las *ideas* y estas, a su vez, conforman la *cultura* y se plasman en *leyes*. El oscurecimiento de la conciencia afecta a los puntos más vulnerables de nuestra conducta moral, como la sexualidad, y acaba contaminando valores éticos esenciales. Piénsese, por ejemplo, en el permisivismo legal con el aborto, que se parece a la tolerancia que hubo en algunos países hasta el siglo XIX con el comercio de esclavos. Esas lacras solo desaparecen cuando termina la *distorsión de la razón* que trae consigo el autoengaño[15].

Por desgracia, se nota en muchos cristianos el influjo de ese ambiente cultural que fomenta la irresponsabilidad. Desconsuela constatar que no se suelen parar a pensar en las consecuencias últimas de sus decisiones, más preocupados por contratar un seguro de vida que por capear las realidades eternas. Incluso muchos sacerdotes evitan aludir claramente a estas cuestiones. En los funerales, por ejemplo, se suele realzar, de forma más o menos estereotipada, la esperanza en la Resurrección, pero se omiten las llamadas a la conversión que tanto abundan en el Evangelio[16]. Quienes solo acuden a la iglesia en esas ocasiones pueden pensar que la salvación es automática. Urge, pues, anunciar

toda la verdad, aunque duela. La verdadera caridad exige hacerlo de modo afable pero claro. Y es que «los cristianos debemos ser duros de cabeza y tiernos de corazón»[17].

Conocer de antemano la verdad nos hace realistas. A quienes no encaran las implicaciones eternas de sus actos, habría que hacerles ver dos cosas: que hay que pedir perdón por los pecados para que la *misericordia* de Dios pueda tener la última palabra, y que, aun y todo, la *justicia* siempre tiene algo que decir, porque, como dice san Pablo, «el que poco siembra, poco cosecha y el que mucho siembra, mucho cosechará»[18]. En virtud de la misericordia, si alguien se confiesa en el último minuto de su vida, se le perdonan todos sus pecados, pero necesita hacer penitencia en el Purgatorio para aprender, entre otras cosas, a arrepentirse únicamente por amor a Dios; y, después, puesto que es de justicia que el modo en que se vive en la tierra configure la eternidad, recibirá un Cielo a la medida de sus méritos. De ahí la importancia de aprovechar bien el tiempo.

Los santos nos enseñan que lo que más debería espolear nuestra generosidad es la *compasión* con el Corazón de Jesús, pero sin olvidar el *sentido de responsabilidad*. «Tengo que dar cuenta a Dios de lo que he hecho —solía decir san Josemaría—, y deseo ardientemente salvar mi alma»[19]. Obviar la lógica de la justicia denota inconsciencia o temeridad: no hay que tener miedo a Dios, sino a uno mismo. La parábola de los talentos[20] es inquietante y consoladora: recibiremos según hemos dado y se nos pedirá según nuestras posibilidades, ni más, ni menos. De todos modos, no tengamos en cuenta solo el daño que nos causa el pecado. Consideremos también que al Señor le duele tanto cuanto nos ama. Si le amamos, no perderemos de vista ese otro lado de la moneda.

EL PLAN CREADOR Y EL DOLOR DE DIOS

Cada decisión moral a lo largo de la vida nos acerca o nos aleja de la mejor felicidad. En concreto, el pecado siempre daña a quien lo comete: el desamor «aleja al hombre de Dios, lo aleja de sí mismo y de los demás»[21]. El pecador no es, pues, el único perjudicado. También lo son quienes más le quieren y las posibles víctimas de ese desarreglo moral. Las consecuencias nos son banales. Dejando de lado la suma de sufrimientos cotidianos que nunca salen en los periódicos, estremece pensar, por ejemplo, en los millones de personas que murieron en el siglo XX con el exterminio nazi o bajo el terror comunista. Solo en Ucrania, por citar un ejemplo poco conocido, Stalin dejó morir de hambre a siete millones de inocentes en el invierno de 1932-1933, que se suman a los otros once millones que recibieron un tiro en la nuca en solo cuatro años, entre 1937 y 1941. Hay ejemplos más recientes, como el de los casi dos millones de camboyanos (el 20% de la población) que fueron masacrados entre 1975 y 1979 bajo la dictadura de los jemeres rojos.

Son cifras estremecedoras que invitan a pensar en el origen último de tanta miseria o a preguntarse por qué Dios ha creado un mundo en el que pueden ocurrir esas atrocidades. Sin la creación, no existiría el mal; por eso se dice que Dios lo ha *concreado*. Sin

embargo, haciendo balance, debe haber valido la pena, ya que sin la creación tampoco existiría el bien. Sería injusto que, por culpa de los que emplean mal su libertad, otros muchos no recibieran el don de la vida y de la salvación eterna. En todo caso, culpar a Dios mientras se elude la propia responsabilidad denota una actitud engreída e irrespetuosa con el Creador, a la vez que desagradecida e injusta por ser Él quien más sufre a causa del daño que acarrearán nuestros pecados. No obstante, admitir que la creación ha valido la pena no deslegitima el intento de comprender por qué.

Nunca entenderemos en toda su profundidad el misterio del mal[22]. Sabemos, sin embargo, que el amor es la única razón por la que Dios nos ha sacado de la nada. En un mismo acto creador y amoroso, Dios elige darnos el ser para que podamos participar en su beatitud. Pero esa felicidad, al estar ligada al amor, requiere una libertad que, como arma de doble filo, se presta a lo mejor y a lo peor. Así aparece el mal. Dios no lo quiere. Lo tolera para que puedan existir seres capaces de convertirse en hijos que, libremente, reciben todo el amor de su padre. Eso es lo primordial. El universo visible es accidental: mero decorado en el que habitar. Al crearlo con tanta largueza, nos revela su infinita omnipotencia y facilita nuestra alabanza. Pero para Él vale más uno de nosotros que el resto del universo. Somos la «única criatura que Dios ha amado por sí misma»[23].

Dios decidió crearnos asumiendo plenamente el riesgo de nuestra libertad, aun siendo consciente de que no habría vuelta atrás y de que, en caso de desvío, Él sería la máxima víctima del don que concedía. «En cierto sentido —afirmó Juan Pablo II— se puede decir que *frente a la libertad humana Dios ha querido hacerse “impotente”*. [...] Él permanece coherente ante un don semejante»[24]. En consecuencia, «la misteriosa grandeza de la libertad personal estriba en que Dios mismo se detiene ante ella y la respeta»[25]. Dios no nos obliga a amarle porque es el más fino amante. Espera nuestra correspondencia, pero sabe que el amor es algo que solo se puede *exigir* a uno mismo. El amor del otro se puede *atraer*, pero no pretender. No adecuarse a esa regla básica es uno de los errores más frecuentes en nuestra vida familiar: «Pretender que el cónyuge o los hijos cambien *porque lo digo yo* resulta pretencioso y absolutamente inútil»[26].

En cualquier caso, la *filiación divina* es la razón esencial de la creación. La analogía con la paternidad humana nos permite intuir el designio divino. Por muchos hijos que tengan los buenos padres de la tierra, cada uno podrá contar con todo su cariño como si fuera el único. Y si uno va por mal camino, ellos sufrirán y no escatimarán esfuerzos a la hora de ayudarlo. De modo semejante, Dios se preocupa por cada uno de nosotros en particular: se diría que solo sabe tener *hijos únicos*. Un único y mismo amor de padre le lleva a crearnos y, tras nuestro descamino, a poner todos los medios posibles para que podamos salvarnos (Encarnación y Redención). No nos crea en serie, sino que nos da, uno a uno, un alma inmortal. Aunque alguien haya sido concebido por padres egoístas, no podrá decir que no está en la tierra porque alguien le ha amado.

Dios es, en suma, un padre que ama a cada uno de sus hijos tanto como se ama a sí mismo. Por eso, «mendiga el amor de su criatura: tiene sed del amor de cada uno de nosotros»[27]. Se expone, pues, a *sufrir*, porque amar «es comprometerse, hacerse vulnerable e indigente en la espera de una correspondencia a esa entrega»[28]. Si se

alude al *dolor de Dios*, muchos piensan que se habla en sentido figurado. De primeras, algo les dice que un Ser infinitamente perfecto no puede padecer. No es fácil explicar los pormenores de esa realidad de dolor divino a la que alude la Sagrada Escritura[29], pero, con actitud reverente, podemos intentar acercarnos a ese misterio.

¿Cómo es posible, se pregunta Lewis, que cada uno de nosotros sea «necesitado y deseado de algún modo por el Ser que, fuera de este acto, no necesita nada, pues tiene y es eternamente plenitud de bondad»? El escritor inglés responde que Dios espera nuestro amor porque «quiere nuestro bien, y nuestro bien es amarle»[30]. En ese mismo sentido, el Catecismo de la Iglesia recoge esta frase de san Agustín: Dios «tiene sed de que el hombre tenga sed de Él»[31]. Juan Pablo II, al preguntarse cómo incide el pecado en la inescrutable interioridad divina, afirma con cautela: «La concepción de Dios, como ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones o heridas; pero, en las profundidades de Dios, se da un amor de padre que, ante el pecado del hombre, según el lenguaje bíblico, reacciona hasta el punto de exclamar: “Estoy arrepentido de haber hecho al hombre”»[32]. Se podría decir, en definitiva, que a Dios nada ni nadie le puede *ligar* excepto su amor. Por tanto, de un modo misterioso pero real, ese amor comporta una *indigencia* que no implica imperfección alguna[33]. En efecto, que Dios sea esencialmente *imposible* no significa que sea *indiferente*. Como recuerda Benedicto XVI, «la fe cristiana nos ha enseñado que Dios —la Verdad y el Amor en persona— ha querido sufrir por nosotros y con nosotros. Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*, Dios no puede padecer, pero puede compadecerse»[34].

Es muy posible que esos razonamientos no nos ayuden mucho a hacernos cargo del *dolor* de Dios, pero eso no importa si establecemos una clara diferencia entre su explicación *teórica* y su vertiente *práctica*. Y es que no hace falta ser expertos en teología para asumir las implicaciones que tiene el dolor divino: nos basta con saber que todo lo que imaginemos es poco. En todo caso, si lo meditamos, no es difícil romper en *acción de gracias* ante un Dios que de nada carece pero que se hace tan vulnerable al crearnos por amor. Y de la gratitud pasamos a la *compasión* filial con ese padre amantísimo a quien tanto le hacen sufrir las desgracias que el pecado nos acarrea.

Nadie se compadece tanto de ese *dolor de amor divino* como Jesucristo, que lo remedia con el *dolor de amor humano* de su Corazón: su sintonía afectiva con Dios Padre es insuperable. Esa es la primera razón que late tras el plan redentor: el Hijo consuela al Padre por todos los agravios que recibe a causa de nuestro desamor. No podemos entender lo que vive un Ser infinito, pero el Verbo encarnado nos lo hace accesible. En concreto, la Pasión nos revela la magnitud del *dolor* divino: Jesús quiso padecer lo máximo posible para que pudiéramos vislumbrar cuánto *sufre* el Padre a causa de cada pecado. Si somos buenos hijos, nos alegrará saber que el Padre ya recibe, desde hace veinte siglos, el mejor de los consuelos. Sin embargo, nuestra inquietud irá en aumento si nos percatamos del pesar que eso comporta para el Corazón de Jesús, si descubrimos que no ofrece únicamente el *dolor físico* de su Pasión cruenta, sino también el *dolor moral* que le infligen nuestros pecados. Sentiremos, en suma, la urgencia de

corredimir con Cristo, de aliviar esos pesares con los que consuela al Padre y nos consigue la gracia salvadora del Espíritu Santo.

EL PRIMER PECADO Y SUS CONSECUENCIAS

La necesidad de la Redención se remonta a los albores de la historia. Los primeros capítulos del libro del Génesis, que sin ser estrictamente históricos están llenos de gran sabiduría y genialidad, nos cuentan que Dios hizo con Adán y Eva algo parecido a lo que hacen los padres en la tierra. Les dio el mejor entorno y la mejor educación. Vivían en un lugar idílico y disfrutaban del amor y de la continua intimidad de Quien con toda confianza ya llamaban Padre. Les otorgó los mejores dones, tanto naturales (aguda inteligencia, fuerte voluntad y pasiones perfectamente ordenadas) como sobrenaturales (el *estado de gracia* que les constituía en hijos de Dios). No sufrían ningún dolor físico porque recibieron también unas cualidades excepcionales (los *dones preternaturales*). Ni siquiera tenían que morir: al finalizar sus felices días en la tierra, pasarían sin pena alguna a la otra vida. Todo estaba primorosamente dispuesto para que no se descaminasen. Pero seguían disponiendo de la libertad y, aunque solo podían pecar de soberbia, ¡lo hicieron!

En efecto, Adán y Eva sucumbieron ante «la idea de que podían “ser como dioses”, que podían desenvolverse por sí solos como si se hubieran creado a sí mismos»[35]. Podemos imaginar el grave dilema. El demonio, el mayor experto en engaño y desinformación, haciéndose pasar por alguien que no milita en contra de Dios, siembra en ellos certeramente la duda respecto a las intenciones divinas. Con astucia, inicia su ataque preguntando a la mujer: «¿Con que Dios os ha dicho: no comáis de todo árbol del huerto?»[36]. Atraída su atención, sugiere que la amenaza divina no podía ser real —que no se iría todo al traste—: que aunque el Creador afirmaba querer ser padre, en el fondo, pretendía convertirles en esclavos. Tergiversa las intenciones del Creador, «poniendo en duda la verdad de Dios, que es Amor, y dejando la sola conciencia de amo y esclavo. Así, el Señor aparece como celoso de su poder sobre el mundo y sobre el hombre»[37].

La caída de los primeros moradores de la tierra debió ser algo dramático. Entraron en pugna con Dios, que les había pedido que guardaran un único mandamiento: el de no comer del «árbol de la ciencia del bien y del mal»[38]. Esa única restricción les fue impuesta por su propio bien: para que evitaran la autosuficiencia; si se dejaban querer por Dios, recibirían todo lo que necesitaran, pero si desobedecían, las consecuencias serían catastróficas: afligirían inmensamente a su Padre, perderían todos los dones preternaturales y sobrenaturales, se dañarían irremediabilmente a sí mismos y transmitirían ese lamentable estado a sus descendientes. ¡Y así fue! Por eso llegamos a este mundo con una *naturaleza caída*, venida a menos. Dios nos creó para ser felices amando como Él ama, pero nuestra naturaleza se ha deteriorado a causa del lastre que dejó aquel primer pecado. Echamos en falta la dignidad perdida. La buscamos sin cesar, pero rara vez en el lugar adecuado. Se diría que se ha instalado en nosotros aquella

soberbia que provocó la caída original. El pecado original es, pues, un «dato oscuro pero real» que nos proporciona «la verdadera clave para interpretar la realidad»[39]. Si Dios no nos lo hubiese revelado, con la sola razón no habríamos descubierto su existencia, aunque existen indicios que nos habrían permitido sospecharlo[40]. Somos como águilas incapaces de levantar el vuelo a causa de una antigua fractura. Albergamos altos ideales pero, en el momento de la verdad, los hechos hacen patente nuestra debilidad.

De todos modos, sería demasiado cómodo echar toda la culpa al pecado original. Nuestra naturaleza se ha seguido deteriorando por culpa de los pecados posteriores, aunque ninguno será tan lúcido como el primero. La situación que hemos heredado hace que en nuestros pecados haya siempre cierta dosis de ignorancia y de debilidad. Por eso ningún pecado actual será tan culpable como el de nuestros primeros padres. Éste se parece al de los ángeles caídos, esas criaturas de gran perfección cuyo pecado de soberbia les convirtió en seres esencial e irremediabilmente malvados. Pero hay una gran diferencia: por muy perfectos que fueran Adán y Eva, seguían siendo humanos, de modo que bien pudieron arrepentirse, pedir perdón y salvarse.

Ante las terribles consecuencias del primer pecado, surge inevitablemente la pregunta: ¿Por qué no hizo Dios *borrón y cuenta nueva*? ¿No habría sido ese el mejor modo de evitar tanta miseria posterior? Que no lo haya hecho corrobora lo que ya hemos intuido: que no somos como *marionetas teledirigidas*, y que Dios siempre es coherente a la hora de respetar nuestra autonomía *hasta sus últimas consecuencias*. Si alguien se empeña, por ejemplo, en disparar a un inocente, Dios no para la bala. Si nos tratara como a niños irresponsables, nunca aprenderíamos a tomarnos en serio la libertad. No coartarla conlleva respetar también todas sus implicaciones.

Dios se ha comportado como los mejores padres de la tierra. Estos, si uno de sus hijos se mete en líos, sin dejar de respetar su libertad, hacen cualquier cosa con el fin de ayudarlo. Si un hijo tuviera una enfermedad incurable, no escatimarían sacrificios a la hora de buscar un tratamiento. O si el hijo se hiciera drogadicto y no existiese ninguna institución para rehabilitarlo, ellos mismos la fundarían. Dios ha actuado de modo semejante. Cuando sus hijos fueron contagiados por las secuelas del pecado, puso por obra todo un admirable plan redentor que culmina con la muerte en la Cruz de su Unigénito, el nuevo Adán, con la inestimable ayuda de María, la nueva Eva.

La solución que Dios concibió y puso por obra es sin duda la mejor: restaura las secuelas del primer pecado sin atentar contra los imperativos de la libertad. Lejos de indisponerse contra el pecador, su compasión le lleva a buscar una solución. Juan Pablo II hace notar que es un mismo y único amor el que inspira la creación y el plan redentor: «Ese inescrutable e indecible “dolor” de padre engendrará sobre todo la admirable economía del amor redentor en Jesucristo»[41]. Ese designio sigue respetando escrupulosamente nuestra libertad. Jesús nos obtiene en la Cruz un medicamento capaz de curar nuestras enfermedades, pero de ningún modo nos obliga a tomarlo.

En conclusión, si aun sabiendo hasta qué punto todo se podía torcer, Dios decidió dar su *fiat* creador, se debió a que su eterno designio ya contemplaba la futura Encarnación en vistas a la Redención. Asegura que se pueda enderezar lo torcido y de paso,

haciéndose hombre, nos facilita la correspondencia a su amor. Antes de abordar la urgencia de consolar al Sagrado Corazón, a modo de puente, nos detenemos en una de las más antiguas devociones en la vida de la Iglesia.

3. LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

LA PIEDAD CATÓLICA

El término clásico utilizado para designar la familiaridad con Dios es *piedad*. Es significativo que esa palabra esté relacionada con la compasión amorosa. En la antigüedad indicaba la actitud comprensiva de los hijos hacia sus padres, por lo general ya mayores. En sentido cristiano, es *piadoso* quien está acostumbrado a tratar al Señor con gran facilidad, sencillez y cariño. Por iniciativa divina, a través de alguna revelación privada, o para imitar el ejemplo de los santos, la *vida de piedad* en la Iglesia ha cristalizado en determinadas devociones públicas o privadas. Véanse, por ejemplo, los actos de adoración a Jesucristo en la Eucaristía o la recitación del Santo Rosario a la Virgen. Lo importante sigue siendo la oración personal, pero ese elenco de devociones ayuda a canalizar el deseo de alabar a Dios y de venerar a los santos.

Entre esas *prácticas de piedad*, destaca la devoción al *Sagrado Corazón de Jesús*. Es un legado de siglos que ayuda a encauzar la compasión del cristiano con los dolores que afligen al Corazón del Redentor. En concreto, canaliza el deseo de reparar la ingratitud y los agravios que recibe. Como afirmó Pío XI en 1928, «nosotros ahora, de un modo admirable y verdadero, podemos y debemos consolar ese Corazón Sacratísimo, continuamente herido por los pecados de los hombres desagradecidos»[42]. Aludiendo al *dolor* de Dios, Benedicto XVI señala que «no es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el Corazón de Jesús la expresión más conmovedora de ese misterio de amor»[43]. Un repaso de la historia de esta devoción, por tanto, es siempre una ocasión excelente para aprender del ejemplo de tantos santos que la han vivido.

La fe católica no nos obliga a creer en las apariciones o en las revelaciones privadas, sino solo en lo revelado por Dios: lo contenido en la Biblia y en la Tradición (no todo lo que dijo Jesús está contenido en el Evangelio[44]), y que ha sido confirmado por el Magisterio de la Iglesia. En la misma línea, cada católico es libre de elegir las prácticas de piedad que más le ayuden o mejor se adecuen a su sensibilidad. La Iglesia, concretando el tercer precepto del decálogo, nos manda asistir a la Santa Misa los domingos. Pero no impone una determinada devoción o acudir a algún santuario mariano. Conviene, sin embargo, no excluir otros canales que el Señor ha utilizado para comunicarse con nosotros, más aún si están refrendados por la autoridad de la Iglesia. En cuanto a la devoción al Sagrado Corazón, hay que tener también en cuenta que es el resultado de una progresiva toma de conciencia por parte de los católicos de las riquezas del amor de Cristo contenidas en la fe. La actitud circunspecta de la Iglesia ante las revelaciones privadas se manifiesta en las constantes alusiones de los Papas a que esta devoción no añade nada que no se derive de la verdad revelada. Según Juan Pablo II, «los elementos esenciales de esta devoción pertenecen de modo *permanente* a la espiritualidad de la Iglesia a lo largo de toda su historia»[45].

La devoción al Sagrado Corazón se extendió por todo el orbe católico tras conocerse las revelaciones privadas a santa Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial (Francia). Entre 1673 y 1675, esta «monja de apariencia gris, siempre enferma, muy tímida, medrosa y torpe»[46], tiene cuatro visiones en las que es aleccionada sobre el Corazón de Cristo como símbolo de su amor a la humanidad. Aunque los *doctos* del lugar dictaminan que se trata de una ilusa a la que no hay que hacer caso, la llegada al convento de san Claudio La Colombière cambió las cosas. El apoyo de este santo fue decisivo para que santa Margarita María superase todas esas pruebas. Llama la atención la paciencia y el espíritu de humildad con que se enfrentó a tantas incomprensiones de gente buena. Fue canonizada finalmente en 1920, lo que refrendó, más de 200 años después de su muerte, el mensaje que supo vivir y transmitir en su tiempo.

A esta santa, Jesús le expresó su ardiente deseo de ser correspondido y desagraviado por las ofensas e ingratitudes que recibe, especialmente donde más manifiesta su amor, que es en la Eucaristía. El 27 de diciembre de 1673, el Señor le dijo que tiene un «corazón tan apasionado de amor por los hombres que, no pudiendo contener en el mismo por más tiempo las llamas de su ardiente caridad, es preciso que las extienda a través de ti». Para desagraviar por las ofensas que recibe en la Eucaristía, Jesús pidió a la santa francesa que promoviera la comunión frecuente, sobre todo los primeros viernes de mes, con un sentido de reparación. Esta costumbre se ha mantenido los primeros viernes de cada mes en muchos lugares de la Iglesia para desagraviar al Señor con algún acto eucarístico o con el rezo de las Letanías del Sagrado Corazón.

La generosidad de santa Margarita María y su cercanía al Corazón de Jesús estalla en una locura de amor que llega hasta límites insospechados. «Sufro tan poco —dijo—, que lo que más me hace sufrir es que no sufro lo suficiente»[47]. Cualquier sacrificio le parece pequeño porque siente la urgencia de corredimir con Cristo. Por eso, escribe: «No podemos amar al Señor si no sufrimos por Él. Nada en este mundo es capaz de agradarme excepto la Cruz de mi divino Maestro, una Cruz como la suya, pesada e ignominiosa, sin dulzura, consolación o alivio. Deja a otros tener la suerte de acompañar a mi divino Salvador en su ascenso al Tabor; por mi parte, no deseo conocer otra ruta más que la que lleva al Calvario, porque nada que no sea la Cruz me atrae lo más mínimo. Mi destino será, entonces, estar en el Calvario hasta mi último signo de vida, en medio de los insultos, las espinas, los clavos y la Cruz, sin otro consuelo o placer que el de no tener ninguno. Y ¡qué felicidad de poder sufrir siempre en silencio!»[48].

Para dejar claro que la devoción al Sagrado Corazón no es una mera invención de una santa del siglo XVII, la Iglesia suele insistir en que ya existía desde antes. De hecho, en Francia, la fiesta solemne del Corazón de Jesús se celebró por primera vez el 20 de octubre de 1672, cuando santa Margarita María tenía solo 25 años. Como subrayó Pío XII, esta devoción no «apareció de improviso en la Iglesia; brotó espontáneamente, en almas selectas, de su fe viva y de su piedad ferviente hacia la persona adorable del Redentor y hacia aquellas sus gloriosas heridas, que son el testimonio más elocuente de

su amor inmenso para el espíritu contemplativo de los fieles»[49].

REPASO HISTÓRICO

La devoción al Sagrado Corazón arranca a partir de la meditación de uno de los hechos que marcan la Pasión de Cristo; en concreto, cuando uno de los soldados traspasa con su lanza el costado de Jesús para asegurarse de que ya había muerto. El evangelista que lo relata rememora al contarle un pasaje del Antiguo Testamento en el que el profeta Zacarías afirma: «Mirarán al que traspasaron»[50]. Ya los santos de los primeros siglos, desde san Justino en el siglo II, reflexionaron sobre el significado profundo de ese evento. Hasta el siglo IX, el acento recaía en la Llaga del costado de Cristo. Entre el siglo IX y el siglo XII, la devoción se fue desplazando paulatinamente desde el *costado* abierto hasta la Llaga del *corazón* traspasado por la lanza.

Entre los santos que ya vivieron de forma privada esta devoción antes del siglo XVII, Pío XII nombra a los siguientes: san Buenaventura, san Alberto Magno, santa Gertrudis, santa Catalina de Siena, el beato Enrique Suso, san Pedro Canisio, san Francisco de Sales y san Juan Eudes[51]. Uno de los *precursores* más relevantes, en el siglo XII, fue san Bernardo, que insistió en la importancia de volcar todo nuestro afecto en el trato con el Señor. Según él, el Corazón llagado de Cristo nos revela su infinito amor divino, y sus Llagas son como un clamor que nos incita a corresponder a su amor[52]. Su discípula santa Lutgarda de Aywieres (1182-1246) también puso el acento en la urgente necesidad de aliviar esas heridas. Un contemporáneo suyo cuenta que esta santa flamenca escuchó de Jesús estas palabras: «Presta atención, querida mía, a los gritos que te dirigen mis llagas, para que mi Sangre no sea derramada en balde y mi muerte no sea inútil»[53].

La edificante biografía de santa Lutgarda ilustra cómo la devoción al Sagrado Corazón no es una simple invención de los místicos castellanos del siglo XVI o de la posterior escuela francesa de espiritualidad del siglo XVII. La historia de esta santa es parecida a la de tantos que, desde muy jóvenes, barruntan el amor de Cristo. Al igual que santa Margarita María de Alacoque, parece que la joven Lutgarda era muy atractiva y tenía muchos admiradores. Cuando tenía quince años, precisamente en el momento en que estaba citada con uno de ellos, cuenta su biógrafo que se le apareció Cristo y, enseñándole la herida sangrante de su costado, le dijo: «Deja de buscar las blandenguerías del amor vano. Mira aquí y contempla de ahora en adelante qué debes amar y por qué debes amar: te aseguro que de ahí obtendrás las más puras delicias». Desde entonces, creció tanto su amor por Cristo, que «poseída por el deseo de ver a Cristo, podía verter ríos de lágrimas»[54]. La apasionada Lutgarda aprendió del Señor a acrisolar sus afectos, hasta convertirlos en lo que ella llamaba «un fervor tranquilo». Cuando le costaba moderarlos, solía pedir al Señor un *intercambio de corazones*: que le diese la gracia de amar con su Sagrado Corazón. Parece que un día en que el Señor le preguntó qué quería, ella respondió: «Lo que quiero es tu Corazón»; Jesús, a su vez, le dijo: «Soy Yo más bien quien pide tu corazón». Se confirma, pues, la reciprocidad

existente en nuestra relación con Jesucristo.

En esencia, Cristo pidió a santa Lutgarda que se consagrara a su Corazón y reparara por los pecados. Le instó a corredimir con Él, uniéndose, con verdadera alma sacerdotal, al Sacrificio de la Cruz, diariamente renovado en la Santa Misa. Según su biógrafo, en una de sus visiones, ella contempló a Jesús ante Dios Padre rogándole por los pecadores; después, le dijo: «Ves cómo me ofrezco enteramente al Padre por los pecadores. Quiero que también tú te ofrezcas a Mí por mis pecadores». Casi todos los días, durante la Misa, el Señor le repetía esas mismas palabras.

Prosigamos el repaso histórico. En el siglo XIII, hubo tres teólogos que reflexionaron sobre el Sagrado Corazón: san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura. Este último, alma delicada y contemplativa, meditando sobre el costado abierto de Cristo, se pregunta: «¿Quién no amará su corazón tan herido? ¿Quién no abrazará un corazón tan puro? Nosotros, que somos de carne, pagaremos amor con amor, abrazaremos a nuestro herido, al que los impíos atravesaron manos y pies, el costado y el corazón. Pidamos que se digne ligar nuestro corazón con el vínculo de su amor y herirlo con una lanza, porque es aún duro e impenitente»[55].

En el siglo XIII, tres religiosas centroeuropeas tuvieron revelaciones sobre el Corazón de Jesús: Matilde de Magdeburgo, Gertrudis de Helfta y Matilde de Hackeborn. Santa Gertrudis tuvo una gran repercusión en la Edad Media. «En el corazón de Gertrudis me encontraréis», habría dicho Cristo. Lope de Vega compuso estos versos en su honor: «Custodia sois mientras gozáis el suelo, y pues que todo Dios en él se esconde, mayor tenéis el corazón que el cielo»[56].

En pleno siglo XIV, el Señor le habría explicado a santa Catalina de Siena por qué permitió que la lanza abriera su corazón: para que entendamos que, como Dios, nos ama infinitamente más de lo que pudo mostrar con su limitado sufrimiento físico. Esta Doctora de la Iglesia completa la intuición de san Bernardo, según la cual lo humano en Jesucristo revela lo divino: la herida visible del Corazón de Jesús es la puerta que conduce a su invisible amor divino.

Ya en el siglo XVII, san Juan Eudes no se refiere solo a la vulnerabilidad del Corazón de Jesús, sino también a su capacidad de alegrarse. Se supera así una visión meramente *dolorista* del desagravio cristiano: el mejor modo de aliviar el dolor de Cristo consiste en procurarle alegrías. Este santo francés fue el primero que puso de manifiesto la estrecha unión que existe desde hace veinte siglos entre el Sagrado Corazón de Jesús y el Corazón Inmaculado de María. San Bernardo y santa Gertrudis ya habían recomendado la devoción al Corazón de María, pero Eudes hace hincapié en la compenetración afectiva entre esos dos corazones. Para recalcarlo, omitiendo el plural, decía en singular: «*El* corazón de Jesús y María». Solía usar esta oración: «Corazón de Jesús que vives en y a través de María, Corazón de María que vives en y para Jesús». En 1648, compuso una Misa en honor del Corazón de María, que él mismo celebró por vez primera.

En los últimos tres siglos, la devoción al Sagrado Corazón ha alimentado la piedad de millones de católicos. Desde el siglo XX, ha tenido como complemento la devoción al *Amor misericordioso*, que se gestó en Francia, sobre todo a partir de las enseñanzas de

santa Teresa de Lisieux, y en Polonia a través de santa Faustina Kowalska. Se suele completar con el adjetivo misericordioso una antigua invocación a Jesús; ahora se dice: «Corazón sacratísimo y misericordioso, danos la paz». En el año 2000, con motivo de la canonización de santa Faustina, Juan Pablo II decidió que cada segundo domingo de Pascua se celebrase en toda la Iglesia la Fiesta de la Divina Misericordia[57]. Se nos urge así a extender esa devoción, a rezar por los pecadores y a aprender a comportarnos de modo misericordioso con nuestros semejantes[58].

EL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Las devociones al Sagrado Corazón de Jesús y al Corazón Inmaculado de María son paralelas e inseparables, como lo son también las misiones de ambos, tanto en su vida terrena como en la Gloria[59]. Ambos tienen un cuerpo glorioso y, desde el Cielo, contemplan, en vigilia de amor, todo el bien y el mal que hacemos. No estarán tranquilos hasta el final de los tiempos. Desde el Gólgota hasta la Parusía, nadie como Ella alivia tanto los pesares del Corazón de Jesús, ni le proporciona tantas alegrías. De este modo, ayuda a su Hijo a engendrarnos a la vida de la gracia.

Esa íntima unión afectiva se remonta al momento en que María concibió en su seno a Jesús. Desde que el corazón físico del hijo empezó a desarrollarse a unos centímetros del de la madre, ambos corazones vibran al unísono y comparten todas las alegrías y penas que les procuramos. Se estrecha entre ellos «un vínculo: ¡una espléndida unión de corazones!»[60]. Es la *admirable alianza* de dos corazones que se aman a lo humano y a lo divino. Por un lado, Jesús colma a su Madre con sus inmensos dones divinos y con su apasionado amor de hijo. Por otro lado, «para María, Cristo será siempre Dios a la par que hombre. Será siempre el que lo da todo, tanto como el que algo necesita recibir»[61]. Y Ella es la que más da, la que más se asocia a la tarea redentora.

Ese vínculo entre los dos fue sellado de modo definitivo en el Calvario. Allí se realiza «la definitiva alianza de los Corazones: del Hijo y de la Madre; de la Madre y del Hijo»[62]. Nadie aligera tanto la Cruz de Jesús como María. Por eso quiso estar tan cerca de Él. Ese era el designio divino para Ella, largamente meditado desde que el viejo Simeón le anunció que una espada atravesaría su alma[63]. Solo Ella comprendió plenamente por qué convenía que su Hijo se inmolara. Los apóstoles, aun aleccionados por Cristo, no lo entendieron, mientras que Ella, con alma sacerdotal, quiso estar al lado de la Cruz por tres razones: para sostener a su Hijo, para, con Él, consolar al Padre, y, en Él, obtenernos la gracia salvadora. Desde que aceptó asociarse al Sacrificio redentor, se hizo nuestra Madre. Cuando Jesús en la Cruz nos la entregó en la persona de Juan[64], no constituyó su maternidad, sino que la declaró. Desde entonces, no cesa de acercarnos a su Hijo. Con Juan Pablo II, le podemos pedir: «María, Madre de misericordia, muestra a tus hijos el Corazón de Jesús, que Tú viste abierto para ser siempre fuente de vida»[65].

Es esclarecedor recorrer también la pequeña historia de la devoción al Corazón de

María. Pasados dos siglos desde que san Juan Eudes puso de manifiesto la compenetración afectiva entre el corazón de la Madre y del Hijo, la veneración de ambos corazones pasó a ser patrimonio común de los católicos a raíz de la petición hecha en 1830 por la Virgen a santa Catalina Labouré de acuñar la llamada *medalla milagrosa*. En esta, aparecen grabadas doce estrellas rodeando a dos corazones[66].

Ya en el siglo XX, las apariciones de la Virgen en Fátima pusieron de manifiesto que consolar el corazón de la Madre equivale a consolar el Corazón del Hijo, y viceversa. María urgió a tres pastorcillos —Lucia, Francisco y Jacinta— a corredimir con su Hijo: a ofrecer pequeños sacrificios para consolarle y para ayudarle a salvar a los pecadores. En la última aparición, el 13 de octubre de 1917, hay un detalle que revela la íntima comunión de ambos. La Madre de Cristo, «tomando un aspecto más triste», dijo: «Que no ofendan más a Nuestro Señor, que ya está muy afectado». Tan impresionante debió ser el rostro afligido de María, que Lucia comentó que jamás olvidaría el dolor que contempló en la más tierna de las madres[67].

En 1925, María y Jesús se aparecieron a Lucia. En esa ocasión, Jesús, señalando el Corazón de María, que aparecía rodeado de espinas, exhortó a la vidente de Fátima a «tener compasión de aquel corazón martirizado continuamente por la ingratitud humana, sin que haya quien lo consuele con actos de desagravio». La Virgen añadió: «Mira, hija mía, mi corazón rodeado de espinas, con que los hombres ingratos lo atraviesan en todo momento con sus blasfemias e ingratitudes. Tú, a lo menos, procura consolarme»[68]. En concreto, nuestra Madre pidió que se le desagraviase especialmente en los primeros sábados de cinco meses seguidos, acudiendo a la confesión y a la comunión, rezando el rosario y contemplando sus misterios. ¿A qué buen hijo no se le partiría el alma si se enterase de que el corazón de su madre está rodeado de espinas? Todo le parecería poco para consolarla, no solo algunos sábados del año, sino todos los días...

En conclusión, el Corazón de Jesús nos revela el Amor divino, y «*a través del Corazón de la Madre descubrimos el amor del Salvador*». Estas palabras son el título de un mensaje dirigido por Juan Pablo II a los participantes en un Simposio Internacional, celebrado en Fátima en 1986, sobre la relación entre los dos Corazones. «Nuestra devoción al Corazón Inmaculado de María —afirmó el Santo Padre en esa ocasión— expresa nuestra reverencia por su compasión materna hacia Jesús y hacia todos sus hijos espirituales»[69].

HORIZONTE ESPERANZADOR

¿Están en crisis esas devociones? ¿Por qué? Como hemos visto, siempre serán actuales por estar enraizadas en la esencia de la vida cristiana. Sus frutos, decía san Josemaría en 1966, «han sido y siguen siendo frutos sabrosos de conversión, de entrega, de cumplimiento de la voluntad de Dios, de penetración amorosa en los misterios de la Redención»[70]. Por esos años, desgraciadamente, comenzaba un declive notorio de todas las devociones, debido a una crisis en la Iglesia que se gestó en torno al Concilio

Vaticano II. En 1986, Juan Pablo II confirmó la vigencia de esas devociones cuando afirmó que «se trata de caminos espirituales que también ahora conviene seguir ofreciendo a los creyentes»[71]. Pero pocos le hicieron caso.

Esos tiempos difíciles, que suelen aparecer —como en otros momentos de la historia— tras un importante Concilio, se agravaron a causa de un ambiente cultural que animaba a cuestionar todo lo antiguo por el hecho de serlo, sin ofrecer soluciones alternativas. Pensar que es necesario cambiarlo todo denota una actitud ingenua y presuntuosa. Las personas maduras consiguen conjugar la *fidelidad* al legado recibido con la *creatividad* para adaptarlo a nuevos contextos culturales. Se consigue así que las verdades perennes puedan ser vividas en las más variadas circunstancias. De ahí que las *innovaciones* sean necesarias: sirven para renovar lo caduco, para revitalizar lo que ya está anquilosado. Las *revoluciones*, en cambio, suelen producir estragos.

Sin duda, durante nuestra vida nos falta perspectiva histórica. No obstante, la crisis que ha venido sufriendo la Iglesia desde los años sesenta del pasado siglo es quizá una de las más graves de su historia. No solo se cuestionaron las devociones antiguas, sino también todas y cada una de las verdades de la fe y de la moral. De todos modos, a pesar de nuestras miserias, Cristo, como prometió, sigue guiando *la barca de Pedro*, y la conduce a buen puerto aun en medio de las más terribles tormentas. Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI han capeado muchos temporales de modo que las aguas están volviendo a su cauce. El problema es que, como consecuencia de esa crisis, la falta de formación de dos terceras partes de los bautizados es clamorosa. ¿Quién no ha visto estatuas o imágenes del Sagrado Corazón grabadas en las puertas de las casas antiguas? Sin embargo, debido a esa falta de formación, pocos entienden hoy en día lo que significan.

La razón del declive de la devoción al Sagrado Corazón no estriba solo en la crisis de la Iglesia posterior al Concilio Vaticano II. Ya antes, lo que comenzó siendo una invitación a corresponder al amor de Cristo, degeneró hasta convertirse en una serie de *prácticas estereotipadas* con las que el católico se aseguraba la protección divina. Además, poco a poco se fue introduciendo cierta blandenguería. Había cánticos y figuras relamidas del Sagrado Corazón que no inspiraban ninguna devoción a las personas con sentido común. Muchas imágenes devotas, refiere von Hildebrand, «hacen alarde de un sentimentalismo depauperado»[72].

Sin embargo, «no es una muestra de buena lógica convertir unos abusos prácticos, que acaban desapareciendo solos, en un problema doctrinal, teológico»[73]. Sucede con la devoción popular al Sagrado Corazón como con las procesiones de la Semana Santa. Son una magnífica ocasión para hacer penitencia y expresar compasión amorosa con los sufrimientos redentores de Cristo. Algunos, sin embargo, se muestran muy críticos con esas manifestaciones de religiosidad popular. Sería más positivo fomentar la verdadera piedad mediante una buena formación religiosa sobre la corredención con Cristo y el sentido de las obras de penitencia. Se evitarían así críticas estériles y se lograría una mayor coherencia cristiana en quienes participan en esos actos. Cuando la devoción popular se desvirtúa, la solución no consiste en eliminarla, sino en renovarla.

En la devoción al Sagrado Corazón, en concreto, la experiencia ha corroborado el efecto negativo de toda esa crítica inútil. Sirva de ilustración lo que decía en una homilía un vicerrector de la Universidad Católica de Lovaina sobre la pérdida de *piedad* entre los católicos: «Jesús era sensible, porque ser sensible es una cualidad: y después de ser glorificado para siempre, Jesús también sigue siendo sensible. [...] Nuestra generación ya no sabe consolar a Cristo como lo hicieron en su tiempo los místicos flamencos. Nos hemos hecho alérgicos respecto a la meditación del *Via Crucis* y respecto a todas las formas de compasión con Jesús. Nos hemos empobrecido; hemos perdido nuestras más bellas tradiciones y con ellas... nuestro corazón»[74].

Tras la pasividad de los últimos decenios, urge redescubrir esta devoción. Se trata, en el fondo, de valorar con nuevo brío lo más esencial del cristianismo —el amor de Cristo por cada uno de nosotros—, y de sacar consecuencias prácticas: desagraviar con obras de amor «el inmenso sufrir y la angustia de Cristo al no verse correspondido por los hombres»[75]. Nunca meditaremos suficientemente las consecuencias de la Pasión de Cristo. En el año 2010, ante la Sábana Santa de Turín, Benedicto XVI comentó que «cada traza de sangre habla de amor y de vida. Especialmente la gran mancha cercana al costado, hecha de la sangre y del agua que brotaron copiosamente de una gran herida provocada por un golpe de lanza romana. Esa sangre y esa agua hablan de vida. Es como un manantial que susurra en el silencio»[76].

4. LA COMPASIÓN CON EL CORAZÓN DOLIENTE DE CRISTO

UNA REALIDAD POCO CONOCIDA

Pocos son los cristianos conscientes de lo mucho que pueden aportar al Sagrado Corazón. Si oyen hablar del dolor de Cristo, están al corriente de lo mucho que sufrió durante la Pasión, pero consideran que ahora que está en el Cielo, ya nada le turba. Desconocen que, como afirmó Pío XI, «nosotros ahora, de un modo admirable y verdadero, podemos y debemos consolar ese Corazón Sacratísimo, continuamente herido por los pecados de los hombres desagracedidos»[77].

La sintonía con los pesares del Corazón de Jesucristo resucitado no requiere que seamos expertos en teología. El sentido común nos dice que quienes están en el Cielo no le causan ningún motivo de preocupación. Pero si a Él, o a Dios Padre, no le afectase lo que hacemos en la tierra, solo quedarían dos posibilidades: o no conocen lo que pasa aquí, o *pasan* de nosotros. Ambas alternativas son igualmente absurdas, pues supondrían una limitación impropia de su poder, o una indiferencia a todas luces incompatible con su amor. Por lo demás, ya ha salido a relucir que los sentimientos del Corazón de Jesús no han variado desde su Ascensión al Cielo. Sabemos que todo lo nuestro le afecta tanto cuanto nos ama. El amor siempre comporta un aumento de la vulnerabilidad y de la capacidad de alegrarse. El afecto conduce a la identificación con las alegrías y penas de la persona amada. Todo amante, incluso el más perfecto, se expone a sufrir o a gozar. Según sea correspondido o no, experimenta dicha o pesar, agradecimiento o decepción.

Los actuales pesares del Corazón de Jesús se derivan, por tanto, de su amorosa identificación con cada uno de nosotros. No hay alegría o pena en la tierra que Él no comparta. En concreto, nuestras desgracias, especialmente el daño que nos causa cada pecado, le hacen sufrir tanto cuanto nos ama. En efecto, como recuerdan tantos autores, en la Cabeza del Cuerpo Místico repercuten los padecimientos de cada uno de sus miembros. San Josemaría, por ejemplo, afirma: «Ahora mismo Cristo sigue sufriendo en sus miembros, en la humanidad entera que puebla la tierra, y de la que es Cabeza, y Primogénito, y Redentor»[78]. Sabemos que los padecimientos redentores no están solo ligados a su identificación con nosotros, sino también a su amor a Dios Padre. Ya hemos visto que el Creador «se ha hecho vulnerable»[79], y que Jesucristo, en la Pasión, nos revela ese tremendo *dolor* divino a la vez que nos enseña a aliviarlo.

En definitiva, lo que más espolea nuestra generosidad es el gozo que nuestro amor procura al Corazón doliente de Jesús. Nada incita tanto nuestra correspondencia a su amor como la *compasión* que sentimos al percatarnos de lo mucho que sufre a causa de nuestros pecados. Sabemos que Jesucristo, ahora que está en el Cielo, ya no puede *sangrar*, pero sí *llorar*. Y su llanto resulta estremecedor, pues no procede de una sensibilidad superficial, sino de lo más hondo de un corazón amoroso y llagado. Si percibimos sus *lágrimas*, se remueven nuestras entrañas y nos sentimos urgidos a consolarle. El imperioso deseo de aliviar sus pesares nos saca de nosotros mismos. Nuestros problemas parecen *rasguños* insignificantes en comparación con sus *heridas*.

Esa reacción ante el sufrimiento ajeno no le sucede solo a quienes tienen un gran corazón. Incluso la persona más egoísta, si presencia un grave accidente de tráfico y ve que el conductor, un perfecto desconocido, se está desangrando en el suelo, se siente urgido a socorrerle. Por tanto, ¿cómo amarán al Señor quienes desconocen los padecimientos de su Corazón y, en la práctica, piensan que nada le pueden aportar? ¿Qué habría hecho la Madre Teresa, por ejemplo, si el Señor no le hubiera hecho entender la *sed* que tiene de recibir su amor?

Es una lástima que tantos cristianos desconozcan esa realidad, más aún si consideramos que las consecuencias prácticas que de ella se derivan no son banales. ¿No será esa la razón por la que tantos católicos practicantes no viven esa unión amorosa con Cristo? Se limitan a cumplir rutinariamente sus obligaciones religiosas pero no adquieren una profunda vida interior. Se casan por la Iglesia, bautizan a sus hijos, y, para darles ejemplo, asisten cada domingo a la Santa Misa. Pero en esa especie de *catolicismo social* falta vida. Quizá se sorprenderían si les preguntáramos: «¿Piensas que Jesús te echa en falta si no le acompañas un rato junto al Sagrario?».

La falta de sintonía afectiva con Cristo resulta todavía más penosa si afecta a quienes se han comprometido a vivir el celibato apostólico. Si el amor al Señor no inspira su empeño, les queda la posibilidad de sacrificarse por amor a un ideal, por ejemplo, sacar adelante una labor asistencial o apostólica. Pero no es lo mismo amar a una persona que a un ideal. En eso, como en todo, la naturaleza no perdona. Si el amor a Cristo no alienta el esfuerzo de quienes le dieron todo, es probable que su entrega se desvirtúe, como sucede en cualquier matrimonio en el que se deteriora la relación entre los cónyuges: en vez de formar una familia entrañable, se convierten en una especie de sociedad anónima. A menudo, con el paso del tiempo, aparecen ataduras humanas que ponen en peligro la fidelidad. Y entre los que logran perseverar en su compromiso, unos, los más tibios, lo consiguen entregándose menos; otros, se afanan mucho, pero a menudo les asfixia ese voluntarismo que hunde sus raíces en el orgullo. En cualquier caso, no son muy felices.

Vale la pena, por tanto, seguir insistiendo en el gran poder que tenemos sobre el Corazón doliente y agradecido de Jesús: porque sería injusto no hacerlo, porque es un acicate para nuestra correspondencia, y porque lo más obvio es a veces lo que menos se dice y más se olvida.

EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO

Lo que Edith Stein llamaba la *ciencia de la Cruz* es un gran misterio que se vuelve menos oscuro con las luces que aporta la Pasión de Cristo. A grandes rasgos, todos podemos suscribir estas palabras: «El sentido del dolor es la consecuencia de nuestro sentido de la vida. Se puede afrontar ese sufrimiento cuando se soporta *por algo o por alguien*. Es en el amor donde encuentra su sentido»[80]. La cuestión más relevante consiste en saber *por qué y por amor a quién*.

Estas palabras de san Josemaría condensan la sabiduría cristiana al respecto: «¿Qué

importa padecer si se padece por consolar, por dar gusto a Dios nuestro Señor, con espíritu de reparación, unido a Él en la Cruz, en una palabra: si se padece por Amor?»[81]. La falta de sintonía con el Corazón doliente y agradecido de Cristo es un serio obstáculo para vivir con hondura el *sentido cristiano del sufrimiento*. Al fin y al cabo, la terrible experiencia del dolor puede presentar tres ventajas: una ocasión de purificación, un punto de encuentro para abandonarnos confiadamente en Dios y una oportunidad de corredención con Cristo. En esto último consiste precisamente la mayor aportación del cristianismo. Los otros dos elementos, purificación y abandono, suponen una gran ayuda para aceptar el sufrimiento, pero resultan insuficientes para amarlo como lo hace Jesucristo y quienes, como acabamos de ver, se identifican con Él.

En efecto, ya los sabios griegos apuntaron el valor purificador de las contradicciones desde un punto de vista exclusivamente humano. Por otra parte, como pone de manifiesto el Antiguo Testamento en el libro de Job, sabemos que nuestras cruces, a menudo tan inesperadas como incomprensibles, nos brindan una excelente ocasión de abandonarnos confiadamente en la amorosa providencia divina. La perspectiva cristiana asume y supera esos dos enfoques ya presentes en la sabiduría griega y judía. Gracias a esa nueva visión que Cristo nos ha revelado, podemos descubrir en el dolor, «no un determinismo despiadado, sino la mano amorosa de nuestro Padre del Cielo, que nos bendice con la exigencia amable de la Cruz»[82]. Urge, pues, profundizar en la posibilidad que tenemos todos los bautizados de convertir nuestros sufrimientos en una ocasión de corredimir con Cristo, ayudándole a consolar a Dios Padre y a salvar almas.

Según la doctrina de la Iglesia, estamos llamados a participar y a colaborar en la obra de la Redención[83]. Pero, ¿qué conlleva en concreto esa colaboración en la obra redentora de Cristo? ¿Qué significa, como señala san Pedro[84], que el cristiano está llamado a compartir sus sufrimientos? ¿En qué sentido afirma san Pablo que completa en su carne «lo que falta a la Pasión de Cristo»[85]? En mi último libro, ya intenté responder a esas preguntas[86], queriendo mostrar que nuestro sufrimiento puede aliviar los padecimientos que Cristo ofrece para consolar al Padre y para salvar a las almas. En sentido estricto, nada podemos hacer hoy para que a Jesús le duelan menos los latigazos que recibió durante la flagelación. Tampoco podemos ayudarle a cargar con el peso de la Cruz en su camino hacia el Calvario como lo hizo Simón de Cirene hace veinte siglos[87]. En cambio, podemos aliviar su dolor moral a causa de los pecados que acontecen en la actualidad. Por eso afirmó Juan Pablo II que, «en la dimensión del amor, la redención ya realizada plenamente, se realiza, en cierto sentido, constantemente»[88].

En esta ocasión, dejo de lado los pormenores teológicos y me limito a comentar una anécdota. Todavía recuerdo algo que dijo de pasada, durante una comida, un buen padre de familia. Se grabó en mi memoria quizá porque me hizo entender que, a la hora de sacrificarnos por amor al Señor, puede inspirarnos lo mismo que inspira cualquier amor humano. A ese buen padre le costaba mucho levantarse por las mañanas porque tenía un trabajo que duraba hasta altas horas de la noche. Además, desde que era pequeño, siempre había tenido un difícil despertar. Se sentía muy espeso cada mañana y, para estar en condiciones de afrontar el nuevo día, necesitaba tomarse varias tazas de café. Sin

embargo, cuando salió a colación el amor a sus hijos, sin darse la más mínima importancia, dijo con gran convencimiento que *supondría para él un gran sacrificio no levantarse por la noche cuando oía que estaba llorando alguno de sus hijos pequeños*.

Así funciona nuestra naturaleza. No solemos escatimar esfuerzos a la hora de aliviar el dolor de quienes amamos. Desvelarse por la noche nunca será algo agradable, mientras que sí lo es ayudar a un hijo a superar una pesadilla. Ninguna persona cuerda ama el sufrimiento como un *fin* en sí mismo. Sin embargo, el sacrificio puede ser elegido gustosamente como *medio* para contribuir a la felicidad de un ser querido. Solo así se entiende que los santos puedan amar el dolor a pesar del natural espanto que les produce. San Josemaría, por ejemplo, afirma que el sufrimiento le da «gozo y paz», porque siente «muchos deseos de reparación»: el amor le hace «gozar en el sufrimiento»[89]. También Jesús, en Getsemaní, sintió «tristeza y angustia»[90], pero su amor al Padre y a nosotros le dio la fuerza necesaria para acometer y consumir la Pasión. Si le imitamos, también nuestro sufrimiento se vuelve ligero. El Señor no se deleita en nuestro dolor como tal; de hecho, por empatía, lo siente como propio. Solo desea, en vistas a nuestro bien, que le amemos. Nuestro sacrificio voluntario le consuela en la medida en que es expresión de amor.

Además, sacrificarnos por el bien de otra persona nos lleva a quererla más. Al fin y al cabo, esa es una de las razones por las que los buenos padres quieren tanto a sus hijos: porque llevan muchos años compadeciéndose de sus necesidades y, en consecuencia, sacrificándose por ellos. En el fondo, el amor y el dolor son dos realidades que se benefician mutuamente. Se da entre ellas una especie de mecanismo de retroalimentación. El amor hace más llevadero cualquier sacrificio, y sufrir por hacer feliz a quien amamos nos lleva a quererle todavía más.

Esa verdad humana cobra un significado mucho más profundo desde una óptica cristiana. «El amor hace fecundo al dolor y el dolor hace profundo al amor»[91]. Ya que la entrega sacrificada suele estar precedida por la compasión, también nosotros, al igual que tantos santos que nos han precedido, queremos con locura al Señor si, al meditar su Pasión, *palpamos* su amor y su dolor. La compasión con su Corazón doliente será el mejor acicate para nuestra generosidad. Por amor a Él, quizá *sin ganas* pero siempre *con gusto*, nos emplearemos a fondo a la hora de realizar con la mayor perfección posible los pequeños deberes de cada instante. Como le sucedía a aquel buen padre encantado de desvelarse para ayudar a sus hijos, es de esperar que llegue un momento en el que no *complicarnos* más la vida suponga para cada uno de nosotros todo un sacrificio.

URGE CORREDIMIR CON CRISTO

A lo largo de estas páginas, hemos recalcado que en la vida cristiana no se trata de amar al Señor únicamente porque así nos volvemos mejores y nos salvamos, sino ante todo porque nos urge el bienestar de su Corazón vulnerable y agradecido. Eso es lo que más nos debería apremiar.

Lo que más nos ayuda a centrar todos nuestros empeños en el amor a Cristo es la meditación compasiva de su Pasión. Él no muere en la Cruz solo para revelarnos el *dolor* del Padre, sino también para *consolarlo*. La Redención no fue ideada únicamente para nuestra salvación, sino ante todo para que Cristo, en cuanto hombre, pudiera desagraviar al Padre por los pecados de toda la humanidad. No se trataba solo de curar nuestras heridas y de mostrarnos el camino de vuelta a la casa del Padre, sino también de asegurar que Éste recibiera de su Hijo encarnado todo el amor que sus otros hijos le negamos. De algún modo, por tanto, no es Dios Padre quien nos *preocupa*, puesto que su consuelo ya está asegurado. Quien realmente nos debería inquietar es Jesucristo que, siendo el Único inocente, consuela al Padre por los pecados que cometemos los verdaderos culpables. Y lleva a cabo esa labor de desagravio amoroso ofreciéndole inmensos padecimientos físicos y morales. ¿Y quién le ayuda a Él, aparte de su Madre, a consolar al Padre y a obtener esa gracia del Espíritu Santo que hace posible nuestra santificación? Cuanto más generosos seamos por amor a Él, más ligero será el peso de su Cruz. Dos son los amores, al Padre y a las almas, que motivan el Sacrificio de Cristo. Y, al igual que en María, tres son los amores que nos urgen a corredimir: *por Él* (Jesús), *con Él* (Dios Padre) y *en Él* (las almas). Aliviando el pesar del Corazón de Jesús, le ayudamos a consolar al Padre y a salvar almas.

La obra de la redención es un proceso unitario que, sin embargo, abarca un largo periodo de tiempo. Hace veinte siglos, Jesucristo se inmoló de modo cruento en la Cruz, cumpliendo así de «una vez por todas»^[92] el designio salvador de Dios. No obstante, la redención se seguirá completando hasta el fin del mundo. El *misterio pascual* de la muerte, resurrección y glorificación de Cristo solo se consumará con su segunda venida gloriosa, cuando venga de nuevo a este mundo para juzgar a vivos y muertos (*Parusía*). En su Pasión, aparte de *dolores físicos*, el Hijo ofreció al Padre grandes *dolores morales*, muchos de los cuales le serían causados por los pecados que se cometerán hasta el fin de los tiempos.

Las implicaciones prácticas de estas consideraciones para los que vivimos en este *espacio intermedio de tiempo* son enormes: quienes estamos en la tierra antes de la venida gloriosa de Cristo podemos aliviar el pesar que le causan los pecados a medida que acontecen. Por estar su Corazón humano interpuesto entre Dios y nosotros, se diría que Jesús redime cada nuevo pecado mediante un dolor moral correspondiente en su Corazón. Ya no puede derramar *sangre*, pero sí *lágrimas*. El sufrimiento moral es quizá peor que crucificarle de nuevo. Como sucede en las personas sensibles, un *corazón quebrado* duele más que un *hueso roto*.

La posibilidad de mitigar los padecimientos redentores de Cristo nos abre todo un horizonte insospechado de desagravio compasivo, que genera ardientes y eficaces deseos de consolarle amándole por los que no le aman. Pero para sentir realmente la urgencia inaplazable de corredimir con Él, es preciso que cada uno se enfrente a la *cruda realidad*. Por fortuna o por desgracia, depende de cada uno de nosotros cuánto pesará la Cruz del Redentor: ¡según amemos o pequemos, podemos quitarle o añadirle peso! Ese realismo nos lleva también a hacer algunos cálculos. En estos momentos, hay en la tierra

unos siete mil millones de habitantes. Cada día mueren cerca de ciento cincuenta mil. ¿Cuántos pecados se cometen al día? ¿Cuánto sufrimiento causan al Corazón de Jesús?

A eso se añade que, conforme pasa el tiempo, la *Pasión moral* de Jesús va en aumento, porque cada vez somos más los que venimos a este mundo. Vittorio Messori, aludiendo al número de difuntos, afirma que «caminamos sobre las cenizas como de unos trescientos mil millones de seres vivos que nos han precedido y que ahora, invisiblemente, lo siguen estando y lo estarán siempre»[93]. Si esa cifra es correcta, supera solo cuarenta y tres veces a la actual población mundial. Solo Dios sabe cuántos seres humanos pasarán por la tierra hasta el final de los tiempos. Cuanto más tiempo transcurra, más personas podrán beneficiarse del Cielo, pero en contrapartida mayor será el dolor moral del Corazón del Redentor. La compasión con Él nos hace desear que llegue cuanto antes el fin del mundo, ya que, como observa san Agustín tras recordar que a la Cabeza del Cuerpo Místico le afectan los sufrimientos de cada miembro, «no habrá liquidación definitiva de todos los padecimientos hasta que haya llegado el fin del tiempo»[94].

En cualquier caso, si intuimos la magnitud de las heridas del Corazón de Jesús —en número y en intensidad de dolor que producen—, nuestras entrañas arderán en deseos de aliviarlas y, para conseguirlo, no escatimaremos esfuerzos. Solo entonces nos parecerá poco todo lo que hagamos por Él, a no ser que llegue un día en el que nos conste que el amor que recibe supera al desamor. Entretanto, para quitarle el mayor peso posible, nos desviviremos buscando nuevas ocasiones de entrega, a la vez que intentaremos mejorar la calidad del amor que inspira nuestras ofrendas.

En el Gólgota, María, Juan y unas pocas mujeres acompañaron a Jesús de cerca. Por fortuna, para reconfortarle en su actual Pasión, somos ahora muchos más. No estaría de más componer un *Via crucis* actualizado que permita canalizar nuestro desagravio compasivo. Sería un buen modo de consolarle a lo largo de *catorce estaciones* que nos recuerden otras tantas causas de su dolor moral. He aquí un esbozo: 1) sacrilegios y ultrajes eucarísticos; 2) desunión entre los cristianos; 3) tibiezas e infidelidades a la vocación; 4) blasfemias, idolatrías y supersticiones; 5) indiferentismo y persecución religiosa; 6) atentados contra la vida humana; 7) guerras; 8) torturas, maltratos psíquicos y agresiones físicas; 9) familias rotas; 10) destemplanzas hedonistas, violaciones, trata de blancas, abuso y corrupción de menores; 11) injusticias para con los más desfavorecidos y explotación laboral; 12) avaricias, fraudes y despilfarros; 13) difamaciones, calumnias, engaños, enredos y mentiras; 14) la soberbia y sus odios, rencores, envidias y litigios.

Según la feliz expresión de san Josemaría, «Jesús, con los brazos abiertos», esto es, con recatado ademán de abrazarnos desde la Cruz, nos pide «una constante limosna de amor»[95]. Eso significa que su *indigencia* amorosa es continua y que de ningún modo quiere que nos sintamos obligados a satisfacerla. No busca una sumisión externa, sino una rendición incondicional. Por eso, cuando somos menos generosos con Él, no nos lo echa en cara. Con tal de no imponerse, prefiere esconder su decepción, aunque, a medida que aumenta nuestra sintonía con su Corazón, nos vamos percatando de sus silenciosos

requerimientos. Quienes se aman con finura tratan de evitar no solo las heridas, sino también las decepciones. En cualquier caso, el Señor quiere amigos, no siervos[96]. Antes que apelar al deber o a la justicia, desea la libre pertenencia amorosa. En definitiva, no exige *débitos*, sino que espera *regalos* ofrecidos con la liberalidad propia del amor, obsequios que expresan la entrega de lo más íntimo: de la voluntad y del corazón. La palabra “regalo” es quizá la que mejor define la esencia del amor. Como afirmó Juan Pablo II, «amar significa dar y recibir lo que no se puede comprar ni vender, sino solo regalar libre y recíprocamente»[97].

Es algo muy personal entre Él y cada uno de nosotros. Conviene, pues, llevarlo a nuestro íntimo coloquio con Él, y pedirle que tenga la suficiente confianza como para mostrarnos las llagas de su Corazón (recordemos, a modo de ejemplo, los mil millones de abortos cometidos durante los últimos decenios). Si *palpamos* su dolor y nos decidimos a mitigarlo con nuestros *regalos*, también nuestro sacrificio tendrá un saldo positivo: será gustoso porque amaremos más de lo que padecemos[98]. Ya sabemos que la sintonía afectiva beneficia siempre a los dos amantes, puesto que las alegrías aumentan cuando se comparten mientras que las penas disminuyen. Por eso experimentamos tanto gozo cuando nos percatamos de que nuestro amor es como un *bálsamo* que alivia sus heridas. Nada hay tan agradable como arrancar sonrisas a quien llora de modo desconsolado y sereno. A través de las lágrimas, brota una sonrisa radiante como el sol cuando se abre camino entre las nubes.

Como contrapunto pascual al *Via Crucis*, se podría hacer también una lista de catorce motivos actuales de gozo para el Corazón de Jesús. Aparte de los sacrificios y de las buenas obras, ¡cuánto le alegra un simple pero sincero *Te quiero*! A veces, en el amor, complicamos innecesariamente las cosas, olvidando que lo más sencillo, pero más sincero, suele ser lo que más agrada.

TODO DESDE Y HACIA LA SANTA MISA

¿Cómo canalizar a diario «el deseo vehemente de considerarnos corredentores con Cristo»[99]? Él mismo nos dio el mejor medio cuando instituyó la Eucaristía. Recordemos, a modo de epílogo, la centralidad que tiene la Santa Misa en la vida cristiana. Estamos ante el misterio de fe por excelencia. A modo de compendio, «anuda en sí todos los misterios del cristianismo»[100]. No hay ningún misterio revelado por Cristo que no esté presente en cada celebración eucarística. Es tal su riqueza, que nunca ahondaremos suficientemente en los tesoros que contiene. Aunque siempre nos quedaremos cortos a la hora de entenderlo, agradezcamos de veras esta «invención en la que se manifiesta la genialidad de una sabiduría que es simultáneamente locura de amor»[101]. En concreto, los sacerdotes, que hacen las veces de Cristo, no salen de su asombro ante «esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que, aun conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar»[102].

«Tomad», nos dice Jesucristo en las primeras palabras de la consagración. Viene realmente al altar y nos pide que le *tomemos*: que le recibamos. Quiere entregarse a cada uno de nosotros y espera que, si no correspondemos a su amor[103], al menos nos dejemos querer. En la Santa Misa confluye, por tanto, la entrega amorosa de Cristo y la nuestra. Él instituyó este sacramento para poder renovar diariamente su holocausto de amor y para que nosotros podamos asociarnos a su Sacrificio redentor. Puesto que la Eucaristía supone la culminación de la entrega de Cristo, es lógico que hacia ella tengamos que encaminar todo lo que hacemos por amor a Él. En cada celebración eucarística, la Iglesia —el sacerdote y cada uno de los asistentes—, *ofrece a Cristo y se ofrece con Cristo* al Padre, para consolarle y para obtener la gracia que salva a las almas.

La Eucaristía es uno de los siete sacramentos instituidos por Cristo para hacernos partícipes de su gracia redentora. Cuando se celebran, por ser signos sensibles de realidades invisibles[104], lo más impresionante es aquello que no captan los sentidos. Por eso nos cuesta tanto adentrarnos en esas maravillosas realidades que solo la fe percibe. Quien por falta de formación o de costumbre no conecta con lo que no se ve, se suele aburrir mucho. Va a Misa por obligación y se fija en lo único que entiende: la homilía. En cambio, quien sintoniza con lo esencial, podría emocionarse aunque asistiera a una Misa celebrada en chino en voz baja por un viejo sacerdote a las siete de la mañana en una iglesia fea y gélida. ¡Qué gran diferencia existe entre asistir a Misa para coincidir con los amigos y, de paso, ver qué tal es el nuevo abrigo de la vecina, y participar en la Eucaristía con conciencia de presenciar los acontecimientos más sublimes de la historia de la Salvación!

La Santa Misa es sin duda lo más grande que sucede en este mundo. Es como dar un salto por encima del espacio y del tiempo. Se celebra en la tierra pero participa todo el Cielo. Ya que «el tiempo se une con la eternidad»[105], asistir a la Santa Misa es «como desligarnos de nuestras ataduras de tierra y de tiempo»[106]. Cada vez que se celebra, se renueva, de modo incruento pero actualmente real, el misterio pascual, que se convierte así en el «único acontecimiento de la historia que no pasa [...], todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. [...] El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección *permanece*»[107]. De algún modo, en virtud de una «misteriosa *contemporaneidad*» entre lo sucedido hace dos mil años «y el transcurrir de los siglos»[108], los tiempos se *funden*. En ese *memorial de la Pasión* está presente tanto el *dolor físico* de Jesús en la Cruz como su *dolor moral* hasta el fin de los tiempos. La *contemporaneidad* incluye, por tanto, cierta *simultaneidad*: entre los sufrimientos de Cristo que presenciamos al asistir a la Misa, están también los de nuestros días. Se pone así de relieve no solo el *carácter unitario* de la obra de la redención, sino también su *despliegue temporal*.

Cada Misa es esencialmente la misma porque contiene todo el misterio pascual. Sin embargo, al incluir la inmolación de Jesús «en remisión de los pecados que se cometen diariamente»[109], hay en ella cada día algo nuevo: la de hoy no es exactamente como la de ayer, pues entretanto se ha consumado una pequeña parte del pesar causado al Corazón de Jesús por los pecados que se siguen cometiendo. Además, cada celebración

eucarística, aun siendo idéntica, es numéricamente diversa. En ella confluyen todos los afanes redentores de Cristo hacia las personas de todas las épocas, pero varían los asistentes: participan siempre los bienaventurados y las almas del Purgatorio, pero solo una porción de los que peregrinamos hacia el Cielo. El Sacrificio redentor se ofrece por todos, pero solo algunos participan en él cuando se renueva sacramentalmente en la tierra y esos asistentes lo pueden aplicar por sus intenciones particulares. Al instituir la Eucaristía, Jesús afirmó que su sangre sería derramada «*pro vobis et pro multis*» (*por vosotros y por muchos*), distinguiendo así entre los apóstoles, allí presentes, y el resto de los beneficiados.

Es impresionante la íntima relación que existe entre los sucesos de aquella memorable noche y los del Viernes Santo. Se hace así patente que la Santa Misa es verdadero sacrificio que perpetúa la Pasión de Cristo. La *primera Misa de la historia* empezó durante la Última Cena y terminó con la muerte de Jesús en la Cruz. Mientras celebraba la Pascua en el Cenáculo, solo tomó tres de las cuatro copas que prescribía el rito judío. Bebió la cuarta poco antes de expirar: cuando aceptó probar aquel vino barato que le ofreció un compasivo soldado[110]. Solo entonces pudo afirmar que todo estaba consumado. El antiguo pacto entre Dios y nosotros quedaba definitivamente abolido y Jesús se convertía en el cordero pascual que sellaba con su sangre la «alianza nueva y eterna». La noche anterior, para instituir el sacerdocio y perpetuar esa *única Misa de la historia*, dijo Jesús: «Haced esto en conmemoración mía». Nos aseguró que Él mismo estaría presente en cada celebración cuando, antes de la cena, exclamó: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios»[111]. Esa *única Misa* que empezó el Jueves Santo durará hasta la segunda venida de Cristo. Por eso san Pablo sintetiza así la doctrina eucarística: «Cada vez que coméis este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva»[112]. Cuando termine este mundo, ya no se celebrará más la Eucaristía. Ya no habrá nadie en camino hacia el Cielo y se habrá consumado la obra redentora.

Entretanto, la Santa Misa nos permite *presenciar* todos y cada uno de los dolores y gozos redentores de Cristo. Es como *estar* a la vez en el Gólgota y en el Cielo, donde Jesús «no cesa de ofrecerse por nosotros»[113]. Si participamos en ella con fe viva y amor ardiente, no saldremos de nuestro asombro. Es ciertamente lo más impresionante que podemos hacer en esta vida. Y es que no es lo mismo ver cómo matan a una persona en una obra de ficción o en la realidad. Asistir a la Santa Misa no es como ver una película; ni siquiera se asemeja a un acontecimiento retransmitido *en diferido*: ¡equivale a presenciar *en directo* todas las alegrías y los padecimientos redentores de Cristo! No es igual *trasladarse* ahí con actitud distante que con sintonía afectiva. *Vivir* en el Corazón de Jesús durante un solo minuto, lo que dura la consagración de la misa, ya es toda una experiencia abrumadora: en ese corto lapso de tiempo, mueren unas cien personas, se cometen miles de pecados y se procuran muchas alegrías. Todo eso repercute en el Sagrado Corazón.

Si somos conscientes de presenciar acontecimientos tan sublimes, al asistir a la

renovación del Sacrificio redentor, no adoptaremos una actitud pasiva, ni acudiremos con las manos vacías. Antes bien, nos involucraremos personalmente: durante el ofertorio, pondremos en la *patena*, al lado del pan que se convertirá en el Cuerpo de Cristo, todo lo que hicimos para concretar nuestro afán corredentor desde la última vez que asistimos. La generosidad para corresponder al amor de Cristo es algo muy íntimo que cada uno debe decidir en la quietud de su oración. En el fondo, se trata de la respuesta a la velada invitación a corredimir que Jesús nos dirige con las palabras de la Consagración que transforman el vino en su Sangre. «Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre», nos dice a cada uno en particular. Nos ruega delicadamente que no le dejemos solo, que, como María, le ayudemos cada día a consolar al Padre y a salvar almas. En efecto, en la cultura judía, *beber de un cáliz* significaba participar activamente en el sacrificio[114].

Si respondemos positivamente a ese requerimiento amoroso, la Santa Misa se convertirá en «el *centro* y la *raíz*» de nuestra vida espiritual[115]: el punto en el que confluyen todos nuestros afanes, y la fuente de gracia que alimenta nuestra alma y nos fortalece para poder imitar a Jesucristo. La Misa centra todos nuestros empeños, aunados alrededor del que debería ser el más importante: aliviar los pesares del Corazón de Jesús; cada vez que nos unimos al Sacrificio del altar, se hace, pues, realidad nuestro mayor anhelo, a la vez que se verifican en nosotros aquellas palabras de Jesús con las que afirmó que, desde la Cruz, *atraería* hacia Él mismo todas las cosas[116]. Por otra parte, como de una raíz que nos nutre, de la Eucaristía procede la fuerza necesaria para superar cualquier obstáculo y para convertir cada adversidad en una ocasión de corredimir con Cristo.

Cuando ese sublime afán corredentor inspira toda nuestra lucha, en perfecta *unidad de vida*, el día entero se transforma en una Misa. Nuestras acciones, incluso las más insignificantes, unidas al Santo Sacrificio, adquieren un valor incalculable: nuestras ofrendas, por muy pobres que sean, participan de la eficacia redentora de la Cruz de Cristo, como esas simples gotas de agua que, vertidas en el vino del cáliz durante el Ofertorio, se convierten en vino. Nuestra vida ordinaria adquiere así una fecundidad y una trascendencia extraordinarias: en medio de las pequeñas vicisitudes cotidianas, poniendo amor en el deber de cada instante, contribuimos a «recapitular todas las cosas en Cristo»[117]. ¿Existe algo más grandioso que colaborar estrechamente con la obra redentora del género humano, aligerando la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo a la vez que le ayudamos a consolar a Dios Padre y a obtener la gracia del Espíritu Santo que hace posible la salvación de millones de personas?

La unión con el Sacrificio eucarístico nos permite ejercitar el *sacerdocio común*, consecuencia lógica de la configuración con Cristo que hemos recibido en el Bautismo[118]. Se traduce en procurar vivir con *alma sacerdotal*, una actitud de fondo que proviene de la identificación con los ardientes sentimientos redentores del Corazón de Jesús, y que nos espolea a transformar toda nuestra existencia en una ocasión de corredimir con Cristo. Por tanto, este «sacerdocio santo», al que se refiere san Pedro[119], no nos aleja de nuestras ocupaciones en medio del mundo. Antes bien, nos

lleva a convertirlas en «sacrificios espirituales, agradables a Dios por mediación de Jesucristo»[120]. En efecto, en la Santa Misa, cada uno de nosotros, a la vez que ofrece a Cristo (al Padre por todas las almas), se ofrece con Él.

La sintonía con Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, fomenta en nosotros a partes iguales el deseo de *consolar al Padre* y de *salvar a todas las almas*. Detengámonos ahora en ese segundo aspecto: el *celo por las almas*. No es posible compartir los afanes del Corazón de Jesús y, día a día, no sacrificarse gustosamente con el fin de facilitar la salvación eterna de cualquier ser humano. Nada alegra tanto a Nuestro Señor como cuando alguien, hasta ese momento reacio, decide abrirse a su amor. De algún modo, como mediadores en Cristo, *representamos* a cada uno de nuestros hermanos: somos sus *valedores* ante Dios. De ahí que nadie, vivo o difunto, nos sea indiferente. De entre los trescientos mil millones de difuntos, nos sentimos urgidos a ayudar a quienes, ya seguros de su salvación eterna, estén en vías de purificación y de santificación para poder entrar en el Cielo. Se incoa así una relación de amistad con todas esas *almas del Purgatorio* que, a su vez, nos manifiestan su agradecimiento intercediendo por nosotros.

En cuanto a los vivos, el alma sacerdotal nos empuja a la acción apostólica concreta, ante todo a un *apostolado personal* que consiste en ayudar a cada uno de nuestros conocidos a acercarse a Dios. Con el ejemplo y con la palabra certera de quien es buen amigo, les haremos saber que vale la pena vivir en cristiano. Les diremos, en confianza, lo mucho que Jesucristo les ama y lo mucho que sufre cuando rechazan su amor. Solo el Señor puede cambiar los corazones, pero nos envía como instrumentos en sus manos. Quiere servirse de nosotros porque de este modo respeta mejor la libertad de los *destinatarios*: es más fácil decir que no al *mensajero* que al *remite*nte en persona. En ese celo por las almas, lo particular convive con lo universal. Por eso, en cada Misa, aparte de encomendar a nuestros familiares y amigos, nos urge ofrecernos por la persona e intenciones del Santo Padre y por la conversión de cada pecador no arrepentido. De modo especial, rezamos diariamente por los moribundos, y, entre ellos, por aquellos que no se salvarán si no cambian de actitud en ese último día de su vida.

Si nos abruma nuestra indignidad a la hora de participar en tan excelso misterio, permitamos que María purifique nuestras ofrendas. Ofrezcamos todo al Señor a través de Ella. Acudamos con toda confianza a la que es Corredentora por excelencia, para que nos ayude a asociarnos cada día más a la Cruz de su Hijo. Esta antigua plegaria, que algunos acostumbran a recitar privadamente durante la consagración de la Misa, resume bien todo lo que hemos visto: «Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, Vuestro Hijo muy amado, y me ofrezco a mí mismo en Él, por Él, y con Él, a todas sus intenciones, y en nombre de todas las criaturas».

Con gratitud ante tanta grandeza, a modo de epílogo, ya solo cabe añadir: «¡Bienaventurados los llamados a la cena de bodas del Cordero!»[121].

[1] Cfr. *Gal* 2, 19-20. Ver también: *Rom* 6, 4 y *Filip* 2, 5.

[2] Cfr. *2 Cor* 5, 14.

[3] San Josemaría, *Camino*, n. 432.

- [4] Mt 16, 18-19. Sobre esta potestad delegada, véase también Lc 22, 31-32; Jn 21, 15-17; y 1 Cor 4, 2.
- [5] San Josemaría, *Lealtad a la Iglesia* (homilía del 4 de junio de 1972), en *Amar a la Iglesia*, Madrid 1986, p. 21.
- [6] J. M. Pemán, *La Pasión según Pemán*, Edibesa, Madrid 1997, p. 73.
- [7] *Ibidem*, p. 74.
- [8] Rom 8, 29.
- [9] Cfr. Jn 19, 27.
- [10] San Josemaría, *Forja*, n. 137.
- [11] Gal 6, 7.
- [12] Como observa san Josemaría, la verdad es inseparable de la alegría: «la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra» (*Forja*, n. 1005).
- [13] V. E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Herder, décima edición, Barcelona 1989, p. 128.
- [14] 2 Cor 5, 10.
- [15] Como afirmó Benedicto XVI en el Parlamento Británico, «después de todo, dicho abuso de la razón fue lo que provocó la trata de esclavos» (*Discurso en Westminster Hall del 17 de septiembre de 2010*).
- [16] Véase, por ejemplo, Mt 7, 21; o Mt 24, 42-51.
- [17] Lo decía el pensador francés Jacques Maritain (en V. Messori, *Por qué creo*, o.c., p. 354).
- [18] 2 Cor 9, 6.
- [19] En A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1983, p. 232.
- [20] Cfr. Mt 25, 14-30.
- [21] Juan Pablo II, *Dies Domini*, n. 63.
- [22] Nos ocupamos ante todo del origen del *mal moral*, que proviene del mal empleo de la libertad por parte de seres humanos y de ángeles caídos (demonios), que introdujo, y sigue introduciendo, sufrimiento en el mundo. Dejamos de lado el *mal ontológico*: esa limitación de la criatura, en comparación con Dios, que es inherente al hecho de crear. Dios nos podría haber hecho más perfectos, como los ángeles, pero también ellos tienen libre albedrío, y cuando han empleado mal su libertad, han dado lugar a mayor dolor y sufrimiento. Tampoco nos ocupamos del *mal físico*, ese deterioro del mundo material misteriosamente introducido por el primer pecado, que conlleva enfermedades y cataclismos naturales.
- [23] *Gaudium et spes*, n. 24.
- [24] Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 1994, p. 81.
- [25] E. Stein (santa Teresa Benedicta de la Cruz), *Pensamientos*, Monte Carmelo, Burgos 1999, p. 50.
- [26] U. Borghello, *Las crisis del amor*, Rialp, Madrid 2003, p. 167.
- [27] Benedicto XVI, *Mensaje del 21 de noviembre de 2006*, para la Cuaresma 2007, n. 5.
- [28] G. Magro, *Los caminos de Dios en la tierra*, en «Scripta Theologica», 31 (1999), p. 521.
- [29] Cfr. Os 11, 8 y 9; Mt 25, 34-35; 28,20; Lc 15, 11-32; Hech 9,4; 22, 7-8.
- [30] C. S. Lewis, *El problema del dolor*, Rialp, Madrid 1994, p. 57 y 59.
- [31] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2560; cfr. san Agustín, *Quaest* 64, 4.
- [32] Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, n. 39. La cita bíblica es de Gen 6, 7.
- [33] Carlos Cardona lo explica así: puesto que Dios «me ama, intencionalmente se ha identificado conmigo, yo soy ya su *alter ego*, y mi mal se hace suyo en mí, de manera que se puede decir con propiedad que a Dios *le duele* mi pecado. Y el que no entienda esto es que no entiende el amor, nada sabe de esa transferencia que el amor obra. El que piensa que nuestros pecados no *afectan* para nada a la inmutabilidad divina, ignora la *mutabilidad electiva*, la vulnerabilidad que el amor comporta. Dios, al amarme, se ha hecho vulnerable en mí» (*Metafísica del bien y del mal*, o.c., p. 125).
- [34] Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 39. Véase también *Deus Caritas est*, nn. 9-10. Suele afirmar el Santo Padre que el amor de Dios no es solo *Ágape*, sino en cierto sentido también *Eros*, esto es, un «amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad» (*Mensaje del 21 de noviembre de 2006*, n. 5).
- [35] C. S. Lewis, *Mero cristianismo*, Rialp, Madrid 1995, p. 66.
- [36] Gen 3, 1.
- [37] Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, o.c., p. 221.
- [38] Gen 2, 17.
- [39] Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, o.c., p. 221.
- [40] Según santo Tomás de Aquino, «se puede probar con bastante probabilidad» (*Summa contra gentiles*, lib. IV, cap. LII). Es como un rompecabezas en el que falta un dato y, cuando se encuentra, todo cuadra. John Henry Newman, beatificado el 19 de septiembre de 2010, pone el ejemplo de un joven mendigo en el que, si se observa de cerca, se perciben ademanes propios de alguien que ha nacido en el seno de una familia acomodada. Todo hace pensar que algún tipo de calamidad tuvo que sucederle en su tierna infancia (cfr. *Apología pro vita sua*, Brand,

Bussum 1948, p. 312-314).

[41] Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, n. 39.

[42] Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, n. 17.

[43] Benedicto XVI, *Mensaje del 21 de noviembre de 2006*, para la Cuaresma 2007, n. 5.

[44] Cfr. *Jn* 21, 25.

[45] Juan Pablo II, *Carta del 5 de octubre de 1986*.

[46] C. Pujol, *La casa de los santos*, Rialp, segunda edición, Madrid 1991, p. 345.

[47] J. Croiset, *The devotion to the Sacred Heart of Jesus*, Tan, Illinois. p. 14.

[48] *Ibidem*, p. 13.

[49] Pío XII, *Haurietis aquas*, n. 26.

[50] *Jn* 19, 37; cfr. *Zach* 12, 10.

[51] Cfr. Pío XII, *Haurietis aquas*, n. 26.

[52] Véase el famoso *vicem rependere* (correspondencia) de san Bernardo (*In Cantico Canticorum*, Sermo 83, 4).

[53] T. van Bellingen, *Vita Lutgardis*, II, 6. Traduzco del latín original, pues no he encontrado otras ediciones.

[54] *Ibidem*, III, 9.

[55] San Buenaventura, *Vitis mystica*, 3, 11 (PL 32, 661).

[56] En C. Pujol, *La casa de los santos*, o.c., p. 381. Véase también: Benedicto XVI, *Discurso en la audiencia general del 6 de octubre de 2010*.

[57] Las fechas del fallecimiento (2005) y de la beatificación (2011) de Juan Pablo II están ligadas al día en que se celebra esa fiesta.

[58] Cfr. M. Esparza, *Amor y autoestima*, o.c., pp. 237-240.

[59] Cfr. Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, n. 22.

[60] Juan Pablo II, *Alocución del 30 de junio de 1985*, n. 5.

[61] S. Martín, *El Evangelio secreto de la Virgen María*, Planeta, Barcelona 1996, pp. 263-264.

[62] Juan Pablo II, *Alocución del 15 de septiembre de 1985*, n. 4.

[63] Cfr. *Lc* 2, 35.

[64] Cfr. *Jn* 19, 26-27.

[65] Juan Pablo II, *Alocución del 5 de octubre de 1985*, en Paray-le-Monial (Francia).

[66] Las mismas estrellas que inspiraron, en 1955, el escudo y la bandera del Consejo de Europa. Ese emblema fue también adoptado posteriormente, en 1985, por la Unión Europea.

[67] En P. L. Zampetti, *La profecía de Fátima*, Rialp, Madrid 1992, pp. 129 y 133.

[68] En C. Barthas, *La Virgen de Fátima*, Rialp, novena edición, Madrid 1991, pp. 545-546.

[69] Juan Pablo II, *Mensaje del 22 de septiembre de 1986*, n. 2.

[70] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 163.

[71] Juan Pablo II, *Carta del 5 de octubre de 1986* al Padre Kolvenbach.

[72] D. von Hildebrand, *El corazón*, o.c., p. 27.

[73] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 163.

[74] En A.A.V.V., *Monsignore... ma non troppo*, Homenaje a Mons. Joseph Devroede, Peeters, Lovaina 1991, p. 181.

[75] J. M. Pich, *El Cristo de la Tierra*, o.c., pp. 61-62.

[76] Benedicto XVI, *Meditación ante la Sábana Santa*, Turín, 2 de mayo de 2010.

[77] Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, n. 17.

[78] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 168.

[79] J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007, p. 178.

[80] A. Vázquez, *Juan Larrea, un rayo de luz sobre fondo gris*, Palabra, Madrid 2009, p. 33.

[81] San Josemaría, *Camino*, n. 182.

[82] J. Echevarría, *Homilía del 23 de octubre de 2010 en el Campus de la Universidad de Navarra* (véase opusdei.org).

[83] Cfr. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 62.

[84] Cfr. *1 Petr* 3, 14.

[85] *Col* 1, 24.

[86] M. Esparza, *Amor y autoestima*, o.c., pp. 205-227.

[87] Cfr. *Mt* 27, 32; *Mc* 15, 21; *Lc* 23, 26.

[88] Juan Pablo II, *Salvifici doloris*, n. 24. La explicación clásica de la *actualidad de los padecimientos de Cristo* estriba en que todas sus acciones, por ser verdadero Dios, trascienden los límites del tiempo y del espacio. Puesto que «todo lo que Cristo hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina» (*Catecismo de la Iglesia*

Católica, n. 1085), nosotros, dos mil años después, podemos realmente modificar el peso de su Cruz. Pero no olvidemos que Jesús, además de Dios, es también hombre como nosotros. Por eso, la actualidad de la Pasión de Cristo se puede explicar también atendiendo a su naturaleza humana. En efecto, puesto que su Humanidad Santísima nos contempla desde el Cielo, no es de extrañar que todo el bien y el mal en la tierra repercutan en su Corazón glorioso. Ciertamente, las explicaciones vinculadas a su naturaleza divina ofrecen mayor seguridad teológica, pero si solo nos fijáramos en ellas, corremos el riesgo de caer en aquel *monofisismo práctico* que salió a colación en nuestro repaso de la Cristología.

[89] En A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei. Vol. I: ¡Señor, que vea!*, Rialp, Madrid 1997, pp. 418-419.

[90] *Mt* 26, 37.

[91] Juan Pablo II, *Homilía del 11 de octubre de 1998*, con motivo de la canonización de Edith Stein.

[92] *Hebr* 9, 26; cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 571, y su *Compendio*, n. 112.

[93] V. Messori, *Por qué creo*, o.c., p. 217.

[94] San Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, Ps, 61, 4: CCL 39, p. 373.

[95] San Josemaría, *Forja*, n. 404.

[96] Cfr. *Jn* 15, 15.

[97] Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 2 de febrero de 1994, n. 11.

[98] San Josemaría, *Via crucis*, XII estación, n. 3.

[99] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 121.

[100] San Josemaría, *Homilía Amar al mundo apasionadamente*, en *Conversaciones*, n. 113.

[101] Comité para el Jubileo del año 2000, *La Eucaristía, Sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid 1999, p. 17.

[102] Benedicto XVI, *Homilía del 11 de junio de 2010*, en la Misa de clausura del Año sacerdotal.

[103] En la Consagración, también nos dice: «*Bebed*», invitándonos a corresponderle (cfr. *Mt.* 20, 22; *I Cor.* 10, 16-33).

[104] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1131.

[105] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 94.

[106] San Josemaría, *Homilía Amar al mundo apasionadamente*, en *Conversaciones*, n. 113.

[107] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1085.

[108] Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 5.

[109] Pablo VI, *Mysterium fidei*, n. 11.

[110] Cfr. *Jn* 19, 28-30. Véase S. Hahn, *A Father Who Keeps His Promises*, Doubleday, Nueva York, 2007.

[111] *Lc* 22, 15-16; véase también *Mt* 26, 29; *Mc* 14, 25.

[112] *I Cor* 11, 26.

[113] *Misal Romano*, Prefacio Pascual III.

[114] Cfr. *I Cor* 10, 16-33. En *Mt* 20, 22, Jesús pregunta a dos apóstoles si querían beber del cáliz que Él iba a beber.

[115] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 87. Esa expresión fue recogida después en *Presbyterorum Ordinis*, n. 14.

[116] Cfr. *Jn* 12, 32.

[117] *Ef* 1, 10.

[118] Esencialmente diferente del *sacerdocio común de los fieles*, y no solo en grado, es el *sacerdocio ministerial de los presbíteros*, capacitados por el sacramento del Orden para «actuar como representantes de Cristo, Cabeza de la Iglesia» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1581), de modo especial cuando le prestan su voz al pronunciar las palabras de la consagración y de la absolución de los pecados. Nunca agradeceremos suficientemente ese sacerdocio. Si no existiera, nuestro empobrecimiento espiritual sería enorme: no podríamos estar seguros de que nuestros pecados han sido perdonados, no tendríamos a Jesús en el Sagrario, y aunque Él seguiría ofreciéndose igualmente al Padre por nosotros, no podríamos *presenciar* sacramentalmente ese Sacrificio redentor, ni *materializar* nuestra aportación corredentora, ni *disponer* de sus frutos (no podríamos aplicarlos en beneficio de personas concretas, ni recibir nosotros la Sagrada Comunión).

[119] *I Petr* 2, 5.

[120] *Ibidem*.

[121] *Ap* 19, 9.



© 2011 *by* MICHEL ESPARZA

© 2011 *by* EDICIONES RIALP, S.A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid.

www.rialp.com

Converisón ebook: MT Color & Diseño, S. L.
ISBN: 978-84-321-3926-0

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra..

Índice

Portadilla	3
Introducción	4
Primera parte Conocer a Cristo	7
1. La amistad con Cristo y su contexto	8
Hacia lo divino a través de lo humano	8
Ventajas de la Encarnación	9
De la trinidad de la tierra a la del Cielo	10
Contemplar ensanchando el deseo	12
2. Hijo de Dios y de María	16
Con la cabeza y el corazón	16
Verdadero Dios	17
Una persona y dos naturalezas	19
Corazón de carne como el nuestro	21
3. El Hombre perfecto en el Evangelio	23
La personalidad de Cristo	23
Gran capacidad afectiva	23
Corazón misericordioso	25
4. El conocimiento hecho vida: la oración	28
El alma de la vida cristiana	28
Frutos de la oración	29
Oración y caridad	30
Tratar a Cristo como hombre	31
Oración y contemplación	32
Contemplar imaginando el Cielo	36
Segunda Parte Corredimir con Cristo	42
1. Una deuda de gratitud	43
¿Por qué complicarnos la vida?	43
Agradecer el amor	44
Gratitud por la Iglesia y por María	45
2. Creación, pecado y Redención	48
Esa incómoda libertad responsable	48
El plan creador y el dolor de Dios	50
El primer pecado y sus consecuencias	53

3. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús	56
La piedad católica	56
Santa Margarita María de Alacoque	57
Repaso histórico	58
El corazón inmaculado de María	60
Horizonte esperanzador	61
4. La compasión con el Corazón doliente de Cristo	64
Una realidad poco conocida	64
El sentido cristiano del sufrimiento	65
Urge corredimir con Cristo	67
Todo desde y hacia la Santa Misa	70
Créditos	78